

AVENTURA en el CASTILLO

Enid
Blyton

Lectulandia

Las vacaciones en el campo se convierten en un verano lleno de emoción cuando Jorge, Dolly, Lucy y Jack descubren un castillo deshabitado. Allí encontrarán salas repletas de armaduras, mazmorras escalofriantes y se toparán con unos misteriosos ocupantes. ¡Vivirán unas vacaciones que no podrán olvidar!

Lectulandia

Enid Blyton

Aventura en el castillo

Aventura - 2

ePub r1.3

Gand 15.09.14

Título original: *The Castle of Adventure*

Enid Blyton, 1946

Traducción: Guillermo López Hipkiss

Ilustración: Stuart Tresilian

Editor digital: Gand

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Capítulo I

Las vacaciones

Dos niñas ocupaban el asiento de la ventana en su estudio del colegio. Una de ellas tenía el cabello ondulado y rojo y tantas pecas, que hubiese resultado imposible contarlas. El cabello de la otra era oscuro y se alzaba por delante, formando un gracioso copete.

—Un día más, y empiezan las vacaciones —dijo la pelirroja Lucy, mirando a Dolly con ojos de un color verde extraño—. ¡Qué ganas más grandes tengo de ver a Jack otra vez! Un curso entero sin tenerle a mi lado me parece una eternidad.

—Pues a mí no me importa nada estar separada de mi hermano —anunció Dolly, riendo—. No es que sea malo Jorge, pero me pone los nervios de punta con todos esos animalitos e insectos que suele llevar encima.

—Menos mal que hay un día de diferencia entre sus vacaciones y las nuestras —dijo Lucy—. Seremos nosotras las primeras en llegar a casa. Podremos echar una mirada a nuestro alrededor y, luego al día siguiente, nos encontraremos con ellos... ¡Hurra!...

—¿Cómo será ese sitio que ha alquilado mamá para pasar el verano? —murmuró Dolly—. Voy a leer su carta otra vez.



Se sacó la carta del bolsillo, y volvió a leerla, aprisa.

—No dice gran cosa. Sólo que quiere que nos limpien y decoren la casa y que por eso ha alquilado otra en las colinas para que pasemos las vacaciones. Toma, lee...

Ofreció la carta a Lucy, que la tomó y leyó con interés.

—Sí..., es un sitio que se llama Spring Cottage, y que se encuentra en la ladera de la Colina del Castillo. Dice que es un lugar bastante solitario, donde hay pájaros silvestres a montones..., conque Jack se pondrá más contento que unas Pascuas.

—Lo que no comprendo es cómo puede estar tu hermano tan chiflado por los pájaros —dijo Dolly—. Le pasa con ellos lo que Jorge con los insectos y todos esos bichos.

—Jorge es una maravilla con los animales —observó Lucy, que sentía una gran admiración por el hermano de Dolly—. ¿Te acuerdas de aquel ratón al que enseñó a tomarle las migas de pan de entre los dientes?

—¡Oh, no me recuerdes esas cosas! —exclamó Dolly, con un estremecimiento. No podía soportar ni la presencia de una araña, y los murciélagos y los ratones le hacían dar gritos de alarma. A Lucy le parecía la mar de raro que, habiendo vivido tantos años con un niño tan enamorado de los animales como Jorge, pudiera seguir teniéndoles miedo.

—Te hace rabiar mucho, ¿verdad? —dijo, recordando con cuánta frecuencia le

metía Jorge a su hermana ciempiés debajo de la almohada y cucarachas en los zapatos.

No era necesario que la otra respondiese. Jorge era un verdadero tormento cuando se lo proponía.

Gozaba dando sustos a la niña. Por eso no era extraño que tuviese Dolly tan mal genio.

—¿Cómo le habrá ido a «Kiki» este curso? —murmuró Dolly.

«Kiki» era el loro de Jack, un pájaro la mar de listo que imitaba las voces y los ruidos con una habilidad sorprendente. Jack le había enseñado muchas frases; pero «Kiki» había aprendido muchas más por su cuenta, principalmente las que oyera en boca de un tío muy cascarrabias con el que antaño vivieran Lucy y Jack.

—A «Kiki» no quisieron dejarle estar con Jack en el colegio este curso —contestó Lucy, con tristeza—. Es una lástima... Pero consiguió encontrar en la población a un amigo que se encargara de vigilarle. Y va a verle todos los días. Aunque, la verdad, yo creo que debieran haberle permitido que lo tuviese a su lado.

—Teniendo en cuenta que «Kiki» no hacía más que decirle al director que no respingara, y al maestro de Jack que se limpiara los pies, y que despertaba a todo el mundo por la noche silbando como una locomotora —dijo Dolly—, no me extraña que no quisieran admitirle este curso. Sea como fuere, podremos tenerle con nosotros durante las vacaciones, y eso resultar agradable. Le quiero mucho a «Kiki»..., no parece un pájaro sino igual que uno de nosotros.

El loro era, en efecto, un buen compañero. Aun cuando no sostenía una conversación como es debido con los niños, sabía charlar hasta por los codos cuando le daba la gana y decía las cosas más absurdas, haciendo desternillarse de risa a todos. Adoraba a Jack y, cuando éste se lo permitía, se estaba horas y horas posado en su hombro. Las niñas se alegraban de que estuvieran tan cercanas las vacaciones. Los dos muchachos, ellas y el loro, lo pasarían muy divertido juntos. Lucy, en particular, aguardaba con verdadera ilusión el momento de hallarse con la linda y alegre mamá de Dolly.

Jack y Lucy Trent no tenían padre ni madre y habían vivido durante muchos años con un tío anciano y de muy mal genio. Hasta que conocieron, por casualidad, a Jorge y a Dolly Mannering. Estos dos últimos no tenían padre, pero sí una madre que trabajaba como una negra para poder mantenerles y educarles. Tanto, tanto trabajaba, que no había tenido ni tiempo para hacerles un hogar. Con que los mandaba a un pensionado y, durante las vacaciones, a casa de unos tíos.

Pero las cosas habían cambiado ya. La madre de Dolly contaba ya con dinero suficiente para formar un hogar y había ofrecido dar casa también a Jack y Lucy. Conque, durante el curso escolar, las dos niñas iban al colegio juntas, y los dos niños a otra escuela. Al terminar el curso, los cuatro se reunirían con la señora Mannering,

madre de Jorge y Dolly.

—¡Se acabaron los tíos y las tías! —exclamó alegremente Dolly, a quien el anciano y siempre abstraído tío Jocelyn nunca le había inspirado mucha simpatía—. Ahora..., ¡a disfrutar de una casa preciosa con mi madre!

Durante las próximas vacaciones, iban a estar todos juntos en la casita alquilada por la señora Mannering. Es verdad que Dolly experimentaba cierta desilusión. Hubiese querido ir al hogar que su madre estaba preparando para todos. Sin embargo, no podía menos de aguardar, con cierta ilusión, el momento de encontrarse en Spring Cottage. Daba la sensación de ser un sitio agradable. ¡Y, qué paseos más hermosos darían por las colinas! ¡Qué meriendas más divertidas!

—¿Te acuerdas de esa aventura tan bonita que corrimos el verano pasado? —murmuró, dirigiéndose a Lucy, que miraba, soñadora, por la ventana, pensando en lo magnífico que sería ver a su hermano Jack dos días más tarde.

Lucy movió afirmativamente la cabeza.

—Sí —repuso—. Fue la mar de emocionante. Pero ¡ay, el miedo que pasé a ratos! Esa isla tenebrosa..., ¿la recuerdas, Dolly?

—Sí... Y el pozo aquel que se hundía en las profundidades de la tierra... Y cómo nos perdimos allá abajo..., ¡eso sí que fue una aventura! Y nada me importaría correr otra igual.

—¡Qué rara eres! —exclamó Lucy—. Tiembles y tiritas cuando ves una araña y, sin embargo, pareces disfrutar corriendo aventuras espeluznantes, que yo tiemblo con sólo recordarlas.

—Bueno..., ya no correremos más —dijo Dolly, no sin cierto sentimiento—. Supongo que una aventura como ésa es lo bastante para toda una vida. Apuesto a que los chicos no dejan de hablar de ella un instante. ¿Recuerdas lo imposible que nos resultó hacerles callar en Navidades?

—¡Oh!..., ¡ya podrían venir más aprisa las vacaciones! —exclamó Lucy, alzándose de su asiento, con desasosiego—. No sé por qué se hacen tan interminables siempre los últimos dos o tres días.

Pero todo llega en este mundo, hasta las vacaciones. Y las dos niñas marcharon al día siguiente con muchas otras compañeras, riendo y charlando hasta por los codos. El equipaje iba en el furgón. Llevaban dos billetes en el portamonedas. El corazón les latía con violencia. La alegría les inundaba el cuerpo. ¡Las vacaciones! ¡Las vacaciones por fin! ¡Lo que iban a disfrutar! ¡Lo que iban a divertirse!

Tuvieron que cambiar dos veces por tren; pero Dolly sabía cómo hacer esas cosas. Lucy era muy tímida y se quedaba siempre cohibida ante los extraños. Dolly, sin embargo, con sus doce añitos, no le aguantaba ninguna impertinencia a nadie. Era una muchacha decidida y llena de aplomo, que sabía defender sus derechos.

Por fin llegaron a la estación de destino. Saltaron a tierra, y Dolly llamó al único

mozo, que acudió a recoger su equipaje.

—¡Ahí está mamá! —exclamó luego la niña.

Y corrió hacia la linda señora de ojos brillantes que había salido a recibirlas.

No era muy amiga Dolly de los abrazos ni de las caricias. El beso que le dio a su madre, más pareció un picotazo. Pero Lucy se encargó de compensar a la señora Mannering, dándole un fuerte y prolongado abrazo, además de frotarle la barbilla con la pelirroja cabeza.

—¡Oh! —exclamó, pensando por centésima vez cuan afortunada era Dolly en tener madre propia—. ¡Qué alegría verla otra vez!

Le agradecía enormemente a su amiga que le permitiese compartirla. No era muy agradable no tener padres que le escribiesen a una y le dieran la bienvenida a casa. Pero la señora Mannering siempre le daba la sensación de que la quería y de que deseaba tenerla a su lado.

—Tengo el coche esperando fuera —dijo ésta—. Vamos. El mozo cuidará del equipaje.

Salieron de la minúscula estación rural a un camino con terraplenes cubiertos de flores primaverales. Estaba azul el cielo, y el aire era suave y cálido. Lucy se sintió muy feliz. Era el primer día de las vacaciones. Se hallaba junto a la linda madre de Dolly. Al día siguiente se reunirían los niños con ellas.

Ocuparon el automóvil que aguardaba. El mozo cargó los baúles. La señora Mannering se sentó al volante.

—Spring Cottage se encuentra algo distante —dijo—. Tenemos que bajar al pueblo cuando nos hace falta algo... salvo los huevos, la mantequilla y la leche, que obtengo en una granja vecina. Pero es una comarca preciosa y podréis dar unos paseos magníficos. En cuanto a los pájaros se refiere..., bueno. ¡Jack va a disfrutar de lo lindo!

—Y ahora es cuando hacen los niños... No hará otra cosa que pensar en ellos —dijo Lucy, un tanto celosa de las aves que acaparaban hasta tal punto la atención y el tiempo de su hermano.

Las muchachas miraron a su alrededor por el camino. La comarca era lindísima, en efecto, montañoso el terreno, azules y emocionantes las colinas en la lejanía. El vehículo bajó un camino por el valle de un río serpeante, y luego empezó a ascender una pendiente ladera.

—¿Está nuestra casita en esta colina? —preguntó Dolly, con emoción—. ¡Qué vistas más bonitas habrá!

—Las hay, en efecto —asintió la madre—. Se ven las colinas del otro lado del valle, y una serie de montañas más que se alzan detrás.

El automóvil tenía que ir muy despacio ahora, porque el camino era empinado. A medida que iba ascendiendo les era posible ver más y más del otro lado del valle.

Lucy alzó de pronto la mirada para ver a qué altura se hallaban, y exhaló una exclamación:

—¡Mira! ¡Mira ese castillo que hay en la cima! ¡Oh, míralo, Dolly!

La niña miró. Se trataba de un castillo viejo, que imponía en verdad. Se alzaba un torreón a cada lado, y los muros daban la sensación de ser muy gruesos. Tenía aspilleras y ventanas muy anchas también, cosa que resultaba chocante.

—¿Es un castillo antiguo de verdad? —inquirió alegremente Lucy.

—No..., no del todo —respondió la señora Mannering—. Parte de él es antiguo; pero el resto se ha restaurado y reconstruido, de forma que resulta una verdadera mezcla. Nadie lo habita en la actualidad. Ni sé a quién pertenece tampoco..., nadie parece saberlo ni parece importarle a ninguno. Está cerrado, y por lo que oigo decir no tiene muy buena fama.

—¿Por qué? ¿Es que ha ocurrido algo terrible allí alguna vez? —preguntó Dolly, emocionada.

—Creo que sí. Pero no sé una palabra de él, en realidad. Más vale que no os acerquéis, sin embargo, porque el camino que conduce arriba es peligroso como consecuencia de un corrimiento de tierras o algo así. ¡Dicen que parte del castillo está a punto de resbalar por la colina!

—¡Caramba! ¡Espero que no irá a caérsenos encima de la casa! —exclamó Lucy, algo asustada.

La señora Mannering se echó a reír.

—Claro que no. Está demasiado apartado... Mirad..., ésa es nuestra casita, oculta allá entre los árboles.

Era una casita preciosa, con techumbre de bálago y de emplomadas ventanas. Las niñas se enamoraron de ella en cuanto la vieron.

—Se parece un poco a la casa que compraste para nosotros —dijo Dolly—. También ésa es bonita. ¡Oh, mamá! ¡Vamos a pasarlo muy bien aquí! ¡Cómo se emocionarán los niños!

Había un cobertizo bastante grande junto al edificio y en él metió la señora Mannering el coche. Todos se apearon rápidamente.

—Dejad el equipaje de momento —dijo la mamá de Dolly—. El hombre de la granja lo meterá en casa. Y, ahora..., ¡bien venidos a Spring Cottage!

Capítulo II

Llegan los niños... con «Kiki».

Las dos niñas se pasaron aquel día y la mañana siguiente explorando la casa. Era, desde luego, pequeña, pero tenía el tamaño suficiente para darles cabida a todos. Había una cocina estilo antiguo, y una minúscula sala, y en el piso superior, tres alcobas pequeñas.

—Una para mamá —dijo Dolly—, otra para ti y para mí, Lucy, y la otra para nuestros hermanos. Mamá cocinará y hemos de ayudar todos a hacer el trabajo de la casa, que no será gran cosa. ¿Verdad que es muy bonita nuestra alcoba?

Era una habitación metida debajo del tejado con una ventana que sobresalía por entre el bálago. Las paredes tenían una inclinación rara, y el techo estaba inclinado también. El suelo era muy desigual y las puertas tan bajas que Dolly, que se estaba haciendo muy alta ya, se veía obligada a agachar la cabeza para poder pasar por alguna de ellas.

—Spring Cottage —dijo—. Es un nombre bonito para esta casa. Sobre todo en primavera.

—La llaman así por el manantial que hay detrás —explicó la madre—. El agua brota primero en el patio del castillo, según tengo entendido, se mete por un túnel que ella misma ha abierto, surge como nuevo manantial por encima de esta casa, cruza nuestro jardín, y desaparece luego colina abajo.

Las muchachas exploraron el arroyuelo. Encontraron el punto por donde manaba, y Dolly probó el agua. Era fresca y clara como el cristal. Le gustaba oír su gorgoteo en el descuidado jardín. Lo oyó toda la noche con delicia. La vista desde la casita era magnífica. Podían ver todo el valle y el serpeante camino que conducía, ladera arriba, hasta la casa. Allá lejos, en la distancia, estaba la estación de ferrocarril, que parecía un edificio de juguete.

—Igual que la locomotora y los vagones que tenía Jack —dijo Lucy, recordando—. Y, ¡cómo se enfadaba tío Godofredo cada vez que la poníamos en marcha! Acostumbraba decir que hacía más ruido que una tormenta. ¡Ah, cuánto me alegro de que no vivamos ya con él!



Dolly consultó su reloj.

—Ya es casi hora de ir a esperar el tren —dijo—. Apuesto a que los chicos están excitados a más no poder. Ven, vamos a buscar a mi madre.

La señora Mannering estaba a punto de sacar el coche del cobertizo. Las niñas montaron a su lado. Lucy estaba muy emocionada, tantas eran sus ganas de ver a Jack de nuevo. Y a Jorge también. ¡Ojalá no tuviera Dolly uno de sus arranques de genio demasiado pronto! Jorge y ella reñían mucho más de lo que debieran.

Llegaron a la estación. Lucy se paseó por el andén esperando que se anunciara la proximidad del tren. La señal cambió, por fin, con alarmante ruido y, casi en el mismo instante, se vio aparecer una nube de humo y dobló la curva la locomotora.

Los dos niños estaban asomados a las ventanillas, agitando las manos y gritando. Las niñas les saludaron a gritos también, poniéndose a continuación a bailar de contentó.

—¡Ahí está «Kiki»! —exclamó Lucy—. ¡«Kiki»!

El loro soltó un chillido y voló del hombro de Jack para aterrizar sobre el de la niña, a la que frotó la mejilla con el pico, haciendo un ruido raro. Estaba encantado de verla.

Los muchachos saltaron del vagón. Jack corrió a Lucy y le dio un fuerte abrazo al que correspondió ella con otro, brillándole los ojos como estrellas. «Kiki» exhaló otro chillido y volvió al hombro de Jack.

—Límpiate los pies —le dijo con severidad al sobresaltado mozo—. Y, ¿dónde tienes el pañuelo?

Jorge le sonrió a su hermana Dolly.

—¡Hola, chica! —le dijo—. ¡Cómo has crecido! Menos mal que he crecido yo también, si no serías tan alta como yo. ¡Hola, Lucy..., tú no has crecido! ¿Has sido buena en el colegio?

—¡No hables como una persona mayor! —le contestó Dolly—. Mamá aguarda fuera, en el coche. Ven a verla.

El mozo recogió el equipaje con una carretilla y siguió a los cuatro niños, que estaban la mar de excitados. «Kiki» fue a posarse sobre las maletas, y miró al hombre con ojos relucientes.

—¿Cuántas veces he de decirte que cierres la puerta? —preguntó.

El mozo soltó la carretilla, alarmado. No sabía si contestarle a aquel pájaro tan extraordinario. «Kiki» soltó una risa igual que la de Jack y salió volando hacia el automóvil, intentando posarse sobre el hombro de la señora Mannering. La madre de Dolly le resultaba muy simpática.

—Atención, por favor —dijo el loro, con severidad—. Abrid los libros por la página seis.

Todos se echaron a reír.

—Ha aprendido eso de uno de los maestros —les dijo Jack—. ¡Oh, tía Allie, no sabes la gracia que ha tenido durante el viaje! Asomaba la cabeza por la ventanilla en todas las estaciones y decía «¡adelante!» como se lo había oído decir al jefe del tren y, ¡había que ver la cara del maquinista!

—No sabes cuánto me alegro de tenerte otra vez conmigo —dijo Lucy, pegándose a su hermano.

Le adoraba, aun cuando él apenas le hacía caso. Subieron al automóvil y el mozo cargó el equipaje como pudo, sin perder de vista al loro.

—Haz el favor de cerrar la puerta —ordenó éste. E inició una de sus interminables risitas.

—Cállate, «Kiki» —le dijo Jack, viendo la cara de sobresalto del mozo—. Pórtate como es debido, o te vuelvo a mandar al colegio.

—¡Oh, qué niño tan malo! —contestó el pájaro—. ¡Oh, qué malo, malo, malo, malo...!

—¡Te sujetaré el pico con una goma como te atrevas a decir otra palabra! —amenazó Jack—. ¿No estás viendo que quiero hablar con tía Allie?

Jack y Lucy llamaban tía Allie a la señora Mannering porque resultaba más

agradable y cariñoso. A ella, por su parte, le eran muy simpáticos los dos niños, y en particular Lucy, por ser ésta muchísimo más dulce y afectuosa de lo que había sido Dolly jamás.

—Oye —exclamó Jorge, mirando por la ventanilla del automóvil—, ¿sabes que esta comarca parece emocionante? ¡Hay pájaros en abundancia para ti, Pecas... y animales de sobra para mí!

—¿Dónde está esa rata parda que tenías en el colegio? —preguntó Jack, mirando de reojo a Dolly.

Ésta soltó inmediatamente un chillido. Jorge empezó a rebuscar en los bolsillos, metiendo la mano en uno y después en otro, mientras Dolly le contemplaba horrorizada, esperando ver aparecer una rata parda.

—¡Mamá! ¡Para el coche y déjame ir a pie! —suplicó—. Jorge lleva una rata encima.

—Aquí está... oh, no, es el pañuelo —murmuró Jorge—. ¡Ah!, ¿qué es esto?... No, tampoco. Ahora..., vaya, ya está...

Fingió estar intentando sacar, con dificultad, algo del bolsillo. —Conque quieres morderme, ¿eh?— dijo.

Dolly volvió a chillar. La madre paró el coche. Dolly agarró el tirador de la portezuela disponiéndose, asustada, a abandonar el vehículo.

—Tú no te muevas, Dolly —le dijo la señora Mannering—. Jorge, baja tú y llévate a ese bicho contigo. Estoy completamente de acuerdo con Dolly... No quiero que ande corriendo por encima de nosotros ninguna rata. Conque puedes apearte e ir a pie.

—Mira, mamá, la verdad es que... me he dejado la rata en el colegio —contestó el niño, riendo—. Sólo quería hacerle rabiarse un poco a Dolly.

—¡Bruto! —exclamó la niña.

—Me lo imaginaba —dijo la madre, poniendo el vehículo en marcha de nuevo—. Bueno, anda con cuidado, porque has estado a punto de tener que ir a casa a pie. A mí no me molesta ninguno de los bichos que recoges..., salvo las ratas y las culebras. Y, ahora, ¿qué os parece Spring Cottage?

A los niños les gustó tanto como les había gustado a las niñas. Pero lo que verdaderamente les encantaba era el castillo. Dolly se olvidó de poner morro al señalárselo a los muchachos.

—Subiremos allá —dijo inmediatamente Jack.

—Me parece que no —intervino la señora Mannering—. Acabo de explicarles a las niñas que es un lugar muy peligroso.

—Pero..., ¿por qué? —inquirió Jack, chasqueado.

—Hubo un corrimiento de tierras en el camino, y nadie se atreve a subir a él por ahora. También he oído decir que todo el castillo está resbalando y que podía

desmoronarse si se corriera un poco más la tierra.

—Eso suena la mar de emocionante —dijo Jorge, brillándoles los ojos.

Entraron en la casita, y las muchachas les enseñaron su alcoba bajo el tejado. Lucy estaba tan encantadora de encontrarse con Jack de nuevo, que apenas podía dejarle solo un segundo. El niño se parecía mucho a su hermana, con su cabello de un rojo profundo, los ojos verdes y centenares de pecas. Era un muchacho muy natural y bondadoso y la mayoría de la gente lo encontraba simpático desde el primer instante.

Jorge, a quien Jack llamaba con frecuencia Copete, se parecía mucho a su hermana también; pero tenía mucho mejor genio. Tenía el mismo mechón indómito de pelo delante, que era característica, al propio tiempo, de la madre. Por eso, al referirse a ellos, Jack los llamaba, con frecuencia, «Los Tres Copetes». Los muchachos eran de un poco más edad que las niñas, y muy buenos amigos en verdad.

—¡Las vacaciones por fin! —dijo Jorge, abriendo su baúl.

Dolly lo observó atentamente desde una distancia prudencial.

—¿Llevas algún bicho ahí dentro? —quiso saber.

—Sólo un erizo jovencito —le contestó su hermano—. Y no te preocupes, que no tiene pulgas.

—Apuesto a que sí —dijo Dolly, retrocediendo unos pasos—. No me olvidaré nunca del erizo que encontraste el verano pasado.

—Te digo que este recién nacido no tiene ni media pulga —insistió Jorge—. Compré un insecticida en la farmacia y se lo eché por encima y está más limpio que una patena. Aún no se le han vuelto pardas las púas.

Las niñas contemplaron con interés la minúscula bola llena de pinchos que llevaba entre los jerseys del baúl. Se desenrolló ésta un poco, asomando un hociquito.

—Es muy mono —dijo Lucy.

Y ni a la propia Dolly parecía asustarla.

—El único inconveniente que tiene es que va a resultar demasiado espinoso para llevarlo encima —observó Jorge, metiéndoselo en el bolsillo del pantalón.

—Seguramente dejarás de cargar con él en cuanto te hayas sentado encima un par de veces. Las púas se encargarán —dijo Dolly.

—Es muy probable —asintió el hermano—. Y procura tú no molestarme demasiado, Dolly..., ¡estaría que ni pintado para metértelo en la cama!

—Dejaos de discutir y salgamos a explorar —intervino Jack—. Lucy dice que hay un manantial en el jardín que baja desde el castillo.

—Yo soy el rey del castillo —anunció «Kiki», meciéndose encima de la mesa de tocador—. ¡Quiquiriquí suena el pito!

—Me parece que te estás haciendo un lío —dijo Jack—. Vamos..., ¡a salir todos!

Capítulo III

La vida en Spring Cottage

Los primeros días fueron muy felices en verdad. Los cuatro niños y «Kiki» vagaron a su antojo y Jack encontró tantos centenares de nidos que se quedó maravillado. Los pájaros le gustaban con locura y, de habérselo permitido los otros, se hubiese pasado horas y horas contemplándolos. Se excitó sobremanera cierto día porque dijo haber visto un águila.

—¡Un águila! —exclamó Dolly, con incredulidad—. Pero ¡si yo tenía entendido que se habían extinguido y que ya no se encontraba ninguna, igual que el Alca Mayor de la que hablas tanto!

—Las águilas no se han extinguido —repuso Jack, con desdén—. Eso demuestra tu ignorancia. Estoy seguro de que lo que vi era un águila. Se alzó muy alto, como se dice que hacen las águilas. Yo creo que era un águila real.

—¿Es peligrosa? —inquirió Dolly.

—Supongo que quizá te atacaría si te acercases demasiado a su nido. ¡Troncho! ¡Si anidara en algún sitio cercano!...

—Bueno, pues lo que es yo, no pienso ir a buscar nidos de águilas —dijo Dolly, con firmeza—. Sea como fuere, Jack, ya has encontrado más de cien nidos..., ¿no tienes bastante con eso sin necesidad de ponerte a buscar nidos de águilas también?

Jack nunca se llevaba los huevos de un nido, ni molestaba a los pájaros que estuviesen incubando. Ningún pájaro le tenía miedo, como tampoco le temía a Jorge ningún animal. Si Lucy o Dolly echaban una mirada siquiera a un nido, el ave que estuviese dentro huía alarmada, pero permitía a Jack que la acariciase sin mover ni una pluma. Era singular en verdad.

«Kiki» les acompañaba siempre en sus excursiones, posado en el hombro de Jack. Éste le había enseñado al loro a no hacer ruido alguno cuando estuviese observando a un pájaro; pero a «Kiki» no parecían gustarle mucho las cornejas que anidaban por los alrededores. Había una colonia de ellas en un macizo de árboles no muy lejano, y el loro iba con frecuencia a posarse en una rama para dirigirles insultos a las asombradas aves.

—Es una lástima que no puedan contestarle —observó Jorge—. Lo único que dicen es «Coo... cooo cooo».

—Sí, y «Kiki» las imita —contestó Jack—. Se pasaría horas graznando si yo no le hiciera callar, ¿verdad, «Kiki»?

El loro le cogió la oreja con el corvo pico y se la acarició con dulzura. Le encantaba que le hablase Jorge. Hizo un ruido peculiar y murmuró, amoroso:

—Cooo... cooo... cooo...

—Bueno, basta —dijo Jack—. Ve a escuchar a un ruiseñor o algo así, e imítale. El graznido de un cuervo no es como para maravillar a nadie. ¡Cállate, «Kiki»!

«Kiki» calló y soltó un estornudo muy bien imitado.

—¿Dónde tienes el pañuelo? ¿Dónde tienes el pañuelo? —preguntó.

Con gran delicia de Lucy, Jack le dio un pañuelo, y «Kiki» se pasó unos minutos con él en una garra, dándose en el pico y respingando sin cesar.

—Un truco nuevo —explicó Jack, sonriendo—. No está mal, ¿verdad?

Se podían dar paseos magníficos por los alrededores de la casita. El pueblo se encontraba a tres millas de distancia y, a excepción de unas cuantas cosas y de la única tienda de allá, que vendía de todo, no había más edificios salvo una o dos granjas y una casita solitaria aquí y allá por la colina.

—No es fácil que tengamos ninguna aventura aquí —dijo Jorge—. ¡Está todo tan tranquilo y tan apacible! La gente del pueblo apenas tiene nada que decir. Contestan «Sí, así es» a todo.

—Están medio asustados de «Kiki» —dijo Dolly.

—Sí, así es —repuso Jack, imitando a los del pueblo.

«Kiki» hizo inmediatamente lo propio.

—¿Os acordáis de cuando encerraron a «Kiki» en una cueva bajo tierra, y el hombre que le encerró le oyó hablar solo y creyó que me había encerrado a mí? —inquirió el niño, haciendo referencia a la aventura del verano anterior—. ¡Troncho! ¡Eso sí que fue una aventura!

—Me gustaría correr otra —aseguró Jorge—. Pero supongo que no volveremos a tener ocasión de hacerlo mientras vivamos.

—Dicen que las aventuras les ocurren a los que se aventuran —anunció Jack—. Y creo que nosotros nos aventuramos bastante. No veo yo por qué no hemos de correr muchas más.

—¡Ojalá pudiésemos subir a explorar ese castillo tan raro! —exclamó Dolly, con anhelo, alzando la mirada hacia la cima—. Tiene un aspecto tan extraño, tan desierto y tan solitario, montado allá arriba y como mirando ceñudo al valle. Mamá dice que ocurrió algo horrible allí hace tiempo, pero no sabe qué.

—Procuraremos averiguarlo —se apresuró a decir Jack. Siempre le habían gustado las historias que pusieran los pelos de punta—. Supongo que matarían a gente en él, o algo así.

—¡Oh, qué horrible! ¡Yo no quiero subir allí! —anunció inmediatamente Lucy.

—Bueno, de todas formas, mamá ya dijo que no debíamos subir —aclaró Dolly.

—A lo mejor nos deja ir a buscar nidos de águila —dijo Jorge—. Y si buscando tuviésemos que acercarnos al castillo, ¿cómo íbamos a poder remediarlo?

—Más vale que se lo digamos si es que llegamos cerca —observó Jack, a quien

no le gustaba engañar de ninguna manera a la bondadosa señora Mannering—. Le preguntaré si tiene inconveniente.

Conque se lo preguntó aquel atardecer.

—Tía Allie —dijo—, creo que debe haber un nido de águila por la cima de la colina. Es tan alta, que casi parece una montaña... y es ahí donde anidan las águilas. No le importaría que intentase encontrar el nido, ¿verdad?

—No; si vas con cuidado, no. Pero..., ¿tendrías que aproximarte al castillo para buscarlo?

—Quizá sí —contestó francamente Jack—. Pero puede tener la seguridad de que no andaremos haciendo tonterías por ningún corrimiento de tierras, tía Allie. No se nos ocurriría poner en peligro a las niñas.

—Al parecer, estalló una tromba de agua por la cima hace unos años —dijo la señora Mannering—, y cayó tal diluvio, que minó los cimientos del castillo, y la mayor parte del camino que a él conducía resbaló colina abajo. Conque, como ves, pudiera resultar muy peligroso andar explorando por allí arriba.

—Tendremos mucho cuidado —prometió Jack, encantado de que la señora Mannering no les hubiese prohibido rotundamente que subieran hacia el castillo.

Se lo dijo a los otros, que se sintieron emocionados.

—Subiremos mañana, ¿queréis? —dijo Jack—. Es verdad que quiero mirar por ahí a ver si veo un nido de águila.

Aquella tarde, cuando paseaban, experimentaron la curiosa sensación de que alguien les seguía. Una o dos veces Jack se volvió, seguro de que había alguien detrás de ellos, pero sin descubrir a nadie.

—Es raro —le dijo a Jorge en voz baja—. Hubiese jurado que había alguien detrás de nosotros..., oí el chasquido de una rama..., como si alguien la hubiese pisado y partido.

—Sí..., igual me pareció a mí —asintió Jorge—. Vamos a hacer una cosa, Jack. Cuando nos metamos por entre esos árboles, yo me agacharé detrás de unas zarzas y aguardaré, mientras vosotros seguís delante. Así, si alguno nos anda siguiendo por algún motivo, le veré.

Dijeron a las muchachas lo que iba a hacer Jorge. También a ellas les había parecido que alguien les seguía. Se metieron todos por entre los árboles y, al llegar a un matorral apropiado. Jorge se dejó caer de pronto tras él y se escondió, mientras los otros continuaron andando, hablando en voz muy alta.

Jorge aguzó el oído. Al principio nada oyó. Luego percibió un rumor, y le latió con violencia el corazón. ¿Quién les seguía y por qué? Parecía tonto aquello. Alguien llegó al matorral. Alguien se deslizó por delante, sin verle. Jorge miró a ese «alguien» y quedó tan sorprendido que exhaló una exclamación:

—¡Hombre!

Una niña vestida de harapos, descalza y desgredada, dio un brinco de sobresalto y se volvió. Jorge salió de su escondite y la sujetó por las muñecas, no con brutalidad, pero sí con suficiente fuerza para que no pudiese escaparse. Ella intentó morderle y le dio un fuerte puntapié con los pies descalzos.



—No seas tonta —le dijo Jorge—. Te soltaré cuando me digas quién eres y por qué nos sigues.

La niña no le contestó, limitándose a mirarle con ojos negros, iracundos. Los otros, al oír la voz de Jorge, regresaron corriendo.

—Ésta es la persona que nos estaba siguiendo —dijo Jorge—. Pero no consigo arrancarle una palabra.

—Es una gitana —observó Dolly.

La otra la miró torvamente. Luego vio a «Kiki» posado en el hombro de Jack, y fue incapaz ya de apartar la vista de él.

—Me parece que nos ha estado siguiendo para poder echarle una mirada al loro —dijo Jorge, riendo—. ¿Es así, gitanilla?

La muchacha asintió con la cabeza.

—Sí, así es —contestó.

—Sí, así es —repitió «Kiki».

La niña le contempló y se echó a reír. La risa le cambiaba el rostro, dándole un aspecto alegre y travieso.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Jorge, soltándola.

—Tassie. Vi ese pájaro y os seguí. No iba con malas intenciones. Vivo al otro lado de la colina con mi madre. Sé dónde vivís vosotros. Sé todo lo que hacéis.

—¡Ah!... Has estado espiando y siguiendo nuestros pasos, supongo —dijo Jack—. ¿Conoces esta colina bien?

Tassie asintió con un gesto. Apenas apartaba los ojos de «Kiki». El loro parecía fascinarla.

—¡Quiquiriquí suena el pito! —anunció el pájaro, mirándola—. Abre el libro por la pagina seis.

—Oye..., ¿tú sabes si las águilas anidan en la cima? —le preguntó Jack, de pronto.

Se le ocurrió pensar que una niña medio salvaje como aquella quizá supiera esas cosas.

—¿Qué es un águila? —preguntó Tassie.

—Un pájaro grande. Un pájaro muy grande con un pico curvado y...

—¿Como éste? —preguntó la niña con ingenuidad, señalando a «Kiki».

—No —respondió Jack—. Bueno, déjalo. Si no sabes cómo es un águila, tampoco sabrás dónde anida.

—Es hora de volver a casa —dijo Jorge—. Tengo apetito. Tassie, enséñanos el camino más corto.

Con gran sorpresa de Jorge, Tassie dio media vuelta y echó a correr cuesta abajo, con tanta seguridad en los pies como una cabra. La siguieron y les llevó por un atajo que acortaba tanto el camino, que todos quedaron asombrados al ver Spring Cottage ante sus ojos.

—Gracias, Tassie —dijo Jorge.

Y «Kiki» coreó:

—Gracias, Tassie.

En el rostro de la niña se dibujó una sonrisa, desvaneciéndose su habitual expresión de hosquedad.

—Ya os volveré a ver —dijo.

Y dio media vuelta para marcharse.

—¿Dices que vives en esa casita vieja al otro lado de la colina? —gritó Jack, tras ella.

—¡Allí mismo! —gritó la niña a su vez.

Y desapareció por entre los matorrales.

Capítulo IV

Tassie y «Botón».

Desde luego, la Colina del Castillo era un lugar muy solitario. Porque después de haberlo explorado, descubrieron que, al parecer, no había en ella más que su propia casita, la casa medio derruida de Tassie, y una granja algo distante que les proporcionaba leche y huevos.

El pueblo yacía en el valle, a sus pies. Pero, aunque en la gran colina apenas había seres humanos, estaba llena de vida de otra clase: pájaros para Jack y animales de toda suerte para Jorge. Las ardillas corrían por todas partes, saltaban conejos por dondequiera pisaran, y veían deslizarse a su alrededor zorras rojizas a quienes su presencia no parecía producir miedo alguno.

—¡Troncho! ¡Cuánto me gustaría conseguir un cachorro de zorro! —exclamó Jorge—. Siempre he sentido ganas de tener uno. Son como los perritos pequeños, e igual de vivaces.

Tassie, la gitanilla, se encontraba con ellas cuando lo dijo. Acompañaba a los niños ahora con frecuencia, y les resultaba de un valor incalculable, porque siempre sabía por dónde volver a casa. Parecía muy fácil perderse en la extensa colina; pero Tassie siempre podía enseñarles un atajo.

Era una muchacha muy rara. A veces no quería acercarse a ellos, rondando en torno suyo a unos metros de distancia, mirando a «Kiki» con ojos fascinados. A veces caminaba a su lado, escuchando la conversación, aunque ella rara vez articulaba palabra. Miraba con admiración y envidia los sencillos vestidos de las niñas. En ocasiones asía la tela entre los dedos y la palpaba. Ella jamás llevaba otra cosa que un vestido harapiento que parecía hecho de un saco viejo. Tenía enredado el rizado cabello y andaba siempre sucia.

—No me importa que esté sucia, pero huele un poco fuerte a veces —le dijo Lucy a Dolly—. No creo que se haya bañado nunca.

—Es probable que no haya visto un baño en su vida —repuso Dolly—. Parece la mar de sana sin embargo, ¿verdad? Nunca he visto a persona que tuviese los ojos tan brillantes, las mejillas tan sonrosadas y los dientes tan blancos. Aunque apuesto a que nunca se los ha limpiado.

Al interrogarla, se descubrió que Tassie no sabía lo que era un baño. Dolly la llevó a Spring Cottage y le enseñó la bañera grande de hojalata que usaban todos. La señora Mannering se encontraba en casa, y miró a la niña con asombro.

—¿Quién es esa niña tan sucia? —le preguntó a Lucy en voz baja—. Más vale que se dé un baño.

Lucy había esperado que la señora Mannering dijese una cosa así. Las madres le daban mucha importancia al hecho de que la gente anduviese limpia. Pero cuando Dolly le explicó a Tassie lo que era bañarse, la gitana se asustó. Retrocedió espantada ante el pensamiento de sentarse en el agua.

—Escúchame —le dijo la señora Mannering—, si quieres dejarme que te dé un baño y te limpie bien, buscaré un vestido de Dolly para ti, y una cinta para el pelo.

La posibilidad de poseer semejante atavío conmovió de tal manera a Tassie, que accedió a tomar un baño. Conque se encerró en la cocina con la madre de Dolly, una bañera de agua caliente, y jabón en abundancia.

Al cabo de un rato se alzaron en la cocina tales chillidos de angustia, que los niños, allá en el jardín, se preguntaron qué podría estar ocurriendo. Luego oyeron la voz de la señora Mannering, que decía con firmeza:

—Siéntate como es debido. Mójate toda. Haz el favor de no ser tonta, Tassie. Piensa en ese vestido azul tan lindo que te aguarda.

Más chillidos. Evidentemente, Tassie se había sentado, pero no le gustaba. Se oyó el raspar de un cepillo.

—Tu madre está haciendo las cosas a conciencia —rió Jack—. ¡Uf, qué olor a desinfectante!

Al cabo de media hora, Tassie salió de la cocina completamente cambiada. Ahora sólo tenía el color moreno que le había estampado el sol al curtirla, pero sin la suciedad. Llevaba el cabello lavado, peinado y sujeto por atrás con una cinta. Le habían puesto un vestido azul de algodón. Y, ¡hasta la habían calzado con unos bonitos zapatos de goma!

—¡Oh, Tassie, qué bien estás! —exclamó Lucy.

La gitana puso cara de contento. Se sentía la mar de orgullosa de su ropa nueva y no hacía más que acariciar el vestido azul como si fuera un gato.

—Huelo bien —anunció, gustándole evidentemente el olor de jabón desinfectante mucho más de lo que les gustaba a los otros—. Pero ese baño fue horrible. ¿Cuántas veces os bañáis? ¿Una vez al año?

Tassie era extraordinariamente estúpida en algunas cosas. No sabía leer ni escribir y, sin embargo, era capaz de interpretar todas las señales del bosque y de la pradera como un piel roja de una manera que dejaba asombrados a los niños. Más parecía un animal inteligente que una niña. Se colgó a Jorge y a «Kiki» desde el primer momento, considerando al niño y al loro los dos miembros más admirables del grupo.

Al día siguiente del baño, bajó a la casita y atisbo por la ventana. Llevaba algo en brazos, y los niños se preguntaron qué sería.

—Ahí está Tassie —dijo Lucy—. Lleva el vestido azul y está muy mona. Pero vuelve a tener enredado el pelo. Y, ¿qué es lo que le cuelga del cuello?

—¡Los zapatos! —exclamó Jorge, riendo—. ¡Ya sabía yo que no los llevaría

puestos mucho rato! Está tan acostumbrada a ir descalza, que el calzado le hace daño. Pero le duele separarse de ellos, y se los cuelga al cuello.

—Y, ¿qué lleva en brazos? —inquirió Dolly, con curiosidad—. Tassie, entra y enséñame lo que traes.

Tassie sonrió, enseñando la blanca y uniforme dentadura. Luego se dirigió a la puerta posterior. Entró en la cocina, y Jorge dio un grito:

—¡Es un cachorro de zorra! ¡Qué precioso es! Tassie, ¿de «dónde» lo sacaste?

—De su guarida. Sé dónde vive una familia de zorros.



Jorge tomó el cachorro en brazos. Era una verdadera monada, con el afilado hociquito, el rabo como un cepillo y el pelo rojo y espeso. Se quedó quieto, temblando, con la mirada fija en el niño. Antes de haber transcurrido muchos segundos, pareció caer bajo el hechizo que ejercía Jorge sobre todos los animales. Se le subió al cuello y le lamió. Se acunó contra él. Le demostró, de todas las maneras de que fue capaz, que le quería.

—Tienes un don maravilloso para con los animales —dijo la madre—. Igual que lo tuvo tu padre. ¡Qué cachorro más lindo, Jorge! ¿Dónde vas a conservarlo? Tendrás

que meterle en una jaula o algo así, de lo contrario se te escapará.

—¡Claro que no, mamá! Le enseñaré a seguirme como un perrito. Aprenderá en seguida.

—Sí, pero los zorros son tan montaraces... —dijo su madre, dubitativa.

Ningún animal era montaraz ni salvaje con Jorge, sin embargo. Antes de transcurridas dos horas, el cachorro le andaba siguiendo ya a todas partes, suplicándole con la mirada que le tomase en brazos cada vez que se detenía.

La simpatía que la niña gitana le inspiraba a Jorge aumentó enormemente después de aquello. Descubrió que tenía una cantidad asombrosa de conocimientos acerca de los animales y de sus costumbres.

—Tassie es como un perrito de Jorge: siempre le sigue a todas partes —dijo Dolly—. ¡Mira que querer nadie seguir a Jorge!

Dolly no experimentaba mucho cariño por su hermano en aquel instante. Éste había reunido cuatro escarabajos a los que estaba enseñando a obedecer ciertas órdenes. Los guardaba en la alcoba, pero andaban errando por allá de una manera que a la pobre Dolly le resultaba aterradora.

A «Kiki» le hacía muy poca gracia el cachorro, y le regañaba cada vez que le veía. Pero a Tassie le profesaba mucho afecto y volaba a posársele en el hombro, murmurándole tonterías al oído. A Tassie, claro está, le encantaba aquello y se sentía la mar de orgullosa cuando «Kiki» volaba a ella.

—Podrás creer que Tassie te adora —le dijo Dolly a Jorge, riendo—; pero en realidad, ocupas el segundo lugar. Quiere a «Kiki» más que a ti.

—Ya podía dejar «Kiki» en paz a «Botón» —dijo Jorge. «Botón» era el nombre que le había dado al cachorro que, al igual que Tassie, le seguía a todas partes—. «Kiki» se está portando muy mal con «Botón». Supongo que será porque tiene celos.

—¿Cuántas veces he de decirte que te limpies los pies? —le dijo «Kiki» con aspereza al cachorro—. ¿Dónde tienes el pañuelo? ¡Dios salve al pito! ¡Quiquiriquí suena el rey!

Los niños rieron a carcajadas. Siempre resultaba cómico cuando «Kiki» se hacía un lío con las palabras. El loro les miró con solemnidad, ladeando la cabeza.

—¡Atención, por favor! ¡Abrid el libro por la página seis!

—¡Cállate, «Kiki»! Me haces recordar el colegio —dijo Jack—. Oíd..., he vuelto a ver al águila hoy. Volaba por la cima y estoy seguro de que tiene el nido allá. Es de una envergadura enorme.

—Bueno, pues subamos a buscarla —dijo Dolly—. De todas formas siento unas ganas locas de echarle una mirada a ese castillo. Aun cuando no podamos subir por el camino, podremos acercarnos a él y ver cómo es...

—Sí..., hagamos algo emocionante —dijo Lucy—. Tomemos el té fuera, y subamos todo lo que podamos por la colina. Tú puedes ponerte a buscar nidos de

águila, Jack y nosotros iremos a echarle una mirada al castillo. Parece tan extraño y misterioso... como si tuviera algún secreto que ocultar.

—Está desierto —dijo Jorge—. Probablemente le encontraremos lleno de ratones, arañas y murciélagos; pero nada más.

—¡Ooooh! No entremos entonces —dijo inmediatamente Dolly—. Prefiero encontrar un nido de águila a verme rodeada de murciélagos en ese castillo tan viejo.

Capítulo V

El camino del castillo

—Vamos a subir a la cima de la colina, mamá —anunció Jorge—. En busca de un nido de águila, por complacer a Jack. Ha vuelto a ver ese pájaro. No subiremos por el camino, conque no te preocupes..., por el camino del castillo, quiero decir.

—Llevaos el té —le dijo su madre—. ¡Me alegraré de deshacerme de vosotros toda una tarde! Así podré dedicarme un poco a la lectura.

Dolly y ella cortaron unos emparedados y prepararon pastel, fruta y leche. Jorge tomó el macuto con la comida y silbó a «Botón», que ahora respondía cuando le llamaban por el nombre o cuando le silbaban, igual que un perro. «Botón» acudió, soltando unos ladridos cortos. Era un cachorro la mar de simpático y hasta a la señora Mannering le gustaba, aunque decía que, a veces, tenía un olor demasiado penetrante. No le gustaba que «Botón» durmiese en la cama de Jorge, y madre e hijo solían tener discusiones bastante largas sobre ello.

—Tienes la alcoba llena de toda clase de bichos ya —le dijo la señora—. Ese erizo no hace más que entrar y salir ya... y ayer había algo que no hacía más que saltar por todas partes.

Dolly se estremeció. Jamás entraba en el cuarto de Jorge si podía remediarlo.

—Era «Terencio», el sapo —aclaró Jorge—. Le llevo encima ahora, conque no saltará por mi alcoba. Te lo enseñaré. Tiene los ojos más bonitos que jamás hayas...

—No, Jorge —le interrumpió su madre, con firmeza—. No quiero verle. No le molestes.

Jorge dejó de buscárselo por los bolsillos con dolorida expresión.

—Nadie me... —empezó. Pero «Botón» le distrajo en sus esfuerzos por encaramársele por la pierna para metérsele en los brazos—. ¿Qué te pasa, «Botón»? ¿Te ha estado haciendo rabiar «Kiki» otra vez? ¿Te ha estado tirando de la cola?

El cachorro hizo unos ruiditos y acabó instalándose cómodamente sobre la mochila que se había echado Jorge a la espalda.

—¿Dónde están los demás? —inquirió el muchacho—. Ah, ahí están ¡Eh! ¿Estáis todos preparados ya?

Emprendieron la marcha por el serpeante camino, estrecho y pendiente, de una anchura justa para dar paso o un carro. No tardó en aparecer Tassie, con el vestido de algodón azul, aunque desgarrado y sucio ya. Aquel día llevaba los zapatos atados a la cintura. Les hacía gracia a los niños que siempre los llevase consigo, aunque no se los pusiera nunca.

—Debe de tener los pies endurecidos a más no poder —dijo Jack—. Nunca

parece importarle pisar las piedras por muchas aristas vivas que tengan.

Tassie se incorporó a Jorge y «Botón». «Kiki» le dirigió algunas palabras agradables y voló luego a la colonia de cornejas para sobresaltarlas con su realístico crascitar. Nunca creían poder salir de su asombro ante aquello. Escuchaban en silencio hasta que «Kiki» hablaba como un ser humano, momento en que se alejaban volando, disgustadas.

Los niños siguieron camino arriba. Hacía mucho calor aquella tarde, y jadeaban ya.

—¿Por qué habremos escogido una tarde como ésta para subir al castillo? —murmuró Jorge.

Tassie se detuvo.

—¿Al castillo? —dijo—. No podéis ir por aquí. Está interceptando el camino. Sólo se puede llegar a él por la parte de atrás ahora.

—Queremos ver lo que haya que ver —explicó Jorge—. Me gustaría ver ese corrimiento de tierras o lo que quiera que sea. No intentaremos pasar por él, porque prometimos no hacerlo. Pero me gustaría verlo.

—A mí me gustaría entrar en el castillo —dijo Jack.

—¡No, no! —exclamó Tassie, abriendo desmesuradamente los ojos, como si estuviera asustada.

Los niños la miraron con interés.

—¿Por qué no? —inquirió Jack—. Está deshabitado, ¿verdad?

—No, no está deshabitado —contestó la niña—. Se oyen voces, y gritos, y pisadas. No es un buen sitio para visitarlo.

—Tú has estado escuchando cuentos de pueblo —dijo Jorge, con desdén—. ¿Quién iba o estar allí ahora? No hay idas ni venidas, y nunca se ha visto a nadie en el castillo. Lo único que se oirá allí será el ulular de los búhos, o el chirrido de los murciélagos, o algo así.

—¿Cuál es la leyenda del castillo? —preguntó Dolly—. ¿La conoces, Tassie?

—Se dice que allí vivió un hombre muy malo en otros tiempos. Hacía que la gente le fuera a visitar al castillo... y no volvía a verse más a los que iban —anunció Tassie hablando en voz baja, como si temiese que el hombre malo, quienquiera que fuese, la escuchara—. Se oían gritos y quejidos y el entrechocar de espadas. También se cuenta que encerraba a la gente en habitaciones secretas y las dejaba morir de hambre.

—¡Qué hombre más agradable! —dijo Jorge, riendo—. No creo una palabra de todo eso. Siempre se cuentan cosas así de los edificios antiguos. Supongo que algún individuo medio loco compró el castillo, lo remendó y se instaló a vivir en él fingiendo que era un antiguo barón feudal o algo así. Loco tenía que estar para vivir en un sitio así.

—Dicen que tenía muchos caballos y que usaba este camino todos los días. ¿No os fijasteis que la senda está empedrada de guijarros en los sitios más empinados? Era para que pudiesen subir los caballos.

—Sí; vi un trozo empedrado hace unos momentos —dijo Jorge.

Los demás guardaron silencio unos instantes. El hecho de que, en efecto, el camino estuviese cubierto de guijarros en algunos puntos, les hizo pensar que quizá hubiese algo de verdad en el relato de Tassie.

—Sea como fuere —dijo Jorge—, eso ocurrió hace muchos años. El viejo ha desaparecido ya y no hay nadie en el edificio. Me encantaría explorar todo el castillo. ¿A ti no, Jack?

—Ya lo creo —chilló «Kiki».

—«Kiki», quítate de mi hombro un poco —jadeó el niño—. Me resultas la mar de pesado cuesta arriba.

—¡«Kiki»! ¡Ya te llevaré yo! —dijo Tassie.

Y el loro voló a ella al instante, diciéndole que abriese el libro por la página seis. Tassie no jadeaba como sus compañeros. Parecía una cabra en la forma de saltar por los sitios más empinados y nunca daba la menor muestra de cansancio.

—Hola..., ¡hemos recorrido un buen trecho ya! —exclamó Jorge, enjugándose el sudor de la frente—. Fijaos..., el camino cambia por completo de aspecto aquí...

Y así era. Ya no podía llamarse camino, porque parte de la ladera se había corrido, amontonándose sobre la senda y su vecindad. Yacían enormes rocas donde habían caído, y se veían tocones donde la ladera en movimiento había segado los árboles.

Los niños contemplaron el desordenado paisaje salpicado de rocas.

—Parece como si hubiera habido aquí un terremoto —observó Lucy.

Al otro lado se veía el castillo, que daba la sensación de ser más grande ahora. Podían apreciar luego cuan fuerte era su construcción, y distinguían dos de los torreones cuadrados, con la almenada muralla entre ambos.

—Me gustaría subir a uno de esos torreones —dijo Jorge, con anhelo—. ¡Qué vista más maravillosa habrá desde allí!

—El castillo no está en la mismísima cima, en realidad —dijo Jack—, aunque lo parece desde abajo. Qué aspecto de ferocidad tiene, ¿verdad?

Así era. A ninguno de los niños les pareció un castillo agradable. Daba la sensación de ser un sitio solitario, extraño y siniestro, y nada acogedor. Ello, no obstante, producía emoción.



—Tassie, ¿cómo podemos llegar a la parte de atrás? —le preguntó Jorge a la gitana—. Supongo que «podríamos» escalar este corrimiento de tierras, pero dijimos que no lo haríamos y, de todas formas, algunas de esas peñas parece como si estuvieran dispuestas a rodar colina abajo al menor empujón.

—¡Ahí está mi águila otra vez! —exclamó Jack de pronto, señalando al ave que se alzaba por encima del castillo—. ¿La veis? Es un águila, de eso no cabe la menor duda. ¿Verdad que es enorme? Apuesto a que tiene el nido por los alrededores. ¡Caramba! ¡Ahí hay otra! ¡Miradla!

En efecto, eran dos las águilas que se estaban elevando. Ascendieron más y más, y los niños las contemplaron fascinados.

—¿Cómo pueden alzarse así sin mover las alas? —preguntó Lucy—. Lo comprendería si bajaran planeando; pero subir y subir..., ¡ahora parecen simples puntos colgados en el cielo!

—Supongo que aprovechan las corrientes de aire —dijo Jack—. Debe haber muchas por la cima. Dos águilas. Y juntas. Bueno, pues ya no cabe duda: ¡ha de haber un nido!

—No estarás pensando en domesticar a un águila joven, ¿verdad? —preguntó

Dolly, alarmada.

—No te preocupes. «Kiki» no le permitiría jamás a Jack tener un águila domesticada —dijo Lucy.

Esto era cierto, y Dolly exhaló un suspiro de alivio.

—Se elevaron desde algún punto de detrás del castillo si no me equivoco —dijo Jack—. Demos la vuelta, a ver si encontramos dónde tienen el nido. Vamos.

Abandonaron el lugar y, siguiendo a Tassie, caminaron en dirección este, escalando con dificultad la colina. Tassie les condujo a un sendero serpeante, muy estrecho, pero seguro.

—¿De quién es este sendero? —inquirió Dolly, con sorpresa.

—De los conejos —contestó la gitana—. Los hay a millares por aquí. Abren senderos bastante buenos por todas partes.

—¡No puedo dar un paso más! —jadeó Lucy, al cabo de un rato—. Estoy rendida. Descanemos y tomemos el té. El nido de águilas no se escapará.

A todos les pareció buena la idea. Se dejaron caer sobre la hierba. Jorge se quitó la mochila y la abrió. Repartió la comida y luego se echó cuan largo era. «Botón» se puso inmediatamente a lamerle toda la cara.

Era la mar de agradable poder beber, aunque no había suficiente ni mucho menos. Ninguno parecía tener muchas ganas de comer; pero «Botón» y «Kiki» lograron tragarse bastantes bocadillos entre los dos. Tassie también comió algunos. Era la que menos cansada estaba de todos. Estuvo sentada rascándole a «Kiki» la cabeza mientras los otros se tumbaban.

Pronto se rehicieron e incorporaron. Jorge oyó correr agua en algún sitio cercano, y fue a investigar. Seguía teniendo mucha sed. Al cabo de unos segundos llamó a los otros.

—El manantial que cruza nuestro jardín pasa por aquí. El agua es buena y fresca. ¿Quiere alguno beber?

Todos quisieron. Se levantaron y dirigieron al punto en que brotaba el agua de un agujero, saltaba por un lecho de guijarros y volvía a hundirse en la tierra.

Las niñas se bañaron los recalentados pies en el agua fresca. Luego Jack volvió a ver las águilas.

—¡Vamos! —exclamó—. ¡Ahora veremos dónde aterrizan! ¡Ojalá hubiese traído mi máquina fotográfica! ¡Hubiera podido retratar el nido!

Capítulo VI

¿Cómo pueden entrar?

Se hallaban cerca del castillo ya. Las enormes y gruesas paredes se alzaban muy por encima de los niños. No había en ellas solución de continuidad salvo a una altura de cinco metros, donde se veían ventanas largas y estrechas como troneras.

—Está construido de esos peñascos grandes que hay por toda la colina —dijo Jorge—. Debe de haber costado un trabajo muy grande subir tantos aquí arriba para edificar el castillo. Mirad..., allá hay unas ventanas más grandes. Supongo que a ese hombre tan malo de quien nos hablaba Tassie le gustaba tener más claridad de la que las troneras le proporcionaban. Es un sitio bien raro. Se ve bien claro que le han echado un remiendo, ¿verdad?

—¡Ahí están las águilas otra vez! —exclamó Jack—. Bajan planeando. ¡Fijaos en ellas todos!

El pequeño grupo contempló a los dos pájaros cuyas alas eran, en efecto, enormes.

—Han bajado al patio del castillo —dijo Jack—. ¡Apuesto a que es ahí donde tienen el nido! En alguna parte del patio. He de encontrarlo cueste lo que cueste.

—Pero ¡si no hay manera de llegar a ese patio! —objetó Jorge.

—¿Dónde está la entrada del castillo? —preguntó Jack, volviéndose hacia Tassie.

—Por delante..., por donde se corrió la tierra. No podrías subir por ahí sin correr peligro y, de todas formas, aunque subieras, te encontrarías con la verja cerrada. Hay otra puerta por este lado, pero está cerrada también con llave. No se puede entrar en el castillo.

—¿Dónde está la puerta de este lado?

Tassie les hizo continuar andando, doblando la esquina del muro, y llegaron a una fuerte puerta de roble a ras de pared. Ésta formaba arco por encima y la puerta encajaba tan perfectamente como si fuera parte integrante de la muralla.

Jack atisbó por el ojo de la cerradura, pero nada pudo distinguir.

—¿Estás segura de que no tiene ninguna otra entrada este edificio? —exclamó el niño, mirando a la gitana—. ¡Qué sitio más raro es! Parece una prisión.

—Y eso era —murmuró Lucy, estremeciéndose al recordar lo que Tassie les había contado—. Una prisión para los pobres desgraciados que venían aquí y no podían marcharse... y de los que ya no se volvía saber nunca más.

Jack miró a su alrededor, desesperado. ¡Pensar que pudiera haber dos águilas anidadas en el patio, al otro lado de la pared y no poder alcanzarlas!

—Hemos de entrar. Es preciso que entremos —exclamó alzando la vista hacia las

ventanas.

Pero no había manera de llegar hasta ellas. El muro estaba demasiado liso para que pudiese escalarse. No había yedra. El castillo resultaba inexpugnable.

—Ya hace tiempo que hubiese entrado la gente aquí de haber habido por dónde —observó Jorge—. El hecho de que nadie venga demuestra que no es posible entrar.

—Tassie... ¿no conoces tú un camino? —inquirió el otro.

La gitana reflexionó unos instantes. Luego movió afirmativamente la cabeza.

—Quizá sí —respondió por fin—. Nunca he estado. Pero quizá sea un camino.

—¡Enséñanoslo, aprisa! —exclamó Jack.

Tassie les condujo hacia la parte de atrás del edificio, que casi pegaba contra el farallón.

Una senda estrecha y oscura separaba al muro posterior del castillo de la pendiente ladera. Más parecía un túnel, porque muro y ladera casi se tocaba por un punto. La gitanilla se detuvo y señaló hacia arriba. Todos alzaron la vista y vieron una de las ventanas alargadas muy por encima de ellos. Contemplaron luego a Tassie, sin comprender cómo podía servirles de nada aquello.

—¿No os dais cuenta? —dijo Tassie—. Podríais escalar la ladera de la colina por aquí porque está toda cubierta de plantas trepadoras... Y luego, al llegar frente a la ventana, podríais colocar una rama del árbol como puente para cruzar y entrar.

—¡Tiene razón! —dijo Jorge—. Si pudiéramos arrastrar un tablón o una rama ladera arriba por aquí, y colocar un extremo en el alféizar de la ventana... ¡podríamos cruzar sin dificultad por ella! ¡Es una buena idea!

Los demás escucharon sus palabras con sentimientos encontrados. Dolly tenía ya miedo de encontrarse con murciélagos en el oscuro sendero y hubiese vuelto, de buena gana, a la parte despejada de la colina. A Lucy le hacía muy poca gracia la idea de escalar el farallón y resbalar por una rama que pudiera desalojarse y caer. Jack, por su parte, consideraba que valía la pena intentarlo y ardía en deseos de hacerlo sin perder instante.

—Encended la luz —clamó «Kiki» en la penumbra—. ¡Encended la luz!

Los niños se echaron a reír. A veces «Kiki» atinaba con la frase más apropiada a las circunstancias.

—Vamos a ver si encontramos una rama o algo —dijo Jack.

Conque salieron de aquella senda que olía a moho y se pusieron a buscar algo que pudiera servirles de puente para alcanzar la ventana del castillo. Pero nada hallaron. Ciertamente que Jorge dio con una rama seca, pero lo estaba tanto que se hubiese partido al instante bajo el peso de cualquiera. Y les fue imposible arrancar de un árbol una rama lo bastante grande para que tuviese utilidad alguna.

—¡Maldita sea! —exclamó Jack—. De todas formas, volvamos allá a ver si podemos escalar la ladera hasta la altura de la ventana. Si vemos que es posible entrar

de esa forma, vendremos mañana con una tabla.

—Sí; sería mejor dejarlo hasta mañana, en realidad —dijo Dolly, intentando ver qué hora marcaba su reloj—. Se está haciendo algo tarde ya. Volvamos mañana con tu máquina fotográfica, Jack.

—Bueno; pero nos aseguraremos primero de que es posible entrar por esa ventana —contestó Jack.

Intentó escalar el farallón, pero era muy pendiente y no hacía más que resbalar. Luego probó Jorge, y asiendo con fuerza las plantas trepadoras, logró izarse un pequeño trecho. Sin embargo la planta acabó rompiéndose, y cayó rodando por el suelo al llegar abajo. Afortunadamente, aparte de unas magulladuras sin importancia, no se hizo daño alguno.

—Subiré yo —dijo Tassie.

Y lo hizo. Como un mono. Sabía gatear con una habilidad extraordinaria. Les daba ciento y raya en eso a los dos muchachos. Parecía saber exactamente dónde poner los pies y cuáles eran las plantas más seguras a que agarrarse. No tardó en hallarse frente a la ventana. Las trepadoras crecían en abundancia a aquella altura, y a ellas se agarró mientras miraba hacia la abertura.

—Creo que casi podría saltar desde aquí hasta el alféizar —les gritó a los otros.

—¡No hagas semejante cosa! —le gritó inmediatamente Jorge—. ¡Si serás bruta! ¡Te romperías las piernas si cayeses! ¿Qué ves?

—¡No gran cosa! —contestó la gitana, que aún parecía estar meditando si correr el riesgo de dar un salto—. La ventana es estrecha. No sé si podremos pasar por ella. Y dentro veo una habitación; pero está tan oscura que no distingo si es grande o pequeña. Tiene un aspecto raro.



—¡Apuesto a que sí! —le dijo Jack—. Anda, baja ya, Tassie.

—Cruzaré de un salto y probaré a ver si quepo —respondió Tassie, preparándose a saltar.

Pero la contuvo un rugido de Jorge.

—¡Como te atrevas a hacerlo —exclamó—, no volverás a salir con nosotros nunca más! ¿Lo has oído? ¡Te romperás las piernas!

Tassie lo pensó mejor. El pensar que no iba a poder acompañar a unos niños que tan simpáticos le eran y a los que tanto admiraba, la llenaba de horror. Se conformó con echar una mirada más a la ventana, y luego bajó como una cabra, aterrizando de pie junto a los niños.

—Menos mal que hiciste lo que te mandé —observó Jorge, sombrío—. ¡Suponte que hubieses llegado sana y salva a la ventana... que hubieras logrado entrar... y ya no hubieses podido salir! ¡Habrías quedado prisionera en el castillo para siempre!

La niña no dijo nada. Tenía mucha confianza en su habilidad como saltarina, y le parecía que Jorge estaba dando a la cosa más importancia de la que se merecía.

«Kiki», al oír la voz severa de Jorge, creyó apropiado el momento para regañar a su vez.

—¿Cuántas veces ha de decirte que cierres la puerta? —inquirió, yendo a posarse en el hombro de Tassie.



Ésta se echó a reír y le rascó la cabeza.

—Me lo has dicho ya un centenar de veces —repuso.

Y los otros se rieron también. Salieron de la oscura senda, encantados de ver el sol otra vez.

—Bueno, sabemos lo que hacer, por lo menos —dijo Jack—. Encontraremos un tablón o algo que traer aquí mañana. Haremos que lo suba Tassie y lo coloque entre la ladera de la colina y la ventana. Le daremos una cuerda bien fuerte también, para que la ate a alguna planta segura de arriba. Nos servirá para izarnos después. No tenemos todos la habilidad de ella para gatear.

—No —asintió Lucy—, es verdaderamente maravillosa.

Tassie se puso radiante de satisfacción.

Bajaron de nuevo la colina, hallando un poco más fácil el descenso que la subida, porque Tassie les llevó por un camino bueno que conocía.

—Se está haciendo muy tarde, en verdad —dijo Jack—. Dios quiera que no esté preocupada tu mamá. Jorge.

—Oh, no —respondió éste—. Ya sabe que uno de nosotros bajaría en busca de ayuda de suceder algo.

Ello no obstante, la señora Mannering sí que se había estado preguntando qué habría sido de los niños, y se alegró mucho de verlos. Tenía la cena preparada e invitó

a Tassie a que la compartiera. A ésta la emocionó mucho el convite, e intentó ver cómo comían y bebían los otros, porque no tenía ni pizca de educación.

«Kiki», posado en el hombro de Jack, comía las pizcas que le daban Jack y los otros, haciendo comentarios de cuando en cuando. «Botón» se le subió a Jorge a las rodillas, se hizo allí un ovillo y se quedó dormido. Estaba cansado después de la larga caminata, aunque Jorge le había llevado en brazos parte del camino.

—¿Sabéis qué miedo tenía de que «Botón» se escapara en cuanto le llevásemos a la colina que tan bien conoce? —dijo Jorge—. Pero no se escapó. Ni tan siquiera pareció ocurrírsele la posibilidad.

—Es una monada —dijo Lucy, contemplando al cachorro dormido, que se había metido el hocico debajo del rabo—. Es una lástima que huela un poco.

—Pues aún olerá más; conque más vale que os vayáis acostumbrando —dijo Jorge—. Los zorros huelen. Supongo que, para ellos, nuestro olor debe ser tan fuerte como el suyo para nosotros.

«Tassie quizá se acostumbre —pensó Lucy—; pero estoy segura de que nosotros no. ¡Oh! ¡Cuánto sueño tengo!».

Todos los tenían aquella noche. El largo ascenso bajo el sol les había agotado.

—Vayámonos a la cama —propuso Jorge, con tan prodigioso bostezo, que despertó a «Botón» y le hizo dar un brinco—. Nos espera un día emocionante mañana y tendremos mucho que subir otra vez. No te olvides de tu máquina, Jack.

—¡Claro que no! —contestó el otro muchacho—. He de retratar a esas águilas. ¡Troncho! ¡Cómo nos divertiremos!

Y se fueron a la cama bostezando. «Kiki» fue quien más y con mayor ruido bostezó. No era que tuviese sueño. ¡Pero le resultaba tan agradable imitar aquel sonido!

Capítulo VII

Dentro del castillo de la aventura

A la mañana siguiente, «Botón» despertó a Jorge lamiéndole la planta del pie, que asomaba por debajo de la sábana. El muchacho abrió los ojos dando un alarido, porque tenía muchísimas cosquillas allí.

—¡Estate quieto, Jack! —gritó. Y luego miró hacia el otro lado del cuarto donde Jack abría los ojos en aquel momento con sobresalto—. Oh... nada, nada... es «Botón». «Botón», ¡te prohíbo que vuelvas a lamerme las plantas de los pies!

Jack se incorporó riendo. Se frotó los pies y se desperezó. Luego se fijó en la máquina fotográfica que dejara preparada antes de acostarse, y se acordó de lo que habían proyectado para aquel día.

—Vamos, levantémonos —le dijo a Jorge—. Hace un día magnífico y ardo en deseos de subir al castillo otra vez. Quizá consiga unas fotos magníficas de esas águilas.

A Jorge le interesaban los pájaros casi tanto como a Jack. Los dos se pusieron a hablar de águilas mientras se vestían. Llamaron a la puerta de las niñas al bajar.

La señora Mannering estaba levantada ya, porque era muy madrugadora. Poblaba el aire un olor a tocino frito.

—¡Riquísimo! —exclamó Jorge, olfateando—. «Kiki», no me claves tanto las uñas en el hombro. Me quemé ayer con el sol y me duele.

—¡Qué lástima! ¡Qué lástima! —murmuró el loro, con tono compungido.

Los niños se echaron a reír.

—Casi se diría que entiende lo que le dices —observó Jorge.

—¡Claro que lo entiende! Oye, ¿por qué no buscamos un tablón o algo mientras esperamos el desayuno? Para usarlo de puente en el castillo, quiero decir.

—Bueno.

Salieron al sol, olfateando aún el delicioso aroma a tocino frito, al que se había unido ahora la fragancia del café. «Botón» corría detrás de Jorge, mordisqueándole suavemente los talones cada vez que se detenía. No se atrevía a acercarse a Jack porque las veces que lo intentara, «Kiki» iba sobre él hecho una furia, amenazándole con el pico. Los niños entraron en el cobertizo en que se guardaba el automóvil. No tardaron en encontrar lo que necesitaban: un tablón fuerte, lo bastante largo para alcanzar desde el farallón hasta la ventana.

—¡Troncho! ¡Va a resultar pesado de llevar! —exclamó Jack—. Tendremos que cargar con él un rato cada uno. No podemos escoger uno más corto, porque a lo mejor no alcanzaría.

Salieron las niñas, y los muchachos les enseñaron lo que habían encontrado. Durante la noche, Lucy había tomado la determinación de no atravesar tablones ni explorar castillos; pero ahora, a la cálida luz del sol, cambió de parecer. No estaba dispuesta a dejar de participar en una aventura por insignificante que fuese.

—Mamá, ¿no podríamos pasar todo el día fuera hoy? —preguntó Jorge—. Jack tiene preparada la máquina. Estamos bastantes seguros de dónde se encuentran las águilas y quizá podamos sacar algunas buenas fotografías.

—Hace un día hermoso, conque os sentará bien iros de campo todo el día —contestó la madre—. ¡Oh! ¡Haz el favor de impedir que «Kiki» se lleve la mermelada, Jack! Acabaré por no permitir que se acerque a la mesa si no sabes hacerle portarse bien. Se comió la mitad del pote de mermelada de frambuesa ayer.

—¡Saca el pico de la mermelada, «Kiki»! —ordenó con severidad Jack.

«Kiki» se alzó, ofendido. Empezó a imitar a la señora Mannering, que comía tostadas en aquellos momentos, mirándola al propio tiempo con hosquedad, molesto de que no le permitieran tocar la mermelada. La señora Mannering se echó a reír sin poderlo remediar.

—No iréis al sitio del desprendimiento de tierras, ¿verdad? —inquirió. Los niños negaron con la cabeza.

—No, mamá. Tassie nos enseñó otro camino. ¡Ah, aquí está! Tassie, ¿has desayunado ya?

La gitana estaba atisbando por la ventana de la cocina, brillantes los ojos bajo el desgredado cabello. La señora Mannering exhaló un suspiro.

—Podía haberme ahorrado el trabajo de bañarla —dijo—. Está tan sucia como de costumbre. Creí que le gustaría sentirse limpia.

—No le gusta —aseguró Dolly—. Lo único que encuentra agradable es ese horrible olor a desinfectante. Si quieres que Tassie se lave, mamá, vas a tener que regalarle una barra de jabón fenicado.

Tassie, al parecer, había desayunado algún tiempo antes. Entró por la ventana y aceptó de manos de Jorge un pedazo de pan tostado con mermelada. «Kiki» se acercó inmediatamente a ella, esperanzado: le gustaba el pan tostado con mermelada. Tassie lo compartió con él.

Los cinco niños emprendieron la marcha poco después del desayuno. Dolly llevaba la mochila con la comida. Lucy, la máquina de Jack. Tassie, a «Kiki» sobre el hombro, la mar de orgulloso de poder hacerlo. Los niños cargaban con el tablón entre los dos.

—Llévanos por el camino más corto que conozcas, Tassie —suplicó Jack—. Este tablón es engorroso de llevar. Oye, Jorge, ¿te acordaste de la cuerda? Yo me olvidé de tomarla.

—Llevo una arrollada a la cintura. Creo que será lo bastante larga. «Botón», no te

me metas por debajo de los pies de esa manera. Y no me pidas que te lleve cuando tengo que cargar con este tablón cuesta arriba y siendo tan pesado.

Deteniéndose con frecuencia a descansar, el pequeño grupo ascendió la pendiente colina hacia el castillo. Jack no dejaba de escudriñar las alturas en busca de las águilas; pero no vio a ninguna de las dos. «Kiki» volvió a dirigirles unas palabras a unas cornejas que encontraron por el camino, y volvió luego al hombro de Tassie. No comprendía por qué llevaba la gitana los zapatos colgados al cuello, y no hacía más que darles picotazos a los cordones intentando sacarlos del calzado.

Llegaron al vetusto edificio y se encaminaron a la parte de atrás.

—Henos aquí por fin —dijo Jack, jadeante, soltando con alivio el tablón—. Niñas, ¿vais a entrar en la senda para vernos colocar el puente o no?

—Claro que sí —respondió Dolly.

Se internaron por la estrecha senda, percibiendo el mustio olor con más fuerza tras el aroma de los brezos.

Se detuvieron en el punto donde el día anterior intentarían escalar la ladera.

—Tassie, sube tú primero y ata esta cuerda al tronco de alguna planta —dijo Jorge, dándole la cuerda que llevaba arrollada a la cintura—. Así podremos izar nos todos sin resbalar.

Tassie subió con dificultad. Paró frente a la ventana. Ató el cabo al tronco de una trepadora y luego probó su resistencia, dejando colgar todo su peso de él.

—¡Cuidado, boba! —gritó Jorge—. Si esa cuerda cede, te caerás encima de nosotros.

Pero no cedió. Estaba bien asegurada. Tassie les sonrió y luego bajó rápidamente, asida a la cuerda, y aterrizó al lado de los muchachos.

—Debieras estar trabajando en un circo —dijo Jack.

Tassie le miró, sin comprender. No sabía lo que era un circo.

Jorge llevaba otro cabo más corto.

—Es para subir el tablón —dijo—. Atémosle con él y lo arrastraré conmigo cuando suba. ¡Allá va!

Asió con una mano la cuerda que colgaba por la ladera y con la otra el cabo atado al tablón, e inició el ascenso. Pero necesitaba las dos manos para subir.

—Átame el tablón a la cintura —le dijo a Jack—. Así tendré libres las dos manos.

Conque le ataron la madera a la cintura e inició de nuevo el ascenso, agarrado con las dos manos a la cuerda. Le resbalaron los pies, pero continuó subiendo, aunque el pesado tablón tiraba de él.

Llegó por fin a la altura de la ventana. Nada pudo ver por ella, salvo oscuridad. Se puso a despejar un punto de la ladera para poder encajar una extremidad de la tabla.

—¡Ojo! —gritó Jack—. Voy a subir yo también para ayudarte.

Unos momentos después se hallaba a su lado, y entre los dos consiguieron izar el

tablón y alzarlo hasta casi alcanzar la ventana.

—Un poco más hacia allá... así... ahora un poco más a la derecha —jadeó Jack.

Cayó por fin la tabla, descansando la extremidad en el alféizar. El otro lado estaba dispuesta ya sobre una masa de entrelazadas raíces de trepadoras y fuertes troncos de hiedra.

Jack probó el improvisado puente. Estaba bien firme. Jorge lo probó también. Sí; parecía bastante seguro.

—¿Lo habéis encajado bien? —gritó Dolly, excitada—. ¡Qué bien! ¡Cuidado, que ahí va «Kiki»!

En efecto, «Kiki», que había estado contemplando la operación con sorpresa, había emprendido el vuelo y se hallaba ahora posado sobre el tablón, erguida la cresta, y haciendo un ruido raro. Echó a andar, con desgarbo, hacia la ventana. Subió al alféizar. Asomó el pico por la abertura. No había vidrio alguno, naturalmente.

—A «Kiki» le gusta meter las narices en todas partes —dijo Lucy—. ¿Podemos subir ahora, Jorge?

—Estamos allanando un trozo entre estas raíces y cosas para que podáis aguardar sin peligro a que os ayudemos a cruzar —dijo Jorge, pisoteando la vegetación a su alrededor—. El farallón se mete un poco para dentro por aquí... casi podréis sentaros si aplasto un poco las plantas.

—Voy a cruzar yo al castillo —dijo Jack.

Pero un grito de Lucy le contuvo.

—No, Jack. Aguarda a que estemos nosotras arriba. Quiero verte como es debido. Sólo distingo tus pies desde aquí.

No tardaron en hallarse las tres niñas al lado de los muchachos. Era fácil subir con ayuda de la cuerda. Vieron cómo se ponía Jack a horcajadas sobre el tablón y empezaba a resbalar, despacio, hacia el muro. La tabla estaba segura a más no poder. Llegó al alféizar. Se puso de pie en el tablón y asió los lados de piedra de la estrecha ventana. Se introdujo en la abertura.



—¡Troncho! ¡Qué estrecho es esto! —les gritó a los otros, que le contemplaban casi sin aliento—. ¡Me temo que no voy a poder entrar!

—Pues si tú no puedes, es seguro que yo no podré —dijo Jorge—. ¡Anda... prueba! ¡No eres tan gordo como todo eso!

Jack empezó a meterse por la ventana. Tuvo que encoger el vientre y contener la respiración. Al cabo de un rato de forcejear, pasó y siguió al interior. Dijo:

—¡Hurra! ¡Logré entrar! ¡Venid todos! Me encuentro en una habitación oscura como boca de lobo. Tendremos que traer lámparas de bolsillo la próxima vez. Es una lástima no haber pensado en esto.

Dolly fue la siguiente en pasar, ayudada por Jorge. Jack la ayudó a saltar cuando llegó a su lado. A ella no le costó trabajo pasar por el hueco. A continuación pasaron Tassie y Lucy y, por último, Jorge, que experimentó tanta dificultad como Jack para introducirse.

—¡Bueno! —exclamó—. ¡Henos aquí ya, dentro del Castillo de la Aventura!



Capítulo VIII

Arriba en el torreón

—¡El Castillo de la Aventura! —repitió Lucy, con sorpresa—. ¿Por qué dices eso? ¿Crees que corremos una aventura aquí?

—No lo sé. Lo dije por decir. Pero se siente algo raro aquí dentro, ¿no os parece? ¡Troncho! ¡Qué oscuro está!

Se oyó, abajo un ladrido lastimero. Era «Botón», al que habían dejado fuera. Jorge asomó la cabeza por la tronera:

—No te preocupes, «Botón». Vamos a volver.

«Kiki» asomó la cabeza también, e imitó el silbido de una locomotora.

—¡Eso no es más que para decirle al pobre «Botón» que él está aquí, y «Botón» no! —dijo Dolly—. «Kiki», ¡cuánto te gusta cacarear y dar dentera a «Botón»!

Reinaba una oscuridad bastante profunda en el lugar en que se hallaban. Pero poco a poco, se les fueron acostumbrando los ojos y pudieron ver un poco mejor.

—No es más que una sala grande, desnuda —dijo Jack, con cierta desilusión. Ni él mismo sabía lo que había esperado encontrar—. Supongo que todo el castillo estará igual... lleno de habitaciones grandes, frías y vacías. Vamos... exploraremos un poco.

Se dirigieron a la puerta, que daba a un largo corredor. Bajaron por éste y llegaron a una habitación menos oscura, iluminada por una de las ventanas fronteras y por otra grande, agregada, evidentemente, mucho después. Aquel cuarto tenía una gran chimenea en la que aún se veían cenizas. Los niños las miraron.

—¡Es raro pensar que, en otros tiempos, hubo gente sentada alrededor de este fuego! —murmuró Dolly, contemplando aquellos residuos.

Pasaron al cuarto vecino, oscuro también, porque no tenía más que una ventana alargada. Dolly se acercó a la ventana y lanzó de pronto un chillido tan agudo, que todos dieron un brinco de sobresalto.

—¡Dolly! ¿Qué pasa? —exclamó Jorge.

Dolly corrió tan aprisa a reunirse con el muchacho, que chocó con él.

—¡Hay algo en este cuarto! —exclamó—. Me tocó el pelo. Lo sentí. ¡Vámonos de aquí!

—No seas tonta —empezó Jorge.

Y enmudeció de pronto. ¡Algo le había tocado el cabello a él también! Giró sobre los talones; pero no descubrió nada. Empezó a latirle el corazón con violencia. ¿Habría algo, en efecto, dentro del cuarto... algo que les tocaba pero que resultaba invisible?

Un rayo de sol penetró inesperadamente por la ventana y Jorge rompió a reír.

—¡Qué tontos somos! —dijo—. Son telarañas... ¡Mirad! ¡Cuelgan del techo! ¡Deben llevar aquí muchos años!

Todos experimentaron un gran alivio; pero Dolly se negó a permanecer en la habitación un instante más. Estaba asustada, y el mero pensamiento de que pudieran rozarla unas telas de araña la asustaba más aún. Se estremeció al pensar en las arañas que pudieran caerle encima desde el techo.

—Salgamos a donde haya sol —suplicó.

Y salieron todos al corredor, donde entraba el sol por muchas ventanas.

Tassie caminaba junto a Jorge, con ojos asustados. Creía en los cuentos que oyera en el pueblo, y esperaba que, de un momento a otro, surgiese el malvado viejo y les hiciese prisioneros a todos.

Pero, adonde Jorge fuera, ella tenía la firme intención de ir también.

—¡Mirad! ¡Este camino conduce por uno de los muros almenados hasta el torreón del este! —exclamó Jack—. Vamos a seguirlo. Habrá una vista magnífica y sin igual desde allí.

—Me siento un soldado antiguo avanzando por la muralla del castillo —dijo Jorge, cuando se encaminaron al torreón—. Bueno, aquí estamos. ¡Troncho! Es grande, ¿verdad? Fijaos, hay una habitación en el fondo... y una escalera de caracol que conduce a la parte superior. ¡Vamos a subir!

Y subieron, decididos a no contemplar el paisaje hasta que llegaron al punto más alto. La escalera de piedra daba vueltas y más vueltas y les condujo a otro cuarto, del que arrancaba otra escalera muy estrecha por la que se llegaba al tejado. Ascendieron por ella, encontrándose en la parte más alta, con almenas de unos cuantos pies de altura todo a su alrededor.

Contemplaron todos el paisaje boquiabiertos y en silencio. Ninguno de ellos se había encontrado tan alto antes ni habían percibido una vista tan extensa y magnífica. Parecía como si el mundo entero se hallara extendido ante sus ojos, centelleando bajo el sol. Abajo, muy, muy abajo, yacía el valle, por el que se deslizaba el plateado río como brillante serpiente. Las casas que podían ver, parecían de juguete.

—Fijaos en esas colinas de enfrente —dijo Jack—. Hay colinas detrás de éstas... y colinas detrás de aquéllas también... ¡y más colinas más allá!

Tassie estaba estupefacta. Jamás había creído que fuese tan grande el mundo. Desde la cima del elevado torreón, la comarca entera yacía, como viviente mapa, ante ella. Era tan hermoso el paisaje, que, sin saber por qué, a Lucy le entraron unas ganas extraordinarias de llorar.

—¡Qué sitio más maravilloso debe de haber sido éste como un punto de vigía! —exclamó Jorge—. Cualquiera centinela vería al enemigo cuando aún se encontrara a muchas millas de distancia. Mirad..., ¿es esa Spring Cottage allá abajo, entre los

árboles?

Lo era. Dijérase una casa de juguete.

—Ojalá pudiésemos traer aquí a mamá —dijo Dolly—. ¡Cuánto le gustaría esta vista!

—¡Mirad, mirad! ¡Ahí están las águilas otra vez! —interrumpió Jack, señalando hacia arriba, donde dos enormes aves se alzaban hacia las nubes—. Oíd..., ¿queréis que comamos aquí arriba, viendo todo el tiempo este paisaje y observando a las águilas?

—¡Sí, sí! —respondieron todos, sin excluir a «Kiki», al que siempre le gustaba participar en los coros.

—¡Pobrecito «Botón»! —dijo Jorge—. Lástima no hayamos podido traerlo también. Pero era demasiado arriesgado por esa tabla. Supongo que se siente la mar de solo en estos instantes. Dios quiera que no se escape.

—De sobra sabes que no se irá —respondió Dolly—. Ningún animal huye de ti nunca, por desgracia.

¡Oh, Jorge! ¡No habrás traído ese horrible sapo!... ¡Sí que lo has traído! ¡Te asoma por el cuello!

¡Me niego a sentarme aquí habiendo un sapo en la vecindad!

—¡Por lo que más queráis no empecéis a regañar aquí arriba! —exclamó Jack, alarmado—. Estas almenas no impedirán que uno se caiga si os ponéis a hacer tonterías. Siéntate, Dolly.

—¡A mí no me des tú órdenes! —dijo Dolly empezando a enfurecerse.

—¿Dónde está la comida? —inquirió Lucy, con la esperanza de cambiar de conversación— ¡Dolly, la tienes tú! ¡Sácala, que me estoy muriendo de hambre!

Dolly abrió la mochila, manteniéndose tan alejada de su hermano como le fue posible. Había dos paquetes grandes dentro. El uno marcado «Comida» y el otro «Té».

—Vuelve a guardar el del té —dijo Jack—, si no, nos lo tragaremos también. Con el apetito que tengo, sería capaz de comérmelo todo yo solo.

Dolly repartió los emparedados, el pastel, las galletas, la fruta y el chocolate. Luego sacó una botella de limonada y entregó a cada uno una taza de cartón.

—Hemos hecho muchas meriendas —observó Jorge, dándole un formidable mordisco a un emparedado de huevo y jamón—, pero ninguna en un sitio tan extraordinario como éste. Casi me da vértigo contemplar la vista.

—Es muy agradable comer aquí sentados, viendo esas colinas y el río —murmuró Lucy, con satisfacción—. Yo creo que el viejo de quien nos habló Tassie compraría el castillo nada más que por el panorama. Yo lo haría, por lo menos, si tuviese suficiente dinero.

Comieron y bebieron muy contentos. «Kiki» participó de los bocadillos, que le

gustaban una barbaridad. Luego se puso a explorar, avanzando por el caballete del torreón, con la cabeza colgando para abajo a veces.

Los niños le observaban mientras comían el pastel. De pronto, «Kiki» exhaló un alarmante chillido, perdió el equilibrio y se cayó del torreón. Desapareció de la vista y los niños se pusieron en pie, horrorizados. Después volvieron a sentarse sonriendo, comprendiendo que habían hecho el ridículo. Porque, claro, en cuanto cayó, el loro desplegó las alas y se puso a volar.

—¡Qué idiota eres, «Kiki»! —exclamó Dolly—. ¡Menudo susto me has dado! Bueno, ¿habéis acabado ya? Quiero recoger el papel y las tazas y meterlo todo en la mochila.

Jack había estado observando a las águilas, que, mientras ellos comían, volaban por las alturas. Ahora descendían de nuevo, planeando en grandes círculos, tendidas las alas para aprovechar hasta la menor corriente. Había aire de sobra en la cima de la colina. Soplaban contra el torreón, alborotándoles el cabello a los niños, que estaban sentados de cara a él. Vieron a las águilas bajar más y más.

Abajo, y detrás de ellos, se hallaba el patio interior del castillo. Estaba cubierto de hierba con brezos de trecho en trecho. También había aulaga y unos cuantos abedules pequeños. La naturaleza había recobrado allí su imperio. Las plantas, al crecer entre las losas, las habían levantado.

—¡Me parece que las águilas tienen su nido en ese macizo de árboles, allá en el rincón del patio! —dijo Jack, excitado—. ¡Es la clase de sitio ríscoso que escogerían esos pájaros! ¿Queréis que vayamos a ver si es así?

—¿Estás seguro de que no son peligrosas? —inquirió Jorge, dubitativo—. Son la mar de grandes... y yo he oído hablar de veces en que atacaron a hombres.

—Sí... Bueno..., en cuanto vuelvan a alzar el vuelo, iré a ver. De todas formas, más vale que bajemos ahora a echar una mirada. «Kiki», ¡ven acá!

El loro fue a posársele en el hombro y le picoteó la oreja suavemente, diciendo las tonterías de costumbre. Los niños se levantaron y descendieron por las dos escaleras de piedra. Tanto la habitación de arriba, como la habitación de abajo del torreón estaban vacías. Colgaban telarañas en los rincones, y una espesa capa de polvo cubría el suelo y las repisas, salvo donde el viento soplaban con fuerza.

—¿Cómo se llegará al patio? —murmuró Jorge—. Tendremos que retroceder por la muralla y volver al propio castillo, supongo. Tiene que haber alguna escalera que conduzca a las habitaciones de abajo.

Conque deshicieron lo andado, regresando al edificio principal. Recorrieron habitación tras habitación, encontrándolas vacías todas. Por fin llegaron a una ancha escalinata por la que descendieron hasta hallarse en una amplia sala, que estaba sumida en tinieblas. Algo chocó violentamente de pronto contra la pierna de Jorge, que dio un salto de susto, exhalando al propio tiempo una exclamación. Todo el

mundo se quedó inmóvil.

—¿Qué es? —preguntó Lucy en un susurro.

¡Era «Botón», el cachorro de zorro!

—¿Cómo demonios habrá llegado hasta nosotros? —exclamó Jorge, recogiendo al animalito—. Debe haber encontrado algún agujero por el que se ha introducido. ¡«Botón», eres una maravilla! ¡Pero el susto que has llegado a darme!

El cachorro soltó unos ladridos y se acurrucó contra el pecho del niño. «Kiki» le dirigió unos comentarios desdeñosos, diciéndole que cerrara la puerta. ¡Él era el único que no se alegraba de verle!

—Ahora, salgamos al patio a explorar —dijo Jack—. Y..., ¡ojo con las águilas, por si acaso!



Capítulo IX

El nido de las águilas

Los niños se abrieron paso por el patio. Tenía un aspecto verdaderamente selvático ahora, aun cuando, con un poco de imaginación, podían adivinar el aspecto que habría tenido en otros tiempos: un vasto patio pavimentado de losas, abierto en la propia ladera de la colina, y en cuyas extremidades se alzaban altos riscos.

—Yo creo que es en uno de esos sitios rocosos donde tienen su nido las águilas —dijo Jack—. Tassie, toma a «Kiki» y no le sueltes. No quiero que estorbe en estos momentos.

Tassie tomó con orgullo a «Kiki» y se detuvo, mientras los otros se dirigían a una de las rocas del patio, cubierta en algunas partes de brezo. Lucy no tenía muchas ganas de acercarse a las águilas; pero quería estar junto a Jack.

—Vosotros quedaos al pie del risco —ordenó Jack—. Jorge y yo vamos a escalarlo. No creo que las águilas nos ataquen, Jorge... Es más, estoy bastante seguro de que no lo harán. Pero anda con ojo por si acaso.

Los niños empezaban ya la ascensión, cuando un grito les hizo detenerse y agarrarse el uno al otro, asustados. Las niñas dieron un violento salto. «Botón» buscó la madriguera de conejos más cercana y se ocultó en ella. El único que no parecía sentir miedo era «Kiki».

A Tassie se le ocurrió la idea de que aquel grito lo habría lanzado uno de los prisioneros del malvado viejo del cuento. Quizá no hubiese muerto. Quizá se hallaba allí todavía. Los otros niños no fueron tan ingenuos para creer una cosa así; pero el grito no dejó de helarles la sangre en las venas.

—¿Qué fue eso, Jack? —susurró Lucy—. Vuelve. No subáis. El grito salió de allá arriba.

Sonó de nuevo, más alto, un ruido curioso, casi un gruñido. «Kiki» carraspeó, para imitarlo. ¡Qué sonido más hermoso para repetir! Lo hizo con tanto acierto, que hizo dar un brinco a todos otra vez. Tassie por poco se cayó al suelo, porque tenía el loro posado en el hombro.

—¡Qué mal pájaro eres! —exclamó Jack en voz baja, con ferocidad.

«Kiki» le miró. Salió de su garganta el grito otra vez y, casi en el mismo instante, un águila enorme, que por lo visto se encontraba en la roca aquélla, se alzó batiendo las enormes alas y pasó por encima del pequeño grupo, como para ver de dónde había partido el sonido. A continuación, surgió de la garganta del águila el grito que oyeron los muchachos.

—¡Troncho! ¡Sólo era el águila que gritaba! —exclamó Jack, con alivio—. ¿Por

qué no se me ocurriría esa posibilidad? Nunca había oído gritar a una hasta ahora. Eso demuestra que deben de tener el nido por aquí. ¡Vamos, Jorge!

El águila no cayó sobre los niños. Se limitó a planear sobre ellos, mirándolos. Tenía centrado el interés en «Kiki», que, emocionado de haber descubierto un ruido nuevo tan hermoso, volvió a emitirlo.

El águila respondió a él y voló más bajo. «Kiki» voló a su encuentro, minúsculo en comparación con la gigantesca ave. Los niños veían claramente las largas plumas amarillas de la nuca que brillaban como el oro bajo el sol.

—Sí que es un águila real —dijo Lucy—. Tenía razón Jack. ¡Fijaos en esas plumas tan doradas! ¡Oh..., Dios quiera que no baje más!



Contemplaron todos a «Kiki» y al águila. Por regla general, a los pájaros les extrañaba, les asustaba, o les enfurecía el loro. Pero al águila no le sucedió ninguna de estas cosas. Pareció, más bien, estar experimentando una curiosidad muy grande, estarse preguntando cómo era posible que aquel pajarito tan raro, tan poco semejante a un águila, lanzaba gritos como si de una de su especie se tratara. «Kiki» estaba disfrutando. Voló alrededor del águila, gritándole. Luego, de pronto, cambió de táctica y le ordenó que se limpiara la nariz. Al oír aquella voz, aparentemente humana, el águila se apartó un poco, mirando aún con interés al loro. Por fin, sin hacer el menor caso de los niños, se alzó hasta un punto saliente del risco, y se posó sobre él, mirando hacia abajo con aspecto verdaderamente majestuoso.

—¡Qué pájaro más magnífico! —exclamó Jack, encantado—. ¡Mira que poder

ver un águila tan de cerca! Fijaos en la frente ceñuda y en los ojos penetrantes. ¡Nada me extraña que llamen a esta ave el rey de los pájaros!

El aspecto del águila era espléndido en verdad. Tenía todo el plumaje pardo oscuro, excepción hecha de las plumas de la nuca. Las plumas le cubrían las patas casi hasta las garras. Estaba observando a «Kiki», sin apartar de él la mirada.

—Ahí está la segunda águila, mirad —dijo Lucy de súbito, en voz baja.

Vieron al otro pájaro alzar el vuelo del risco, curioso por saber lo que ocurría. Se elevó muy alto, extendiendo las enormes alas, cuyas extremidades se curvaron. De pronto, la primera águila pareció cansarse de «Kiki», agitó las alas, y fue a reunirse con su compañera.

—La primera águila es el macho —dijo Jack, excitado—. Y la segunda la hembra.

—¿Cómo lo sabes tú? —preguntó con incredulidad Dolly.

Ella no notaba diferencia entre las dos.

—La segunda es más grande que la primera. Y la hembra del águila real es siempre mayor que el macho y tienen sus alas más envergadura también. ¡Troncho! Estoy emocionado.

—Debiste haber fotografiado al águila cuando se posó en el risco —dijo Jorge.

Jack soltó una exclamación.

—¡Caramba! Ni siquiera me acordé de la máquina. Estaba demasiado absorto mirando a esos pájaros. ¡Qué «fotos» más maravillosas podría tomar!

Las dos aves eran ahora simples puntos en el firmamento, tan inmensa era la altura a la que se habían elevado.

—Sería ésta una buena ocasión para explorar el risco en busca de su nido ahora que están lejos —dijo Jack—. Es curioso que no se asustaran de vernos, ¿verdad? Supongo que apenas saben nada de los seres humanos, viviendo siempre aquí arriba.

—¿Qué habrá sido de «Botón»? —murmuró Jorge con ansiedad—. Se metió por ese agujero y no ha salido.

—¡Probablemente le estará dando un susto mayúsculo a alguna familia de conejos! —dijo Jack—. Ya volverá, no te apures. No me extraña que se metiese en una madriguera cuando oyó el grito. ¡Me hubiese metido yo en una también de haber podido! Fue horrible.

Empezaron a ascender otra vez. Resultaba laborioso, porque el risco era muy pendiente. La cima estaba casi tan alta como el vecino torreón. Por el lado Oeste, oculto en un hueco, Jack encontró lo que buscaba: el nido de las águilas.

—¡Mira! —exclamó—. ¡Fíjate! ¿Viste alguna vez cosa tan enorme, Jorge? Debe de tener cerca de dos metros de anchura por el fondo.

Contemplaron ambos el nido. Tendría unos sesenta centímetros de altura y estaba hecho de ramas, con brezo metida en las rendijas. La taza del nido mediría cuarenta y

cinco centímetros, y estaba muy bien forrada de musgo, hierba y brezo.

—¡Hay una cría en el nido! —exclamó Jack, excitado—. Y bastante grande. Debe de tener más de tres meses y está a punto de poder volar.

La cría se encogió en el nido al oír la voz del niño. Era tan grande ya, que Jorge apenas se hubiese dado cuenta de que aún no había alcanzado la madurez. Jack, sin embargo, se había fijado en la base inferior blanca de las plumas, indicación segura de que se trataba de un águila joven y no de una adulta.

«Kiki» voló hacia el nido, a husmear. Soltó un grito parecido al del águila. La cría alzó la mirada, interrogadora, reconociendo el sonido, pero no a quien lo hacía.

—¡Tu máquina, pronto! —susurró Jorge.

Y Jack se puso a ajustarla a toda prisa.

—¡Aprisa! ¡Las águilas vuelven! —anunció Jorge.

Jack dirigió una mirada hacia arriba. Las águilas se habían acordado de su cría y, viendo a los niños tan cerca del nido, regresaban a ver qué sucedía.

Jack sacó la «foto» justamente a tiempo, porque «Kiki» voló al encuentro de los pájaros, gritando la bienvenida.

—Más vale que bajemos ahora —dijo Jorge. Las águilas le parecían bastante feroces—. ¡Cuánto me hubiese gustado poder sacar unas instantáneas de esa cría cuando estuviese aprendiendo a volar! Parece estar a punto de salir del nido de un momento a otro ya.

Bajaron tan aprisa como pudieron, mientras las águilas se cernían sobre ellos.

—¿Sacaste una fotografía? —preguntó Lucy. Jack movió afirmativamente la cabeza. Estaba muy excitado.

—Tendré que volver —dijo—. ¿Sabéis que a lo mejor consigo fotografías de las águilas tomadas desde mucho más cerca de lo que ha conseguido nadie tomarlas hasta ahora? ¡Imaginaos! Seguramente me darían mucho dinero por ellas y las publicarían en toda clase de revistas.

—¡Oh, Jack! ¡Toma más instantáneas entonces! —exclamó Lucy, con los ojos muy brillantes.

—Casi tendría que vivir aquí arriba para tomarlas buenas —dijo el niño—. Es inútil subir nada más que para ver si se le presenta a uno la oportunidad. ¡Si pudiese pasarme unos días aquí!

—Hombre..., supongo que sí que podrías si quisieras —le contestó Jorge—. Quizá mamá te dejaría si le hablastes de las águilas. Aquí no correrías ningún peligro, y podríamos traerte comida.

—¿No podemos venir todos a pasar aquí unos días? —dijo Lucy, que no quería que su hermano se separara de ellos—. ¿Por qué no hemos de poder?

—No podemos dejar a mi madre sola allá abajo —contestó Jorge—. Le parecería muy poco considerado.

—¡Ah, sí..., claro! —murmuró Lucy, poniéndose colorada—. No se me había ocurrido pensar en eso. ¡Si seré despreocupada!

—De todas formas, no veo por qué no he de venir yo aquí a pasar unos días —dijo Jack, encontrando la idea más emocionante a medida que pensaba en ella—. Podría hacerme un escondite y...

—¿Un escondite? —repitió Tassie, hablando casi por primera vez aquella mañana.

—Sí; un sitio en que esconderse con la máquina fotográfica preparada. Luego, cuando las águilas se hubiesen acostumbrado a verme, podría sacarles todas las fotografías que me diera la gana sin asomar yo, ni alarmarlas. Me colocaría en este mismo risco, en un sitio desde el que pudiera ver bien el nido. ¡Troncho! ¡Si podría hacer toda una serie de instantáneas de ese aguilucho cuando aprendiera a volar!

—Bueno, pues pregúntale a mamá si puedes subir, entonces —dijo Jorge—. Yo subiría contigo; sólo que creo que uno de nosotros debiera quedarse abajo para ayudar a entrar leña para el fuego y cosas así.

—Podría encargarme yo de eso —anunció Dolly, viendo ocasión de deshacerse del sapo durante unos días. No quería acercarse a Jorge mientras llevara el animal encima.

—No puedes —le respondió su hermano—. Jack tendría por compañero a «Kiki», y nosotros subiremos a verle todos los días. Vamos..., exploremos la parte baja del castillo un poco más.

Conque cruzaron el patio y pasaron a las habitaciones bajas del castillo, esperando encontrarlas tan vacías como las de arriba. Pero ¡qué sorpresa se llevaron!

Capítulo X

Una cosa curiosa

Entraron por una puerta muy grande y atravesaron el oscuro vestíbulo, en el que repercutieron extrañamente sus pisadas. Fuera se oyeron los gritos de las águilas de nuevo.

—Supongo que lo que oyeron los del pueblo aquí arriba, año tras año, fue el gritar de las águilas —dijo Jack, dirigiéndose a una gruesa puerta. La abrió y se quedó inmóvil de sorpresa.

¡La habitación estaba amueblada! Había sido antaño una especie de sala, y aún se encontraban allí los carcomidos muebles, un cuando no lograban explicarse los muchachos por qué los habían dejado.

Contemplaron el antiguo y olvidado cuarto en silencio. ¡Daba una sensación tan rara mirar aquella estancia que olía a moho, iluminada por cuatro ventanas alargadas y una ancha! El sol, que por ésta se filtraba, permitía ver la capa de polvo que cubría los sofás y la enorme mesa, así como las enormes telarañas obra de multitud de arañas en el transcurso de los años.

Dolly se estremeció. No siguió a sus compañeros cuando éstos entraron en el cuarto de puntillas y hablando en susurros. Lucy dio una palmada en un sillón, y se alzó inmediatamente una nube de polvo que casi la asfixia. Jorge tiró de la cubierta de uno de los sofás, y se le deshizo entre las manos. Estaba completamente podrida.

—¡Qué habitación más rara! —dijo—. Me siento igual que si hubiese retrocedido un centenar de años. Aquí el tiempo se ha detenido. ¿Por qué dejarían esta habitación así?

Pasaron a la siguiente. Estaba desamueblada. Pero la tercera, más pequeña y que evidentemente se había usado como comedor, tenía muebles. Y, de nuevo, las telas de araña se extendían por todas partes y colgaban del elevado techo en grisáceos hilos. Había un gran aparador y, cuando los niños lo abrieron, encontraron dentro vajilla de porcelana y piezas de plata, o lo que debía ser plata, porque, ahora, saleros, salseras y demás piezas estaban tan empañadas que podrían haber sido de cualquier cosa.

—Esto va resultando cada vez más raro —murmuró Lucy—. ¿Por qué habrán dejado las habitaciones así?

—Supongo que el malvado viejo del que nos habló Tassie sólo usaba algunos de los cuartos, y debieron ser éstos —contestó Jack—. Quizá se marchara con el propósito de volver, y ya no volvió más. Y nadie se atrevía a venir aquí... o tal vez nadie supiese siquiera que se habían dejado amuebladas las habitaciones. ¡Es un misterio!

El cachorrito de zorra fue olfateando por todos los cuartos, alzando nubes de polvo y ahogándose de cuando en cuando. A «Kiki» no parecieron gustarle aquellas estancias. Permaneció posado en el hombro de Jack, sin despegar el pico.

Llegaron a la cocina. Era un sitio enorme, con el fogón en el fondo. Aún había allí cacerolas de hierro y un escalfador. Jorge intentó levantar una de ellas, pero pesaba demasiado.

—¡Los cocineros debían de tener mucha fuerza antiguamente! —dijo—. Mirad..., ¿es una bomba eso que hay junto a la fregadera? Supongo que tendrían que achicar el agua.

Se acercaron a la fregadera. La anticuada bomba tenía un mango que había que subir y bajar para sacar el agua de algún pozo. Jorge la miró, interesado, trasladando la vista al charco que había en el suelo, al pie de ella.

—¿Qué ocurre, Jorge? —preguntó Jack.

—No gran cosa. Pero..., ¿de dónde salió esa agua? Fijaos..., sólo puede llevar aquí un día o dos, de lo contrario se hubiese secado.

Jack alzó la mirada al techo, como si esperara encontrar una gotera. Pero no la había, claro. Volvió a contemplar el charco, extrañado él también.



—Achiquemos un poco a ver si sale agua —propuso. Y alargó la mano—. Quizá ya no funcione el trasto este.

Antes de que pudiera tocarlo, Jorge le apartó la mano con una exclamación. Jack le miró, con sorpresa.

—Fíjate, Pecas —dijo Jorge, desconcertado—, el mango de la bomba no está cubierto de polvo como todo lo demás. Está bien limpio por donde hay que agarrarlo para achicar.

Dolly sintió un escalofrío de miedo. ¿Qué querría decir Jorge con eso? ¿Quién podía achicar agua en un castillo viejo, abandonado?

Todos contemplaron el mango de la bomba y vieron que el muchacho tenía razón. «Botón» empezó a beberse el agua del charco. Tenía sed.

—Aguarda, «Botón» —dijo Jorge—, ya te sacaré agua limpia.

Asió el mango de la bomba y lo movió de arriba abajo. Salió un chorro de agua fresca y clara que cayó en la fregadera, salpicando, lo que aumentó el charco del suelo.

—Así se hizo el charco —anunció el niño—. Con lo que salpicó de la fregadera. Pero..., ¿eso significa que alguien ha sacado agua aquí hace dos o tres días a lo sumo!

Tassie abrió desmesuradamente los ojos, de miedo.

—¡Ese viejo malvado aún está aquí! —exclamó, mirando atemorizada por encima del hombro, como si esperase verle entrar en la cocina.

—No seas tan tonta, Tassie —le dijo Jorge, con impaciencia—. El viejo murió y desapareció hace años. ¿Sabes si alguno de los habitantes del pueblo viene alguna vez aquí?

—¡No, oh, no! Le tienen miedo al castillo. Dicen que es un mal sitio.

Los niños, desde luego experimentaron una extraña sensación allí dentro. Sentían deseos de salir nuevamente al sol. «Kiki» exhaló de pronto un melancólico gemido que les hizo dar un brinco a todos.

—¡Cállate, «Kiki»! —ordenó Jack, enfadado—. ¿Qué conclusiones sacas tú de todo esto, Jorge? ¿Quién ha estado sacando agua? ¿Puede haber alguien en el castillo?

—No hemos visto ni rastro de nadie, por lo menos —contestó el otro—. Y, ¿qué iba a hacer nadie aquí, de todas formas? No hay nada de que mantenerse..., provisiones y todo eso. Yo creo que lo que habrá pasado será que alguno que pasaba por aquí sintió curiosidad, entró, anduvo errando por las habitaciones, y bebió un trago de agua antes de volverse a marchar.

Parecía la explicación más admisible, desde luego.

—Pero ¿cómo pudo entrar? —inquirió Dolly, al cabo de unos momentos.

—Habrá alguna entrada —dijo Jack.

—No la hay —intervino Tassie—. Yo he dado la vuelta completa al castillo y lo

sé. No hay ninguna manera de entrar.

—Pues tiene que haberla —insistió Jorge. Y desechó el asunto de la conversación, pensando que se sentirían todos mejor si salían al aire libre a tomar el té—. Vamos..., busquemos un sitio cómodo en el patio y tomemos el té. Yo vuelvo a tener apetito.

Salieron al soleado patio. Poca brisa se notaba allí, porque el elevado muro no la dejaba llegar. Se sentaron, y Dolly abrió el paquete. Había comida de sobra para todos. Pero se habían bebido toda la limonada a la hora de comer debido al calor reinante.

—Tengo tanta sed, que necesito algo que beber con los emparedados —dijo Lucy—. Sé que me quedará colgando la lengua fuera de la boca como la de un sediento perro muy pronto.

A todos les pasaba lo mismo; pero ninguno tenía muchas ganas de volver a la enorme y solitaria cocina para llenar de agua las tazas de cartón.

—Ya sé lo que haremos —anunció Jorge—; iremos a ver si el manantial que llega hasta la casa está por aquí. Dicen que brota en este patio. Debiera encontrarse al fondo.

Se puso en pie, y «Botón» le acompañó. Fue el cachorro quien encontró el manantial. Brotaba cerca de la pared que daba la vuelta al castillo, casi al pie del torreón en cuya cima habían comido.

No era un manantial muy grande, pero el agua era fresca y clara. «Botón» bebió con avidez. Jorge llenó dos tazas y llamó a Jack para que trajese más. Acudió el niño acompañado de Tassie, y contempló con interés el burbujeante manantial. Salía de un agujero de la roca y desaparecía de nuevo por debajo de unos matorrales, introduciéndose en un túnel pequeño que pasaba por debajo del torreón.

—Supongo que saldrá al otro lado del edificio y un poco más abajo, en la colina —pensó—. Va recogiendo más agua por el camino del interior de la colina y, para cuando llega a Spring Cottage, es ya un arroyo grande.

Los niños encontraron aquella agua, fría como el hielo, muy agradable. Acabaron de comer cuanto llevaban y se tendieron al sol, observando las águilas reales que habían alzado el vuelo otra vez.

—Ha sido un día emocionante —dijo Jorge, perezosamente—. ¿Qué te parece ahora lo de pasarte unos días aquí, Jack? ¿No te sentirás muy solo?

—Estaré con «Kiki» y con las águilas —le respondió el otro—. Y todos los conejos que rondan por los alrededores también.

—No me gustaría estar aquí sola ahora —dijo Dolly—. ¡No; hasta saber quién sacó agua con esa bomba! Estaría todo el rato con carne de gallina.

—Eso no sería nada nuevo para ti —observó Jorge—. Se te pone carne de gallina con sólo ver asomar a una lombriz por un agujero. Y pasas la existencia sintiendo

escalofríos. Si te acostumbraras a que te corriera un sapo por todo el cuerpo, y a llevar un erizo en el bolsillo y un escarabajo o dos, pronto se te quitaría esa sensación.

—¡Por favor, calla! —exclamó Dolly, estremeciéndose al pensar en los escarabajos—. Eres terrible. Pero no te quedarás solo aquí de verdad, ¿eh, Jack?

—¿Por qué no? —contestó Jack, riendo—. No tengo miedo. Yo creo que tiene razón Jorge, y que ha sido alguno que pasaba por aquí el que bebió agua en la cocina. Después de todo, si nosotros tenemos curiosidad suficiente para meternos aquí, no hay razón alguna para que no se les ocurra lo mismo a otros.

—Sí, pero ¿cómo entraron? —insistió Dolly.

—De la misma manera que entró «Botón», supongo.

Dolly le miró fijamente.

—Eso —dijo—, y, ¿por dónde entró «Botón»? ¡Averigua eso y no tendremos que usar el tablón todas las veces!

—¡Oh, por alguna madriguera u otra parte así! —respondió el niño, negándose a tomarla en serio.

Dolly soltó una exclamación de ira.

—¡Habla con sentido común! «Botón» podrá pasar por una madriguera de conejos, pero un hombre no. Eso lo sabes tú de sobra.

—¡Pues claro! ¿Cómo no se me ocurriría eso antes? —dijo Jorge con sorna.

Y saltó a un lado al tirarle Dolly un pegote de tierra.

—¡Oye! ¡Parte de eso se me ha metido a mí en el ojo! —exclamó Jack, incorporándose—. No pierdas los estribos, Dolly. Ya sé lo que haremos. Dejaremos a «Botón» aquí cuando crucemos el tablón, y vigilaremos para ver por dónde sale. Entonces usaremos su camino, si es posible, la próxima vez que vengamos.

—No es mala idea —murmuró Lucy.

Y Tassie asintió también. Estaba perpleja. No comprendía cómo había podido entrar el cachorro en el castillo. Estaba completamente segura de que no había más acceso al castillo que las dos puertas y la ventana por la que habían entrado ellos.

—Vamos..., ya es hora de volver a casa —dijo Jack. Y todos se levantaron—. ¡Confío que estaré de vuelta aquí mañana!

Capítulo XI

Un encuentro inesperado

Regresaron al interior del castillo y subieron la ancha escalinata de piedra. Dolly sentía cierta inquietud y procuraba ir bien pegada a los otros. Igual le sucedía a Tassie. Bajaron por el corredor y se asomaron a una habitación tras otra buscando la del tablón.

—¡Troncho! ¡No me digáis que ha desaparecido! —exclamó Jack, después de haberse asomado a las seis cámaras—. Es raro. Estoy seguro de que la sala no estaba tan lejos como todo esto.

Pero sí que lo estaba, porque en la habitación siguiente vieron el borde del tablón en el alféizar de la ventana. Se dirigieron apresuradamente a él. Reinaba la oscuridad allí. Todos sintieron no tener una lámpara de bolsillo siquiera y decidieron equiparse de lámparas y velas la próxima vez.

Jack cruzó el primero, con «Kiki» en el hombro. Éste estaba diciendo algo de poner el escalfador en el fuego. Llegó al otro lado sin novedad, agarró la cuerda, y ayudó a pasar a Lucy, a Dolly y a Tassie. Lucy bajó apresuradamente por el farallón, seguida de Dolly. Tassie saltó como una cabra, sin molestarse en tocar la cuerda. A continuación, pasó Jorge, y el pobre «Botón» se quedó atrás, lanzando agudos ladridos.

—¡Tú sigue tu propio camino y reúnete con nosotros fuera del castillo! —le gritó Jorge.

«Botón» saltó varias veces, intentando subir al alféizar; pero estaba demasiado alto y no pudo alcanzarlo. Los niños oyeron cómo se alejaban sus ladridos cuando bajaron por la umbría senda y salieron al sol de la colina.

—Quizá tenga que volver en busca de «Botón» —dijo Jorge—, si no nos sigue. No puedo dejarle atrás. Pero los zorros son tan listos... Apuesto a que viene corriendo detrás de nosotros dentro de unos minutos.

—Ve alerta, pues —le aconsejó Jack—, porque nos interesa saber por dónde entra y sale para usar el mismo camino nosotros.

Pero fue inútil andar con ojo avizor. «Botón» apareció de pronto detrás de ellos, saltando hacia Jorge con ladridos de satisfacción y de amor. Nadie le vio llegar. Nadie sabía cómo había logrado salir del castillo.

—¡Qué pillo! —exclamó Jack, riendo no obstante—. «Botón», ¿cómo saliste?

El cachorro no se lo podía decir. Caminó tan pegado a los talones de Jorge durante todo el camino de casa, que el niño sintió el contacto de su hocico durante todo el tiempo. ¡«Botón» parecía su sombra!

Estaban todos tan cansados cuando entraron en Spring Cottage, que apenas pudieron contar sus aventuras. Cuando Jorge mencionó el charco de agua al pie de la bomba, la señora Mannering se echó a reír.

—¡Era de esperar que se os ocurriera algo para asustaros! —dijo—. Es probable que la bomba se salga un poco, lo de las habitaciones amuebladas es raro, sin embargo. El que nadie haya tocado los muebles demuestra el miedo que los del pueblo le tienen al castillo. ¡Ni los propios ladrones se atreven a aventurarse por allí, al parecer!

A la señora Mannering le interesaron una barbaridad las águilas reales. Jorge, Jack y ella hablaron de los pájaros hasta que anocheció. La señora no tenía inconveniente en que Jack intentara retratar al aguilucho en compañía de sus padres.

—Si logras hacer un buen escondite y que las águilas se acostumbren a él, de forma que puedas permanecer allí y sacar las fotografías que quieras, será maravilloso. El papá de Jorge solía hacer cosas así.

—¿Puedo ir yo con Jack, tía Allie, por favor? —suplicó Lucy, que no podía soportar la idea de que Jack se apartara de su lado.

—No, Lucy —respondió Jack, con decisión—. El único que estará allí seré yo. Porque si tú o alguno de los otros empieza a rondar por allí, asustaremos a los pájaros y no podré conseguir ninguna fotografía. No estaré ausente mucho. No puedes ir colgada de mí durante todas las vacaciones.

Lucy no dijo nada más. Si Jack no quería que le acompañase, procuraría resignarse.

—Puedes subir todos los días y traerme de comer, si quieres —dijo el niño, al ver la cara de chasco que ponía su hermana—. Y siempre me queda el recurso de hacerte señales desde el torreón. Ya te diste cuenta de que podíamos ver esta casa desde allá arriba; conque, claro, podrás ver el torreón desde aquí.

—Oh, sí..., danos las buenas noches todos los días con una señal —dijo Lucy animándose—. Resultará divertido. ¿Desde qué cuarto se verá mejor el torreón?

Dio la casualidad de que el mejor sitio para ello fuese su propia alcoba. ¡Magnífico! ¡Hasta podría contemplar el torreón desde la cama!

—Jack, ¿dormirás en el torreón? —preguntó—. Así miraré hacia allá cuando me despierte y sabré que estás en él. Agitaré un pañuelo blanco desde mi ventana cuando te vea hacerlo a ti.

—Oh, no sé dónde dormiré —repuso el niño—. Habrá demasiadas corrientes de aire en el torreón. Me acurrucaré dentro de la manta en algún rincón resguardado... o quizá me haga sitio en uno de esos sofás antiguos si es que consigo desalojar el polvo.

Tassie no lograba comprender cómo podía atreverse nadie a dormir solo en el antiguo castillo.

Jack le pareció el niño más valiente del mundo.

—Ya es hora de que te marches a casa, Tassie —dijo la señora Mannering—. Anda, ve. Ya volverás mañana.

Tassie desapareció, corriendo a su destartalada casa, donde la esperaba su regañona y desordenada madre. Los otros ayudaron a la señora Mannering a quitar la mesa y las dos niñas fregaron los platos, medio dormidas.

Se fueron a la cama a soñar con un castillo viejo, desierto, extrañas habitaciones llenas de telarañas, torreones elevados, águilas que daban penetrantes gritos..., ¡y un charco de agua en el suelo, al pie de la bomba!

«Eso es lo verdaderamente desconcertante —pensó Jorge al echarse—. Pero estoy cansado ahora para pensar». Y se quedó dormido.

El día siguiente se presentó lluvioso. Grandes nubes barrieron las colinas, cubriéndolas de niebla y de humedad. Apenas asomó el sol en todo el día. El pequeño arroyo dobló de pronto su volumen, gorgoteando con creciente ruido por el jardín.

—¡Maldita sea! —exclamó Jack—. ¡Con las ganas que yo tenía de subir al castillo hoy! Ese aguilucho empezará a volar de un momento a otro, y no querría perderme su primera intentona.

—¿Tienes película suficiente? —inquirió Jorge—. Acuérdate de lo que te ocurre siempre: se te acaba cuando más la necesitas.

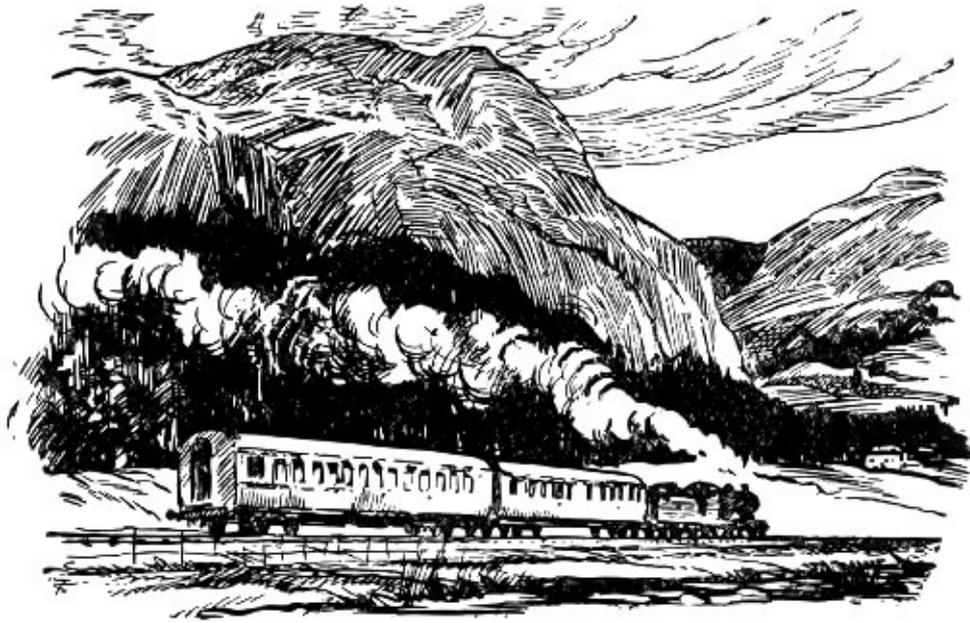
—Y si no tuviera bastante, ¿qué adelantaría con acordarme? —dijo Jack—. No podría comprarla en ese pueblo tan pequeño. No hay más que una tienda.

—Podrías tomar el tren e iros a la población más cercana —sugirió la señora Mannering—. ¿Por qué no hacéis eso en lugar de posaros todo el día encerrados aquí? Estoy viendo que Dolly arde en deseos de empezar a regañar con alguien.

Dolly se echó a reír. Detestaba, en efecto, tener que estar encerrada en casa y el verse obligada a ello la irritaba. Pero empezaba a aprender a dominarse un poco más ahora que se iba haciendo mayor.

—Resultaría divertido tomar el tren e irse de compras —dijo—. ¡Hagámoslo! Tenemos el tiempo justo de llegar al único tren que sale de esta estación y volveremos por el único que pasa.

Conque se pusieron impermeable y sombrero impermeabilizado y marcharon a la estación a toda prisa. Aunque no hubiesen tenido necesidad de hacerlo, porque aquel tren rural siempre aguardaba a cualquiera que viese bajar por el camino.



La población más cercana se hallaba a veinte millas de distancia. El tren tardó una hora completa en llegar, y los niños disfrutaron viendo desfilan por la ventanilla los valles y las colinas. Una vez vieron otro castillo en una loma, pero acordaron por unanimidad que no podía ni compararse con el suyo.

A «Botón» le habían dejado con Tassie, con gran desilusión suya. Los niños habían ofrecido llevarse a la gitana, pero a ésta le aterraba el tren. Se sobrecogió cuando se lo propusieron. Conque la encargaron del cuidado de «Botón», advirtiéndole que no debía permitir que el cachorro molestara a la señora Mannering.

«Kiki», claro está, acompañó a Jack. Iba a todas partes con él, haciendo comentarios con gran regocijo e interés de la gente. Tenía la costumbre de querer lucirse cuando había extraños, haciéndose impertinente la mar de veces. Los niños dejaron el tren y bajaron por la calle cuando de pronto, una voz les llamó, haciéndoles dar un brinco de sorpresa:

—¡Hola! ¡Hola! ¡Quién hubiera pensado encontraros a «vosotros» aquí!

Los muchachos se volvieron al instante, y «Kiki» exhaló un graznido de contento.

—¡Bill Smugs! —exclamaron todos.

Y corrieron al encuentro del hombre de colorado rostro y risueños ojos que les había llamado.

Lucy le dio un abrazo. Dolly sonrió, encantada, y los dos niños le dieron unas palmadas en el hombro. No era Bill Smugs su verdadero nombre. Les había dicho a los niños llamarse así el año anterior, cuando le conocieron en ocasión de hallarse éste persiguiendo a unos falsificadores. No había querido que supieran su nombre verdadero ni lo que estaba haciendo. Ahora, aunque ya sabían cómo se llamaba en realidad, seguían llamándole Bill Smugs, nombre por el que siempre le conocerían.

—Venid a comer conmigo —les dijo—; o, ¿tenéis algún otro plan? Quiero saber qué hacéis aquí. Creí que estaríais en casa, pasando las vacaciones.

—¿Qué hace usted aquí? —inquirió Jorge, brillantes los ojos—. ¿Siguiendo la pista de algún falsificador otra vez? Apuesto a que está trabajando en algo emocionante.

—Puede que sí, y puede que no —contestó Bill, sonriendo—. No creo que debiera decíroslo en cualquier caso, ¿verdad? Probablemente estoy de vacaciones, como vosotros. Vamos..., entraremos en este hotel. Parece el mejor de todo el lugar.

La comida fue emocionante, porque Bill Smugs era una persona interesante. Hablaba con avidez de la aventura que habían corrido con él las vacaciones anteriores, cuando se vieron implicados entre minas de cobre y falsificaciones y corrieron grandes aventuras. Se recordaron unos a otros las veces que habían temblado de miedo durante su aventura.



—Sí; fue una buena aventura, en efecto —asintió Bill, sirviéndose pastel de manzana—. Y ahora, como dije antes, quiero que me digáis lo que hacéis en esta parte del mundo.

Los niños se lo dijeron, interrumpiéndose unos a otros en su excitación, especialmente Jack, que ardía en deseos de contarle todo lo relacionado con las

águilas.

Bill escuchó sin dejar de comer, dándole de cuando en cuando algún bocado a «Kiki». Éste también estaba encantado de ver a su antiguo amigo, y le había dicho ya, por lo menos una docena de veces, que abriera el libro por la página seis.

—¡Qué lástima que estéis a veinte millas de aquí o más! —dijo Bill—. Me temo que quedaré estancado en este distrito una temporada y que no podré moverme. Pero si puedo haré una excursión por veros. Quizá pueda vuestra madre darme alojamiento un día o dos, y entonces podré subir a ese maravilloso castillo vuestro y ver las águilas.

—¡Oh, sí, venga! —exclamaron todos—. No tenemos teléfono —agregó Jorge—, pero no importa. Usted venga. Es seguro que nos encontrará allí. ¡Venga cuando quiera! ¡Nos encontrará a todos!

—Bien. Quizá pueda acercarme la semana que viene, porque no parece que se pudiera conseguir gran cosa aquí. No puedo deciros nada más que eso, me temo. Pero si no adelanto con lo que estoy haciendo, interrumpiré mi trabajo e iré a veros a vosotros y a vuestra agradable mamá. Dadle recuerdos de mi parte y decidle que Bill Smugs irá a presentarle sus respetos si le es posible.

—Tendremos que irnos —anunció con sentimiento Jack, consultando el reloj—. No hay más que un tren para volver, y aún hemos de hacer unas compras. Adiós, Bill. No sabe cuánto nos alegramos de haberle encontrado.

—Adiós. Espero volveros a ver pronto —respondió Bill con su acostumbrada sonrisa.

Capítulo XII

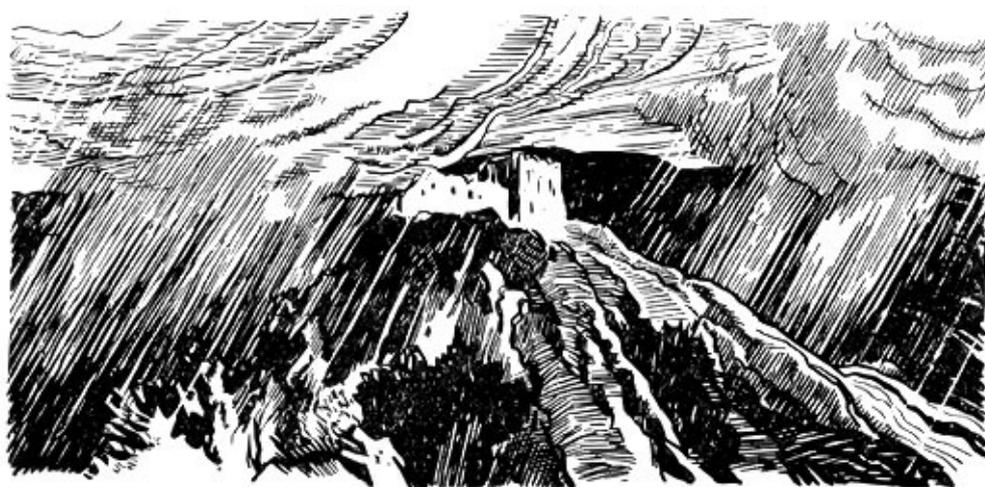
A Jack le dejan en el castillo

La señora Mannering quedó encantada al saber que se habían encontrado a Bill Smugs otra vez, porque le estaba agradecida por la ayuda que había prestado a los niños en la aventura del año anterior.

—Si viene, dormiré yo con las niñas y puede él ocupar mi habitación —ofreció—. Es una buena persona. Resultará agradable volverle a ver. Debe llevar una vida muy interesante, cazando siempre a criminales y gente mala.

—¡Apuesto a que se hubiera puesto sobre la pista de ese viejo malvado que vivía en el castillo! —dijo Lucy—. Será muy divertido llevarle allí. Jack, Dios quiera que no esté lloviendo mañana otra vez.

Pero sí que llovió. Jack se llevó un chasco enorme. Temía que las águilas se llevaran de allí al aguilucho. Pero era inútil subir la colina con aquel diluvio. Aparte de que las nubes iban tan bajas que rodeaban la montaña y se hubiera perdido en la niebla de haber intentado escalarla.



—Supongo que Tassie sabría encontrar el camino hasta con la neblina —dijo.

Se hallaba presente la gitana, que le miró con los brillantes ojos negros y movió afirmativamente la cabeza.

—Sí —dijo—. Te llevaré ahora si quieres.

—No —dijo la señora Mannering con firmeza—. Aguardad a mañana. Creo que mañana hará buen día. ¡No quiero tener la necesidad de mandar gente en busca vuestra si os perdéis!

—Pero, mamá, ¡si Tassie sería capaz de encontrar el camino con los ojos vendados! —exclamó Jorge.

La señora Mannering, no obstante, no tenía tanta fe en la habilidad de la gitana

como los niños.

Conque Jack tuvo que aguardar al día siguiente. Por fortuna hizo un buen día. El sol se alzó en un cielo despejado, sin que apareciera ni la menor nube. Las laderas de la montaña brillaban y centelleaban al secar el sol los millones de gotas de lluvia que quedaban en ramas y hojas. Era un día hermoso en verdad.

—Subiremos todos contigo, Jack —dijo Jorge—, y te ayudaremos a subir lo que necesites. Te hará falta un par de mantas y provisiones... una vela o dos, y una lámpara de bolsillo... y la máquina fotográfica y la película, claro.

Decidieron pasar todos el día en el castillo otra vez, y dejar atrás a Jack cuando se marcharon al atardecer. Conque a eso de las once, cayéndoles el sol a plomo sobre la espalda, emprendieron el ascenso.

«Botón» les acompañó, naturalmente. Y «Kiki». Este último había de quedarse con Jack. A las águilas, al parecer, no les causaba ninguna molestia ni parecía importarles. Hasta cabía la posibilidad de que se hicieran amigas del loro, proporcionando a Jack la ocasión de tomar unos retratos interesantes.

Dolly iba la mar de satisfecha de llevar una lámpara en el bolsillo. No tenía la menor intención de volverse a meter en cuartos oscuros y dejar que la rozaran las telarañas. Se introdujeron por la ventana como la vez anterior. «Botón» volvió a aparecer en el patio sin que nadie hubiera podido averiguar cómo ni por dónde. «Kiki» voló al risco en que tenían las águilas el nido, lanzando el grito de águila como afectuoso saludo. Las sobresaltadas águilas elevaron el vuelo, sorprendidas. Luego, viendo al pájaro extraño otra vez, empezaron a trazar círculos a su alrededor. Era evidente que su presencia no las molestaba. Probablemente le tomarían por una especie de lejano pariente, puesto que gritaba exactamente igual que ellas.

No tardó Jack en subir para ver si el águila seguía en el nido. Allí estaba, en efecto. La madre acababa de llevarle un conejo muerto, y el aguilucho estaba la mar de ocupado comiendo. Cuando vio a Jack, se colocó encima del conejo con las alas extendidas, como si temiera que el muchacho fuese a quitárselo.

—No te preocupes —dijo el niño, con dulzura—, cómetelo todo. Yo no los quiero. ¡Sólo deseo retratarte!

Miró a su alrededor buscando un buen sitio en que instalarse. Había un lugar que parecía ideal.

Era un espeso matorral, casi al mismo nivel que la repisa de las águilas. Jack se dijo que probablemente conseguiría introducirse en el centro hueco del mismo, y abrir un agujero por entre las espinosas ramas para la máquina.

«Lo único que pasará —pensó— será que me pincharé todo. Bueno, da igual. Valdrá la pena si consigo unas buenas instantáneas. ¡Apuesto a que las águilas no sabrán si estoy escondido en ese matorral o no!».

Se lo dijo a los otros, y éstos estuvieron de acuerdo en que resultaba un lugar

magnífico, aunque quizás un poco doloroso. El matorral está completamente hueco en el centro, y una vez allí podría arreglárselas para no pincharse. Sólo el entrar y salir le resultaría desagradable, pues los pinchazos no podría evitarlos.

—Envuélvete en esta manta —sugirió Lucy, ofreciéndole la que había subido—. Con ella alrededor, podrás pasar por entre los pinchos sin hacerte daño.

—Es una buena idea —dijo Jack.

Subieron al torreón y comieron allí otra vez, contemplando el grandioso panorama de nuevo.

—Me gustaría que Bill Smugs viese esto —dijo Jack—. Hemos de traerle aquí cuando venga.

—¿Dónde crees tú que dormirás esta noche, Jack? —le preguntó Lucy, con ansiedad—. Y ¿agitarás el pañuelo desde el torreón antes de acostarte? Estaré yo al tanto para verlo.

—Agitaré la camisa —contestó el niño—. Probablemente no verías una cosa tan pequeña como el pañuelo, aun cuando podías tomar mis gemelos de campaña y mirar por ellos si quisieras. Están en mi cuarto.

—Los tomaré —aseguró Lucy—. Veré con facilidad tu camisa. Espero que no te sentirás demasiado solo, Jack.

—Claro que no. Tendré a «Kiki» conmigo. Nadie podría sentirse solo con un charlatán como él —dijo Jack, rascándole la cabeza al loro.

—Aún no has dicho dónde piensas dormir. Supongo que no lo harás en uno de esos sofás viejos, ¿verdad?

—No, no lo creo. Es más probable que me eche en un rincón del patio. Hay un trozo cubierto de arena allí, mira... lo habrá calentado el sol. Si me acurruco allí envuelto en las mantas, estaré la mar de cómodo.

—Prefiero que duermas en el patio o que lo hagas dentro del castillo —dijo la niña—. ¡No me gustan esos cuartos tan mohosos, rancios y polvorientos!

—Mohosos, rancios y polvorientos —cantó «Kiki», encantado—, mohosos, rancios y polvorientos...

—Cállate, «Kiki» —dijeron todos.

Pero a «Kiki» le gustaban aquellas palabras y fue a repetírselas a «Botón», que le escuchó con las orejas erguidas y la cabecita ladeada.

—Es hora de que nos vayamos —dijo Jorge por fin.

Habían intentado, en vano, descubrir el sitio por el que entrara y saliera el cachorro, y habían vuelto a errar por el castillo encendiendo las lámparas y haciendo una exploración más completa que la vez anterior.

Sólo estaban amuebladas las tres habitaciones que ya vieran: la sala, el comedor y la cocina. No había ninguna alcoba con cama, verdadera lástima, como dijo Jorge, porque Jack hubiese podido pasar la noche muy cómodamente en una de esas camas

antiguas.

Jack les dijo adiós cuando empezaron a cruzar la plancha. Conservó a «Botón» en brazos, decidido a seguirle y descubrir adonde iba para salir del castillo. No pensaba soltarle hasta que se hubieran marchado los otros. Uno por uno, los niños cruzaron el tablón y desaparecieron.

Las voces se apagaron en la distancia. Jack se quedó solo. Bajó por el ancho corredor, descendió la escalera de piedra que conducía al vestíbulo y salió al patio, donde aún brillaban los últimos rayos del sol. Depositó al cachorro en el suelo.

—Ahora, enséñame por dónde te vas —dijo.

«Botón» salió corriendo al instante, demasiado aprisa para Jack. Para cuando éste hubo dado unos cuantos pasos en persecución suya, el cachorro había desaparecido sin dejar rastro.

—¡Maldita sea! —exclamó el niño—. Esta vez sí que tenía intención de averiguar por dónde salías. Pero no había contado con que fueses tan ligero. Supongo que ya estarás con los otros.

Subió a intentar instalar su máquina en el matorral. Era una máquina que Bill Smugs le había regalado por Nochebuena. En el bolsillo llevaba varios rollos de película. Debería poder sacar una magnífica serie de instantáneas de los pájaros. Se envolvió en una de las mantas como había sugerido Lucy, y empezó a meterse por entre los pinchos. Algunos se le clavaron en la carne a través de la manta a pesar de todo.

«Kiki», posado cerca del matorral, contemplaba al niño con sorpresa.

—¡Qué lástima! ¡Qué lástima! ¡Qué lástima! —dijo.

—¡Sí que es una lástima que me pinche de esta manera! —gimió Jack.

Pero se animó cuando se dio cuenta de cuan magnífica era la vista del nido de águilas de que disfrutaba, y de la repisa rocosa en que se instalaban las aves para observar la comarca. La distancia era perfecta.

Abriendo un agujero en el matorral por el lado en que estaba el nido, logró colocar la máquina apuntando al sitio que deseaba, y luego la inmovilizó clavando firmemente las potas del trípode. Miró por el visor para calcular qué clase de fotografías obtendría.

—¡Perfecta! —exclamó, lleno de contento—. No sacaré ninguna ahora, porque la luz no está bien. Pero mañana estará como es debido. El sol dará donde yo quiero.

El aguilucho vio a la máquina asomar del matorral. No le gustó. Se acurrucó en el nido con temor.

«Pronto se acostumbrará a ella —pensó Jack—. Y Dios quiera que se acostumbren los padres también. “Kiki”, ¿era preciso que te metieras tú en este matorral también? ¡En realidad no hay más que el sitio justo para mí!».

—¡Mohoso, rancio y polvoriento! —susurró el loro, creyendo evidentemente que

el niño estaba jugando al escondite con alguien y que no había que delatar dónde se escondía—. ¡Mohoso, rancio y polvoriento!

—¡Qué pájaro más tonto eres! —le dijo Jack—. Ahora, haz el favor de salir del aquí que yo voy a salir también. Desde luego, este matorral tiene algo de mohoso y de rancio, en efecto, aunque no haya polvo.

«Kiki» salió, y luego se abrió paso el niño, procurando protegerse contra las espinas. Se irguió, se desperezó, tomó la manta y bajó al risco, dejando la máquina en posición. Se veía bien claro que aquella noche no iba a llover.

Se puso a leer un libro hasta que empezó a faltar la luz. Luego se acordó de lo que había convenido con su hermana. Conque subió al torreón, confiando que no lo habría dejado para demasiado tarde.

Se quitó la camisa blanca y la agitó en la fuerte brisa, mirando hacia la lejana casita. En la ventana más alta de esta última se vio de pronto un destello de blanco. Lucy estaba contestando a la señal.

—Acaba de saludar —le dijo la niña a Dolly, que se estaba desnudando—. Vi la camisa blanca. Bueno, ahora sé que se encuentra bien y que no tardará en echarse a dormir tranquilamente.

—No comprendo por qué has de preocuparte tanto de Jack —dijo Dolly, metiéndose en la cama—. Yo nunca armo tanto Jaleo por Jorge. Eres una criatura, Lucy.

«No me importa —pensó Lucy, al acomodarse en el lecho—. Me alegro de saber que Jack se encuentra bien. No sé por qué, pero me hace muy poca gracia que esté solo en ese horrible castillo».



Capítulo XIII

Ruidos en la noche

Jack bajó la escalera de piedra del torreón silbando dulcemente. «Kiki» silbó con él. Si se trataba de una tonadilla que conociese, el loro la silbaba con su amo hasta el final.

Llegaron al patio. No se veía ni rastro de las águilas. Probablemente se hallarían en su nido ya. Pero, al llegar el niño, hubo una serie de carreras por todo el patio.

—¡Conejos! —exclamó, con delicia—. ¡Troncho! ¡Cuántos centenares! Supongo que salen todos a estas horas del anochecer. Me instalaré en ese rincón arenoso y los observaré un rato. No los asustes, «Kiki».

Se dirigió a la parte arenosa con las gruesas mantas y un paquete de galletas y chocolate. Se acurrucó allí y observó cómo salían los conejos de sus madrigueras otra vez. Resultaba encantador aquello. Los había grandes y pequeños, oscuros y claros, serios y juguetones. Algunos comían hierba aquí y allá. Otros saltaban como locos. Jack, echado cómodamente, se puso a roer las galletas, contemplando a los animales con verdadero regocijo. «Kiki» los contempló también, murmurándole palabras al oído al niño de cuando en cuando.

—Apuesto a que las águilas cazan una buena cantidad de estos conejos —pensó Jack, sintiendo de pronto sueño.

Terminó la última galleta y se envolvió mejor en las mantas. Notaba un poco de frío. Y la arena tampoco le parecía tan blanda ahora como antes. Confió que no estaría demasiado incómodo. Quizá hubiese hecho mejor escogiendo algún lugar con brezos.

—Bueno. Ahora tengo demasiado sueño para cambiar de lado —pensó—. Demasiado sueño... «Kiki», muévete un poco. Me estás clavando las garras en el cuello. Más vale que te quites de encima de mí y te poses en alguna otra parte.

Pero de antes de que pudiera moverse el loro, el niño se quedó dormido, «Kiki» permaneció donde estaba. Los conejos se envalentonaron y se pusieron a jugar más cerca del durmiente. De las nubes nocturnas salió una media luna e iluminó el patio.

Nunca supo Jack lo que le hizo despertar pero algo le despertó con sobresalto. Abrió los ojos y permaneció inmóvil, fija la mirada en el firmamento, lleno de sorpresa. Durante unos segundos no tuvo ni idea de dónde se hallaba. Generalmente, cuando se despertaba, veía el techo de su cuarto; ahora observaba estrellas y nubes. De pronto se acordó. Claro, estaba acostado en el patio del castillo. Se incorporó y «Kiki» se despertó también, exhalando un gritito de enfado.

«¿Qué me habrá despertado?», se preguntó el niño mirando a su alrededor.

Volvió a salir la luna, y vio a unos cuantos conejos aquí y allá. Detrás se alzaba la oscura mole del edificio.

Estaba completamente seguro de que le había despertado algo. ¿Algún ruido quizá? ¿O le habría corrido por encima algún conejo? Escuchó atentamente. Nada oyó, salvo el ulular de un búho en la colina. «¡Uuuu-uuuú-uuuu-uuuu-uuuu!».

Sonó a continuación el chirrido de un murciélago que cazaba escarabajos.

Dirigió una mirada al torreón desde el que agitara la camisa, y se inmovilizó de sorpresa. ¿No era una luz lo que veía brillar allá arriba? Observó con atención, aguardando a que reapareciera. Había parecido el destello de una lámpara de bolsillo. Pero no volvió a verse.

Jack reflexionó. ¿Había sido un destello? ¿Habría pasado alguien por el muro almenado hasta el torreón y serían sus pisadas las que le habían despertado? ¿Había alguien en el castillo después de todo?

Se preguntó qué debía hacer. No experimentaba grandes deseos de levantarse para averiguar qué era aquel destello, si es que había sido un destello. Empezaba a dudar ya. Si apareciera de nuevo, lo sabría a ciencia cierta.

Decidió que era una cobardía permanecer echado nada más que porque sentía un poco de miedo. Más cuenta le tendría levantarse y dirigirse al torreón para ver si se encontraba alguien en él. Así procedería un valiente.

«Pero yo no me siento ni pizca de valiente —pensó—. Aunque supongo que cuando una persona da mayores muestras de valor es cuando hace una cosa estando asustado. Conque... ¡ahí va!».

Advirtiendo a «Kiki» que no hiciera ruido ni despegara el pico, caminó cuidadosamente hacia la entrada del castillo, avanzando por la sombra. El peso de «Kiki» sobre el hombro le resultaba, sin saber por qué, tranquilizador.

Entró en el vasto vestíbulo y escuchó. No oyó ningún sonido. Encendió la lámpara de bolsillo, escudándola cautelosamente con el pañuelo. El vestíbulo se hallaba desierto. Ascendió por la ancha escalera y llegó al muro que conducía al torreón. Caminó por él sin hacer ruido hasta llegar al final.

«¿Subo? —se preguntó—. No tengo el menor deseo de hacerlo. Si hay alguien allá arriba, nada bueno estará haciendo. ¿Me imaginé yo ese destello?».

Se armó de valor e inició la ascensión. No había nadie en la primera cámara. Subió por la escalera que conducía arriba del todo, y asomó con cautela de cabeza. La luz de la luna bastó para demostrarle que allí no había nadie.

«Bueno... pues debo de habérmelo imaginado —pensó—. ¡Qué tonto soy! ¡Volveré a acostarme!».

Bajó de nuevo, con «Kiki» posado en el hombro. Al llegar al vestíbulo, paró en seco de pronto. Había oído algo. ¿Qué podía ser? Le pareció un ruido metálico y... ¿no era aquello el salpicar de agua? «¿Es que hay alguien en la cocina... alguien que

va a beber otra vez? —se preguntó, recorriéndole un escalofrío la espina dorsal—. ¡Troncho! Esto no me gusta ni pizca. Ojalá estuviesen aquí los demás».

Permaneció inmóvil, preguntándose qué debía hacer. Luego, dominado por el temor, huyó del vestíbulo y salió al patio, iluminado por la luna, procurando no salir de las sombras.

Estaba temblando. «Kiki» le murmuró algo al oído con ánimos de tranquilizarle. El pájaro se daba cuenta de su pánico.

Al cabo de unos momentos se sintió avergonzado de sí mismo.

«¿Por qué huyo? —se dijo—. Esto no puede ser. Nada más que para demostrarme a mí mismo que no soy un cobarde entraré en la cocina a ver quién hay. Supongo que se trata de un vagabundo que sabe cómo entrar. Más asustado quedará él de verme a mí, que yo de verle a él».

Osada, pero silenciosamente, el niño volvió a entrar. Cruzó el vestíbulo y se dirigió a la cocina. Se introdujo en ella y se metió detrás de la puerta, donde aguardó, escuchando y observando por si aparecía luz.

Pero el silencio era completo. No se oyó funcionar la bomba. Ni se percibió el salpicar de agua.

Aguardó dos o tres minutos, sin que «Kiki» despegara el pico. No se oía respirar a nadie. Debía estar desierta la cocina.

«Encenderé de pronto la lámpara de bolsillo. Barreré el cuarto con la luz para ver si hay alguien. Ningún trabajo me costará salir corriendo si alguno aguarda en la oscuridad», pensó.

Conque sacó la lámpara de bolsillo y oprimió de pronto el botón. Enfocó la fregadera, donde estaba la bomba. No había nadie allí. Examinó toda la cocina. Estaba desierta. No había ni rastro de nada ni de nadie.

Exhaló un suspiro de alivio. Se acercó a la fregadera y examinó el suelo. Había un charco allí. Pero ¿era nuevo, o era el que habían dejado ellos al usar la bomba? No podía saberlo. Examinó detenidamente la bomba. Nada sacó en limpio.

—Es un misterio —le dijo a «Kiki», en un susurro—. Supongo que el ruido metálico y el salpicar de agua me los imaginé yo. Estaba asustado, y uno se imagina la mar de cosas cuando está así. Me imaginé el destello del torreón y todo lo demás. «Kiki»... soy más criatura aún que Lucy... ¡vaya si lo soy!

Algo extrañado aún, pero avergonzado de su alarma y sus temores, regresó a su lecho del patio. Sentía algo de frío. Se envolvió en las mantas e intentó instalarse lo más cómodamente posible.

Cerró los ojos y se dijo que se durmiera. La luna parecía haberse puesto ya y todo estaba envuelto en tinieblas. Oyera o viese lo que oyese o viera, estaba decidido a no volverse a levantar. ¡Que encendieran todas las luces que quisiesen y sacaran agua toda la noche si les daba la gana! ¡Él no pensaba preocuparse!

Estaba completamente despabilado. Le era imposible el dormirse. Ya no sentía miedo; sólo enfadado porque el sueño se negaba a cerrarle los ojos Empezó a pensar en las águilas y hacer proyectos para el día siguiente.

Sentía el peso de «Kiki» en el hombro. Sabía que estaba durmiendo, con la cabeza debajo del ala. Le hubiera gustado que se hallara despierto y que le hablase. Y también tener a los otros niños a su lado. Así hubiera podido contarles lo que se imaginara ver y oír.

Se quedó dormido por fin cuando la aurora empezaba a platear el horizonte. No vio cómo se volvía dorado y rosa, ni observó el primer vuelo de las águilas. Durmió profundamente. Y «Kiki» también. Pero el loro despertó al oír el primer grito de las águilas, y respondió a él con su maravillosa imitación. Esto despertó al niño con sobresalto, y se incorporó. «Kiki» alzó el vuelo, aguardó a que Jack le llamara, y volvió a posarse entonces en su hombro. El niño se frotó los ojos y bostezó.

—Tengo hambre —le dijo a «Kiki»—. ¿Tú no?

—Mohoso, rancio y polvoriento —dijo el loro, recordando las tres palabras que tanto le gustaron el día anterior—. Mohoso, rancio...

—Sí, ya te oí la primera vez —le interrumpió Jack—. Oye, «Kiki», ¿recuerdas cómo nos levantamos a medianoche y fuimos al torreón y a la cocina?

Al parecer, el loro lo recordaba. Se rascó el pico con una de las patas, y miró a Jack.

—¡Qué lástima! ¡Qué lástima! —dijo.

—Sí... creo que fue una lástima, en efecto, que nos molestáramos tanto. Fui un idiota, «Kiki». Ahora que es de día y que estoy bien despierto, empiezo a creer que soñé o me imaginé todo lo sucedido anoche... aunque en realidad no ocurrió gran cosa.

«Kiki» le escuchó con la cabeza ladeada. Jack se desenvolvió las mantas.



—¿Sabes una cosa, «Kiki»? Ni tú ni yo diremos una palabra del destello que creíamos ver, ni de los sonidos que creímos oír, ¿comprendes? Los demás se reirán de nosotros... y Lucy y Tassie pudieran asustarse. Estoy seguro de que todo fue obra de mi propia imaginación.

«Kiki» pareció de acuerdo con todas sus palabras. Ayudó a Jack a sacar galletas de un paquete y fruta de un bolso, y observó cómo destapaba una botella de gaseosa.

—¿A qué hora subirán los otros? —murmuró Jack, dando principio a su desayuno—. Procuraremos sacar unas cuantas «fotos» antes de que lleguen, ¿eh, «Kiki»?

Capítulo XIV

Jack se lleva una sorpresa

Cuando hubo terminado el desayuno, Jack se dirigió al escondite. Era un día hermoso. Podría sacar unas fotografías magníficas si estaban las águilas allí. Se envolvió en la manta más gruesa y se abrió paso por entre las espinosas ramas del matorral. «Kiki» se quedó fuera esta vez.

Una vez en el hueco interior, examinó la máquina para asegurarse de que no le había pasado nada. Miró también si la tenía enfocada debidamente sobre el nido.

«¡Perfecto! —pensó—. Ese aguilucho parece estar dormido. Quizá consiga una buena instantánea cuando despierte. Supongo que los otros pájaros estarán a muchos metros de altura en estos instantes».

Era aburrido tener que esperar a que el aguilucho despertara. Pero a Jack le daba igual. Tanto él como Jorge sabían que para estudiar a pájaros y demás animales en su ambiente natural era preciso tener la habilidad de estarse completamente quietos y callados durante mucho rato. Conque se colocó lo más cómodamente posible y se dispuso a aguardar.

«Kiki», entretanto, se distrajo a su manera. Voló a la parte superior del torreón más cercano, y contempló el panorama. Bajó al patio, y exploró el interior de una bolsa de papel, con la esperanza de encontrar alguna galleta olvidada. Se posó en la rama de un abedul a ensayar quedamente la especie de ladrido que emitía «Botón». Mientras Jack estuviera en algún lugar cercano, se sentía feliz. Estaba ahora en el centro de aquel matorral. «Kiki» no sabía por qué habría escogido lugar tan extraño en que descansar; pero para él, todo cuanto hiciera Jack estaba bien hecho y era una prueba de sabiduría.

El aguilucho se despertó de pronto, y estiró un ala primero, y luego la otra. Se subió al borde del nido y miró por encima de la repisa, aguardando a que volvieran sus padres.

—¡Magnífico! —susurró el niño.

Y dio al disparador para sacar una «foto». El pájaro oyó el chasquido y se refugió en el nido, asustado. Pero la fotografía estaba tomada ya. El aguilucho no tardó en rehacerse y volvió a salir. De pronto, con grandes gritos, las dos águilas bajaron planeando, y la cría les saludó muy contenta, extendiendo las alas y haciéndolas temblar. Una de las águilas llevaba una liebre joven entre las garras. La dejó caer en el nido. El aguilucho la cubrió en seguida con las alas, se agazapó sobre ella, y empezó a desgarrarla, hambriento, con el fuerte pico.



Jack lo fotografió. Los tres pájaros oyeron el chasquido y miraron al matorral con desconfianza. El macho tenía torva la mirada y Jack experimentó cierto desasosiego. Temió que se dejara caer sobre la brillante lente del objetivo y lo rompiese.

«Kiki» salvó la situación volando hacia las águilas con la mar de camaradería, y saludándolas con gritos iguales a los suyos. Parecieron encantadas de verle otra vez, aun cuando el aguilucho cubrió a la liebre muerta con las alas, amenazador, como para impedir que se acercara «Kiki».

—Abrid los libros en la página seis —dijo agradablemente «Kiki».

Las águilas se sobresaltaron. Aún no se habían acostumbrado a oír al loro hablar en idioma humano. Ladró como «Botón», y esta vez los pájaros parecieron alarmarse. El águila hembra se inclinó hacia delante, abrió el cruel pico, e hizo un ruido curioso y desagradable, como advirtiendo a «Kiki» que anduviese con cuidado. El loro recurrió al lenguaje de las águilas entonces, exhalando tan hermoso chillido, que las aves quedaron satisfechas. La cría agazapóse sobre la liebre y comió hasta que ya no le cupo más. Luego se dejó caer de nuevo dentro del nido.

El águila hembra acabó de comerse la liebre en muy poco tiempo. Jack logró una fotografía maravillosa mientras el pájaro despedazaba su alimentó. Esta vez, fuera de

dirigir una fugaz mirada interrogadora hacia el punto donde sonó el chasquido, las águilas no hicieron caso.

—¡Magnífico! —pensó Jack—. Dentro de poco dejarán de llamarles la atención los chasquidos y el brillo del objetivo.

Pasó una mañana agradable aprovechando el resto de la película, encantado al pensar en las fotografías que iba a poder revelar. Se las imaginaba publicadas ya en revistas con su nombre al pie como fotógrafo. ¡Qué orgulloso se sentiría!

«Kiki» soltó de pronto un grito de excitación, que hizo elevar el vuelo a las águilas, alarmadas. Emprendió el vuelo y se dirigió al muro que daba la vuelta al patio. Jack, atisbando por la parte de atrás de su escondite, le vio volar por encima de la pared y desaparecer.

«¿Adónde habrá marchado? —se preguntó—. Estaba a punto de sacarle una fotografía con las águilas».

El loro estuvo ausente cosa de media hora. Luego entró en el patio... ¡posado en el hombro de Tassie! Había oído a los niños subir la colina, y volado a su encuentro. Los niños, después de entrar en el castillo por el mismo sitio que el día anterior, andaban ahora buscando a Jack.

Las águilas se alejaron al oír a los muchachos acercarse al risco. Jack les saludó desde su escondite.

—¡Estoy aquí! ¡Hola! ¡No sabéis cuánto me alegro de veros! Aguardad un segundo, que ahora salgo.

Salió envuelto en la manta y bajó a reunirse con los otros. Lucy le miró con ansiedad y sintió alivio al verle alegre y bien. Conque no pasó mala noche en el castillo.

—Hemos traído una comida magnífica —dijo Jorge—. Mamá consiguió encontrar jamón en dulce y un hermoso pastel de frutos en el pueblo.

—¡Qué bien! —exclamó Jack, dándose cuenta de que tenía un hambre canina—. Sólo he desayunado galletas y fruta y una gaseosa.

—Hemos traído más gaseosas también —terció Dolly—. ¿Dónde vamos a comer? ¿Encima del torreón? O... ¿dónde?

—Me parece que será mejor hacerlo aquí —respondió Jack—. La luz es perfecta para sacar fotografías esta mañana, y si esas águilas vuelven quiero tener la ocasión de sacar unas cuantas instantáneas más. Tengo la idea de que pronto van a empezar a enseñar a volar a su cría. La hembra intentó tirarla por el borde del nido esta mañana.

—«Kiki» nos salió al encuentro —dijo Tassie—. ¿Viste cómo entró «Botón» aquí esta mañana, Jack? Le dejamos fuera, pero ya está dentro.

—No, no le vi. No puedo ver gran cosa desde el interior de ese matorral. Nunca descubriremos por dónde entra... Seguramente será por una madriguera de conejos. No podrá hacerlo cuando sea un poco mayor. ¿Ha sido bueno, por lo menos?

—No mucho —respondió Jorge—. Se metió. Dios sabe cómo, en la despensa, y se comió todas las salchichas. A mamá le hizo poquísima gracia. No comprendo cómo puede comer ninguna otra cosa en este momento. Debe haberse tragado libra y media de salchichas.

—¡Tragón! —exclamó Jack, dándole a «Botón» la mitad de su bocadillo—. No te mereces esto, pero eres tan simpático, que no puedo menos de mimarte.

—Es una lástima que huela tanto —dijo Dolly, frunciendo la nariz—. No podrás tenerle cuando crezca un poco más, Jorge... Olerá demasiado.

—¡Eso es lo que tú crees! —contestó su hermano—. Lo conservaré, probablemente, hasta que se muera de viejo.

—Pues tendrás que usar una careta antigás entonces —dijo Jack, riendo—. Otro bocadillo, Dolly, por favor. ¡Troncho! ¡Qué buenos son!

—¿Qué clase de noche pasaste, Jack? —inquirió Lucy, que se había sentado tan cerca de Jack como lo era posible.

—¡Oh, muy buena! Me desperté una vez y tardé un poco en volverme a dormir.

Estaba decidido a no decir una palabra de su alarma y sus temores. Le parecía todo aquello tonto ahora, a la luz del día, y con tanta gente alrededor.

—Te hubiera gustado ver los conejos al anochecer —le dijo a Jorge—. ¡Los había a montones! No quisieron acercárame, claro; pero seguramente tú hubieses conseguido que se te echaran todos encima. Parecían mansos a más no poder.

Los cuatro niños se quedaron con Jack hasta después del té. Cada uno de ellos pasó unos instantes en el escondite para observar a las águilas. Subieron al torreón de nuevo, y Jack miró cautelosamente a su alrededor para ver si descubría allí algo anormal; una colilla de cigarrillo, un trozo de papel; pero nada encontró.

—¿No volverás a casa con nosotros esta noche, Jack? —preguntó Lucy.

—¡Claro que no! —respondió el niño. Aunque, para sus adentros, se dijo que sí que le gustaría mucho volver—. ¿Tú crees que voy a irme ahora, cuando estoy seguro de que el aguilucho está a punto de emprender el vuelo?

—Como tú quieras —dijo Lucy con un suspiro—. No sé por qué me hace tan poca gracia que te quedes aquí solo en este horrible castillo; pero, desde luego, no me gusta.

—No es un castillo horrible —objetó Jack—. Sólo es viejo y olvidado; pero no horrible.

—Pues a mí me lo parece —anunció Lucy—. Creo que se han hecho aquí cosas horribles y malas en el pasado... y creo que pueden volverlas a hacer en el futuro.

—Ahora estás diciendo tonterías. Y asustas a la pobre Tassie. No es más que un edificio antiguo, desierto, olvidado desde hace años, donde no hay nada ni nadie aparte de mí, de las águilas, de los murciélagos y de los conejos.

—Es hora de irse —advirtió Jorge, poniéndose en pie—. Te hemos traído otra

manta, Jack, por si acaso tenías frío. ¿Vienes hasta la ventana a despedirnos?

—¡Claro que sí!

Entraron todos en el castillo, resonando las pisadas en el suelo de piedra. Se dirigieron a la habitación en que estaba instalado el puente, y lo cruzaron uno tras otro.

Lucy le gritó a Jack, a modo de despedida:

—¡Gracias por agitar la camisa anoche! Y, oh, Jack, te vi hacerme señales con la lámpara desde el torreón también más tarde. Estaba acostada, pero despierta, y vi los destellos de tu lámpara de bolsillo tres o cuatro veces. Te lo agradezco. ¡No sabes cuánto me alegré de verlos y saber que tú estabas despierto también!

—¡Vamos, Lucy, por favor! —exclamó Dolly—. Ya sabes que mamá dijo que no debíamos volver muy tarde esta noche.

—Bueno, ya voy —respondió Lucy, y se deslizó por las trepadoras hasta el suelo. Todos gritaron adiós y se fueron.

Jack se quedó extrañado y lleno de desasosiego. ¡Conque sí que había habido alguien en el torreón la noche anterior con una lámpara encendida! No se trataba de un sueño ni de obra de su imaginación. Era verdad.

«Lucy lo vio; conque ello demuestra que no me equivoqué —se dijo el niño al regresar al patio—. Es la mar de misterioso. El ruido metálico que oí y el salpicar de agua tampoco debí imaginármelo. Hay alguien más aquí. Pero... ¿quien? Y... ¿por qué?». ».

Ahora se arrepintió de no haberles hablado a los otros de los acontecimientos de la noche anterior. Pero ya era demasiado tarde. Se habían marchado. ¡Cuánto sentía ahora no haberse ido con ellos! ¿Y si volvía a oír los ruidos y a ver los destellos? No le gustaría ni pizca. Resultaba extraño, misterioso y desagradable en extremo.

«¿Salgo en persecución de los otros y me reúno con ellos? —pensó—. No. Aguardaré e intentar descubrir quién se encuentra aquí. ¡Mira que ver Lucy esos destellos!... Me alegro de que me lo haya dicho».

Capítulo XV

La cámara secreta

Volvió a su escondite del risco. Se sentía seguro allí. A nadie se le ocurriría buscar a persona alguna en el mismísimo centro de un matorral espinoso. Empezó a sentir sueño al atardecer.

¿Debiera intentar dormirse ahora y permanecer despierto luego? ¿Le sería posible conciliar el sueño dentro del matorral?

Se envolvió en la manta más gruesa e hizo con la otra una almohada. «Kiki» entró y se le posó con gran tiento en las rodillas, agachando la cabeza para no darse contra una ramita llena de espinas. A las águilas no se les veía por parte alguna. La cría se encontraba en el nido. En cualquier caso, no había ya luz bastante para intentar hacer fotografías.

Consiguió quedarse dormido. Roncó un poco, porque tenía la cabeza en una postura incómoda.

«Kiki» imitó perfectamente el ronquido durante un rato y luego, viendo que Jack no hacía ningún comentario, se metió la cabeza debajo del ala y se durmió también.

El niño se despertó de pronto a medianoche, sintiéndose la mar de incómodo. Se estiró, preguntándose dónde estaría, se llevó inmediatamente una serie de dolorosos pinchazos. Encogió las piernas precipitadamente de nuevo.

«Me encuentro en el matorral, claro —se dijo—. Debo haber dormido la mar de rato. ¿Qué hora es?». Consultó la esfera luminosa de su reloj y vio que eran las doce y diez.

—¡Hum! ¡La hora aproximada en que alguien empieza a despertarse en el castillo! Si he de seguir a alguno, supongo que será mejor que salga de aquí y vigile con todos mis sentidos alerta.

Salió a rastras del matorral, turbando a «Kiki», que empezó a protestar ruidosamente hasta que el niño le obligó a callar.

—¡Te dejaré atrás como hagas ruido semejante! —susurró con ferocidad.

El loro guardó silencio. Comprendía siempre cuándo tenía empeño su amo en que no abriese el pico.

Jack descendió sigilosamente por el risco, agradecido de que la luna, un poco más grande que la noche anterior, le proporcionara un poco de luz. Llegó al patio y se detuvo a escuchar. No se oía más sonido que el del viento que soplaba con bastante fuerza. Y luego... ¡le pareció oír un lejano ruido metálico y el salpicar de agua otra vez! Aguzó el oído. Al cabo de unos momentos quedó convencido de que oía pisadas por alguna parte. ¿Se trataría de alguien que caminaba por la muralla del castillo

hacia el torreón para hacer señales con la lámpara?

«Bueno, pues si ha ido al torreón, no correré el peligro de encontrármelo en el castillo —pensó Jack—. Entraré a ver si encuentro algo... el lugar en que se esconde, por ejemplo. En alguna parte ha de vivir. Y parecía como si no hubiese entrado nadie en ninguna de las habitaciones amuebladas. Conque, ¿dónde puede tener el escondite? Y ¿cómo se las arregla para comer? ¡Troncho! ¡Qué misterio más grande!».

Entró cautelosamente en el castillo, con «Kiki» sobre el hombro. Estaba demasiado excitado para sentir miedo aquella noche. Ahora que estaba seguro de que había otra persona en el castillo, eran demasiado grandes sus ganas de averiguar de quién se trataba para asustarse.

Llegó al vestíbulo e inmediatamente algo le llenó de sorpresa: ¡surgía luz de alguna parte! Una luz mortecina, sí, pero luz al fin. Miró a su alrededor, extrañado. De pronto vio de dónde procedía: del suelo o, mejor dicho, de debajo del suelo. Avanzó con cuidado. Llegó a un agujero. No vio compuerta alguna. Parecía exactamente eso: un agujero. Y Jack estaba seguro de que allí no había habido ningún agujero antes. De él brotaba la luz que viera.

Se asomó al hueco. Una escalera de piedra descendía al sótano, mazmorra o lo que quiera que hubiese allá abajo... Corrió rápidamente a la entrada principal del castillo para ver si había alguien en el torreón. Si así era, tendría tiempo de bajar la escalera y explorar. Vio un destello en la cima. ¡Magnífico! El desconocido estaba haciendo señales de nuevo. Tardaría por lo menos un par de minutos en regresar. Dispondría de unos momentos para investigar aquella curiosa abertura. Sin perder instante, bajó la escalera y luego miró a su alrededor con la mayor sorpresa. ¡Parecía encontrarse en una especie de museo! Era una cámara subterránea grande, con tapices en las paredes de piedra y gruesas alfombras en el suelo. Alrededor del cuarto había una serie de armaduras, como las que se ven con frecuencia en los museos. Aquí y allá se veían sillas antiguas, muy pesadas, y una larga y estrecha mesa, con vajilla y cristalería encima, ocupaba el centro de la estancia en toda su extensión.

Jack contempló la escena con el más profundo asombro. Todo era antiguo. Pero saltaba a la vista que aquel cuarto no estaba desierto y descuidado como los de arriba. Allí no había telarañas ni polvo. En un rincón se alzaba una cama antigua con dosel y adornada con pesados cortinajes. Se acercó a ella. Era evidente que se había dormido en ella, porque se veían aplastadas todas las almohadas. Y las sábanas, por la forma en que se encontraban, daban la sensación de que alguien las había arrojado a un extremo del lecho al levantarse con precipitación. Sobre la mesa había una jarra de agua fresca.

«La iría a buscar a la cocina —pensó Jack—. ¡Conque por eso hay siempre charcos en el suelo! Alguien va a buscar agua todas las noches».

«Kiki» voló hacia una de las armaduras y se posó sobre el yelmo, atisbando por la visera, como si esperase encontrar a alguien dentro. Jack rió un poco. El loro, por lo visto, se imaginaba que las armaduras eran personas y no las acababa de comprender.

En aquel momento creyó oír ruido y, asustado, subió corriendo la escalera de piedra, llevándose a «Kiki». Salió justamente a tiempo y huyó a las negras sombras del fondo del vestíbulo. Luego, temiendo que la persona cuyos pasos oía le viese a la luz de la lámpara de bolsillo que llevaba, se metió en una de las habitaciones amuebladas, la antigua sala. Pero al entrar tropezó con un escabel y se cayó al suelo. Los pasos se detuvieron en seco. La luz se apagó. Sin duda el desconocido se hallaba inmóvil, escuchando con atención. Había oído el ruido.

Jack corrió a un sofá y se acurrucó detrás, con «Kiki» en el hombro. Ambos guardaron absoluto silencio. Pero, se preguntó el muchacho, ¿era posible que no oyese el otro los latidos de su corazón, que amenazaban con escapársele del pecho?

Oyó un paso cauteloso en el cuarto. Silencio otra vez. Luego sonó otro paso, un poco más cerca. A Jack empezaron a ponérsele los pelos de punta. Si el hombre daba la vuelta al sofá y encendía la lámpara, le vería sin remedio. Empezó a sudar copiosamente. El loro, aferrado al hombro, sintió el miedo de su amo. No pudo resistirlo más. Alzó bruscamente el vuelo y se lanzó contra la cabeza del hombre invisible, dando uno de los gritos que había aprendido de las águilas. El desconocido exhaló una exclamación de sobresalto e intentó ahuyentar al pájaro. Se le cayó la lámpara al suelo. Jack pidió fervorosamente al cielo que se le hubiera roto en mil pedazos al dar contra la dura piedra.

«Kiki» volvió a chillar. Imitando esta vez a un tren expreso. El hombre le dirigió un golpe, le asió una pluma y se la arrancó. El loro volvió al hombro de Jack, gruñendo como un perro.

—¡Dios mío! ¡Este sitio está lleno de pájaros y de perros! —dijo una voz áspera y profunda. Buscó a tientas la lámpara y la encontró—. ¡Rota! —exclamó, y Jack oyó el chasquido cuando intentó encenderla—. Una de esas águilas, supongo. ¿Para qué rayos habrá entrado en el castillo?

Salió del cuarto, mascullando algo entre dientes. Jack oyó un ruido curioso, raspante, y luego silencio completo. No se atrevió a moverse en mucho rato, permaneciendo arrodillado detrás del enorme sofá. «Kiki» parecía haberse quedado dormido.

Por fin se alzó cuidadosamente y se dirigió de puntillas a la puerta, alegrándose de haber ido allí con zapatos que tenían la suela de goma. Asomó la cabeza. Ahora ya no se veía luz alguna procedente del suelo. Todo era oscuridad y silencio. Miró hacia el fondo. Allí había estado el misterioso agujero que conducía a la habitación secreta, tan llena de cosas raras que parecía un museo. Quizá fuese el mismo cuarto en el que el malvado viejo ocultara a sus invitados y les matase de hambre, de suerte que no

volviera a saberse nada más de ellos. Le hacía muy poca gracia semejante pensamiento.

Sin intentar ver qué había sido de la abertura, corrió al patio y volvió al centro del matorral. Allí se sentía seguro. Entró a rastras, acompañado de los gemidos y de las protestas de «Kiki», e intentó dormirse otra vez. Pero no pudo. No hacía más que pensar en la habitación secreta y estremecerse al recordar lo poco que había faltado para que le atrapasen. De no haber sido por el loro, era seguro que le hubiesen descubierto. Otro paso o dos más, y el hombre, quienquiera que fuera, le habría pisado.

¡Ojalá hubiesen estado los demás niños con él! Ardía en deseos de contarles lo ocurrido. Bueno, ya vendrían al día siguiente. Debía tener paciencia. No era probable que el hombre saliese durante el día. Sus motivos tendría para permanecer oculto. No correría el riesgo de revelar su escondite abandonándolo en plena luz.

«¿Cómo consigue alimentos?», se preguntó el niño. Era fácil obtener agua en la cocina. Pero ¿y comida? Bueno, quizá fuera por eso por lo que había hecho señales desde el torreón. Para ponerse en contacto con amigos. En cuyo caso existía la posibilidad de que llegara allí más gente. Pero ¿cómo se las arreglaba para entrar?

«¡Me parece que esto es una aventura! —exclamó el niño de pronto, experimentando una extraña sensación por todo el cuerpo—. Sí, sí que lo es. Es la misma sensación que tuve el año pasado, cuando nos embarcamos para la Isla Tenebrosa, la Isla de la Aventura, donde nos ocurrieron tantos casos... ¡Troncho! ¿Qué dirán los otros cuando les diga que nos hemos metido de cabeza en una aventura otra vez? ¡El Castillo de la Aventura! Tuvo razón Jorge al llamarlo así».

Después de un par de horas de pensar y maravillarse, volvió a quedarse dormido. Despertó cuando los rayos del sol empezaban a filtrarse por entre las ramas, y se alegró de que hubiese llegado el día. Se acordó de los acontecimientos de la noche anterior y se preguntó si era posible que aquella cámara con aspecto de museo tuviera existencia real.

—Desde luego, no hubiese sido yo capaz de soñar un cuarto así —se dijo, haciéndole cosquillas al loro para que se despertara—. ¡Me sería completamente imposible!

Salió del matorral y desayunó galletas y ciruelas que le llevaran los otros el día anterior. Contempló pensativamente el castillo. ¿Quién estaría escondiéndose allí? De pronto se quedó rígido y miró con asombro a dos hombres que cruzaban el patio. Se dirigían al castillo. ¿Cómo demonios habían logrado entrar? Tenía que haber un camino... o... ¿poseerían la llave de una de las puertas?

Los hombres entraron en el edificio. Evidentemente, al revés que el otro, no tenían miedo de ser vistos a la luz del día.

—¿Les dirá el hombre escondido que cree que había alguien rondando por aquí

anoche? —se preguntó, lleno de pánico Jack—. ¿Saldrán a buscarme?



Capítulo XVI

Empiezan a ocurrir cosas

Volvió a meterse apresuradamente en el matorral, sin esperar a envolverse en la manta, y se llenó de arañazos. Una vez dentro, recordó haber dejado unas bolsas de papel en el patio, con trozos de manzana.

—¡Maldita sea! —pensó—. Si las encuentran, sabrán que hay alguien además de ellos.

Aguardó en el matorral cerca de una hora, atisbando en dirección al nido de vez en cuando. No sabía si confiar en que vinieran los otros pronto para no encontrarse solo, o si esperar que llegasen tarde para dar tiempo a los hombres a marcharse sin verles.

—Si han escogido este sitio como escondite seguro para alguien, no les hará mucha gracia saber que estamos nosotros aquí —pensó con inquietud—. Supongo que no debíamos haber venido al castillo para nada. Quizá sea propiedad de alguien... ¡de esos hombres, por ejemplo!

Oyó voces, y atisbo por entre las ramas para ver quién era. Vio a los dos hombres otra vez. El tercero, por lo visto, no pensaba correr el riesgo de salir de su escondite. Jack les observó. Eran unos hombrazos. Uno de ellos tenía una barba negra. No le gustó su aspecto poco ni mucho. A medida que se aproximaron, intentó oír lo que decían; pero no hablaban ningún idioma que él conociese, lo cual daba un cariz aún más extraño al asunto.

De pronto se detuvieron y, lanzando una exclamación, el barbudo se inclinó y recogió las bolsas de papel de Jack. Vio los trozos de manzana dentro, y se los enseñó a su compañero. Los trozos aún estaban húmedos y Jack comprendió que los hombres se daban cuenta de que no podían llevar allí mucho rato. Se comprimió todo lo que pudo dentro del matorral, alegrándose de que fuera tan espeso.

Los dos hombres se separaron y se pusieron a registrar concienzudamente el castillo, los torreones, las murallas y el patio. Jack les observó por entre las ramas. «Kiki» guardó completo silencio.

Por fin los dos hombres se unieron y echaron a andar hacia el risco en que anidaban las águilas. Era evidente que iban a escalarlo para asegurarse de que nadie se ocultaba allí.

El niño se encogió y se estuvo tan quieto como un ratón cuando anda un búho cerca. Empezó a latirle el corazón con violencia otra vez. Los dos individuos escalaron el risco y exhalaban una exclamación de asombro cuando vieron el nido de las águilas con la cría dentro. Saltaba a la vista que no conocían las costumbres de las

águilas, porque se acercaron al nido, y uno de ellos alargó la mano. Sonó el batir de poderosas alas, y el águila hembra se dejó caer como una piedra sobre la mano del hombre. Volvió la cabeza, mientras el otro intentaba ahuyentar al enfurecido pájaro. El atacado se cubrió la cabeza con el brazo, para protegerse, y miró asustado al pájaro macho que descendía también con rapidez.



A Jack, que presenciaba todo esto, se le ocurrió una idea. Veía claramente al primer hombre que atacara el águila. Aún miraba hacia arriba, enseñando toda la cara y el cuello, pues llevaba abierta la camisa. Oprimió el disparador de la máquina. ¡Click!, había tomado una instantánea del desconocido, aunque, por desgracia el rostro de su compañero no pudo captarlo, por haberse éste vuelto en el último instante.

Los dos hombres oyeron el chasquido de la máquina y quedaron extrañados. Luego, al atacarles de nuevo la hembra, descendieron precipitadamente del risco y corrieron al patio. No tenían la menor intención de explorar más allá arriba. En cualquier caso, estaban seguros de que nadie podía ocultarse allí, habiendo pájaros tan feroces en la vecindad.

Jack aguardó en el matorral, observando a las águilas, que habían quedado muy turbadas por la visita de los dos hombres. No tardó en comprender el niño que la intención de los pájaros era llevarse al aguilucho del nido. ¡Era preciso que aprendiera a volar! Ya no podía dejársela con seguridad si iban a subir hasta el nido seres humanos.

El niño olvidó sus temores en la contemplación de los esfuerzos de las dos águilas por hacer volar a su cría. La persuadieron a que subiera al borde del nido y entonces le dieron un empujón, haciéndola caer en la repisa. El aguilucho intentó volver al nido, pero la madre voló a su alrededor, chillando, como si intentara decirle con todas las palabras pajariles a su disposición que debía seguirla. La cría escuchó o pareció escuchar, y luego volvió la cabeza, como aburrida. Después, sin razón aparente, desplegó las alas. Eran enormes. El niño había sacado instantánea tras instantánea y ahora tomó una fotografía magnífica del aguilucho en el momento de probar sus alas. El pájaro las agitó con tanta fuerza, que bailoteó sobre las garras. Despegó a continuación de la repisa, de una forma soberbia, y se elevó en el aire, con uno de los padres a cada lado, chillando como para animarle. ¡Ya podía volar!

—¡Maravilloso! —exclamó Jack, sacando de la máquina el rollo de películas—. ¿Si pensarán volver? Aunque no importa gran cosa, porque ya he conseguido una colección de fotografías magníficas..., ¡mejores que las que ha conseguido nadie nunca!

Cuando colocaba otro rollo de película en la máquina, oyó las voces de los otros niños. Se alegró mucho, pero ¿dónde estaban aquellos hombres?

Salió del matorral casi sin sentir los pinchazos y bajó al patio. Los otros adivinaron por su expresión que tenía noticias que darles. Lucy corrió a su encuentro.

—¿Ha ocurrido algo, Jack? ¡Pones una cara tan seria!... ¿Sabes? ¡Hemos subido cargadísimos, porque la señora Mannering dice que podemos quedarnos contigo dos o tres días! Tiene que ir a ver a la tía de Dolly..., a la tía Polly..., que se ha puesto enferma otra vez. Pero volverá muy pronto.

—Y pensó —intervino Dolly— que podíamos pasar estos días contigo en el castillo si lo deseábamos. Pero..., ¡no parece entusiasmate mucho la idea!

—Escuchad —atajó Jack—. Aquí hay algo raro..., raro de verdad. No sé si debierais venir. Es más, puesto que ya he sacado todas las fotografías que me interesaban, creo sinceramente que lo mejor que podemos hacer es volvernos todos a casa.

—¡Volver a Spring Cottage! —exclamó Jorge, sorprendido—. Pero ¿por qué? ¡Pronto, cuéntanoslo todo!

—Bueno; pero primero, ¿dónde está Tassie? —inquirió Jack, mirando a su alrededor en busca de la simpática gitanilla.

—Su madre no quiso dejarla venir —contestó Lucy—. Cuando Tassie le dijo que

íbamos todos a pasar unos días en el castillo contigo, por poco le dio un patatús. Es como los del pueblo, ¿comprendes?, cree que hay algo malo y misterioso aquí arriba. Se negó rotundamente a permitir que viniera Tassie. Conque tuvimos que dejarla atrás.

—Se enfadó una barbaridad con su madre —dijo Jorge—. Se puso mucho peor de lo que se ha puesto nunca Dolly. Y su madre la cogió y la sacudió como si fuera una rata. Tassie tiene una mamá terrible. Sea como fuere, el caso es que no puede venir. Pero, anda, cuéntanos la historia.

—Supongo..., supongo que no os encontraríais por casualidad a nadie que bajara la colina, ¿verdad? —preguntó de pronto Jack, pensando que pudieran haberse marchado los dos hombres.

—Vimos a lo lejos tres hombres —repuso Jorge—. ¿Por qué lo dices?

—¿Qué aspecto tenían? ¿Llevaba uno una barba negra?

—Nos era imposible ver su aspecto. Estaban demasiado lejos e iban por un camino distinto. Pueden haber sido pastores o cualquier otra cosa. Eso es lo que «nosotros» creímos que eran.

—Tres hombres —murmuró Jack, pensativo—. Así, pues, parece como si se marchara el escondido también.

—¿De qué estás hablando? —exclamó Dolly, con impaciencia.

Jack dio principio a su relato. Los otros le escucharon con asombro. Cuando describió la cámara subterránea secreta, a Lucy casi se le desorbitaron los ojos.

—¡Un cuarto subterráneo... y alguien que vive en él! ¡Oh! ¡Ya sé lo que diría Tassie! —exclamó Lucy—. ¡Que el malvado viejo aún vive aquí! ¡Diría que querría atraparnos a nosotros, para que nadie supiera nunca dónde habíamos ido a parar!

—No seas tonta —le dijo Jack—. La cosa es que aquí está pasando algo, y debiéramos averiguar de qué se trata. ¡Ojalá estuviese Bill Smugs con nosotros! Él sabría qué hacer.

—Ni siquiera conocemos sus señas —repuso Jorge—. Lo único que sabemos es que se encuentra en una población a veinte millas de distancia. Y ahora se ha marchado mamá también, conque tampoco podemos pedirle que nos aconseje.

—Bueno, pues esté ausente o no, yo creo que debiéramos volver a Spring Cottage —dijo Jack—. Hemos tratado con hombres peligrosos antes, y no ha resultado agradable. Yo no quiero verme complicado en nada peligroso mientras tengamos que cuidar de las niñas.

—Justo —asintió Jorge—. Estoy de acuerdo contigo. Pero puesto que crees que se encuentran fuera del paso los tres hombres, ¿por qué no vamos a echarle una mirada a esa cámara? Quizá descubramos en ella algo que nos diga quién es el que la usa y porqué.

—Bueno —contestó Jack—. Vamos. «Kiki», ven tú también. ¿Dónde está

«Botón», Jorge?

—Lo dejé con Tassie para consolarla por no poder venir con nosotros. ¡Estaba tan triste...! Sea como fuere, se alegrará de volvernó a ver tan pronto.

Entraron en el espacioso vestíbulo y los niños encendieron sus lámparas. Seguros de que no había nadie más que ellos en el castillo, no hicieron el menor esfuerzo por evitar ruidos. Hablaron y rieron como de costumbre. Jack les condujo al fondo del vestíbulo y miró el suelo. No se veía agujero alguno. Había desaparecido por completo. Los niños buscaron una compuerta; pero no parecía haber ninguna. Jorge empezó a preguntarse si no lo habría soñado todo Jack. De pronto observó un pincho de hierro clavado en la pared. Brillaba como si se hubiese tocado con frecuencia. Lo agarró.

—¡Aquí hay algo raro! —dijo.

Y tiró con fuerza. El pincho se deslizó con suavidad por una especie de surco y se oyó un rechinamiento casi a los pies de Lucy. La niña retrocedió de un salto dando un grito.

—¡El suelo se estaba abriendo bajo sus pies! Una enorme losa se hundía misteriosamente, para girar luego hacia un lado, dejando al descubierto una corta escalera de piedra que conducía a la cámara secreta que visitara Jack la noche anterior.

Los muchachos exhalaban exclamaciones de asombro.

—¡Me recuerda a Alí Babá y los Cuarenta Ladrones o a la cueva de Aladino! —dijo Dolly—. ¿Bajamos? ¡Sí, sí! Esto es emocionante.

Habían dejado encendido un quinqué sobre la estrecha y larga mesa de abajo y, a su luz, los niños vieron la estancia. Jorge, Lucy y Dolly bajaron apresuradamente la escalera para examinarlo todo. Vieron los tapices de las paredes, que representaban antiguas escenas de caza, las armaduras alineadas alrededor del cuarto, las enormes y sólidas sillas que parecían construidas para gigantes y no para personas normales.

—¿Dónde está Jack? —preguntó Jorge.

—Ha ido en busca de «Kiki» —repuso Dolly—. ¡Oh, mira, Jorge, aquí hay otro pincho en la pared, exactamente igual que el de arriba! ¿Qué sucederá si tiro de él?

Lo probó. De nuevo se oyó el rechinar de la piedra al encajarse ésta en su sitio. ¡Los tres niños habían quedado encerrados en la cámara subterránea!



Capítulo XVII

Continúan ocurriendo cosas

Los tres niños vieron cómo resbalaba la piedra hasta tapar el hueco como por obra de magia.

Jorge experimentó de pronto una gran inquietud.

—¡Dolly! ¡Deja que agarre yo ese pincho! Apártate. ¡Dios quiera que sirva para abrir otra vez!

Tiró del pincho. Pero éste no se movió. Probó en dirección contraria. El pincho continuó fijo.

—Cierra la entrada —dijo—; pero no la abre.

Miró a su alrededor en busca de otro pincho, o manivela, o palanca, o cualquier cosa que pareciera ofrecer posibilidades, pero nada vio.

—¡Tiene que haber algo! —exclamó—. De no haberlo, ese hombre no podría salir por la noche. Tiene que haber algo.

Las dos niñas estaban asustadas. No les gustaba estar encerradas así en una cámara subterránea. A Lucy le parecía como si todas las armaduras la estuviesen observando y gozando al verla tan aterrada.

—Pronto vendrá Jack —dijo Dolly—. Verá que el agujero está cerrado y lo abrirá usando el pincho del vestíbulo. No tenemos por qué preocuparnos.

—Supongo que tienes razón —respondió Jorge, con expresión de alivio—. Eres una idiota, Dolly. ¿A quién se le ocurre andar jugando con las cosas sin saber primero para qué sirven?

—Hubieras hecho tú lo mismo —contestó la niña.

—Está bien, está bien... —dijo Jorge.

Empezó a examinar la extraña estancia. Las armaduras le llamaban la atención. Le hubiera gustado ponerse una, aunque no fuese más que por el gusto de llevarla. Se le ocurrió una idea.

—¡Escuchad! ¡Voy a gastarles una broma a Jack! Me meteré dentro de una de estas armaduras. Luego, cuando Jack abra y baje, no le digáis dónde estoy. Bajaré de pronto de uno de estos pedestales en que están las armaduras y le daré un susto.

Las niñas se echaron a reír.

—Bueno —dijo Lucy—. Date prisa. ¿Sabes cómo ponértela?

—Sí. Lo probé una vez cuando tuvimos una en el colegio y nos dejaron examinarla. Es muy fácil cuando sabe uno cómo hacerlo. Podéis ayudarme.

Unos momentos más tarde se había puesto la armadura y calado el yelmo. Veía bien por la visera, pero a nadie se le hubiese ocurrido pensar que había nadie dentro.

Subió al pedestal con gran ruido metálico. Las niñas se echaron a reír.

—¡El susto que se va a llevar Jack! —exclamó Lucy—. ¡Ya podía venir!

—¿Estás cómodo, Jorge? —inquirió Dolly, mirando a la armadura en que se hallaba su hermano, y que permanecía inmóvil en su pedestal, sin diferenciarse de los otros.

—Bastante —respondió el muchacho—. Pero ¡troncho! ¡No me gustaría ir a la guerra con esto puesto! ¡Sería incapaz de andar más de unos cuantos metros! ¡No comprendo cómo podían luchar así los soldados de antes!

Las niñas erraron por el cuarto. Contemplaron las escenas de los tapices. Se sentaron en los sillones. Tocaron las armas antiguas colgadas aquí y allá. Era, en verdad, un cuarto curioso.

—¿Qué estará haciendo Jack? —exclamó Lucy por fin, empezando a sentir ansiedad—. Tarda una barbaridad. Oh, Dolly, ¿tú crees que habrán vuelto esos hombres y le... le habrán capturado?

—No, no lo creo —repuso Dolly, que también empezaba a inquietarse—. No puedo imaginarme qué será lo que está haciendo. Después de todo, no tenía más que llamar a «Kiki», aguardar a que volara a él y luego seguimos.

—Sabéis... —dijo una voz hueca desde el interior de la armadura—, ¿sabéis que no creo que los tres hombres a quienes vimos «fueran» los del castillo? Acaba de ocurrírseme..., ¡no pueden haberlo sido!

—¿Qué quieres decir? —exclamaron las dos niñas.

—Acordaos de dónde los vimos. Fue bastante lejos, por encima de la granja, ¿verdad? Sabemos que por allí no hay ninguna senda que conduzca aquí arriba. Y ahora que pienso en ello detenidamente, estoy bastante seguro de que eran hombres de la granja. Uno de ellos era ese individuo tan grandullón que vemos a veces cuando vamos a buscar los huevos.

Las niñas reflexionaron. Sí, allí era donde habían visto a los hombres, justamente por encima de la granja.

—Creo que tienes razón. Jorge —anunció Lucy, asustada—. Y de todas formas, si no querían ser vistos, hubiera sido estúpido ir por el camino de la granja, ¿verdad? Todos los perros de la finca les ladrarían y el granjero asomaría para ver por qué armaban tanto escándalo.

—Sí... y los perros no ladraron, porque los hubiésemos oído —dijo Jorge—. Conque eso demuestra que tenemos razón. ¡Caramba! ¡No creo que fuesen los hombres que vio Jack después de todo! Es muy posible que éstos no salieran del castillo y que anden rondando por aquí.

—No comprendo qué estará haciendo Jack —observó Dolly—. Ojalá viniese ya.

Jack tardaba mucho en volver, en efecto; pero no podía remediarlo. Había ido en busca de «Kiki», siguiéndole al cuarto amueblado en que ambos se refugiaron la

noche anterior. Y de pronto,

¡había visto por la ventana a los tres hombres en un rincón del patio!

«¡Troncho! —pensó el niño—. Jorge se equivocó. ¡Los hombres qué ellos vieron no eran los del castillo! Serían de la granja. ¡Dios quiera que no se les ocurra bajar al cuarto subterráneo!».

Salió corriendo al vestíbulo, dirigiéndose al lugar en que debiera haberse hallado el agujero. Pero éste había desaparecido. La losa cubría nuevamente la entrada. Quedó sorprendido. No tenía la menor idea, naturalmente, de que Dolly hubiese encontrado la palanca interior y cerrado con ella desde dentro.

Reflexionó un instante. ¿Debía abrir el agujero y ver si los otros estaban abajo? ¿Entrarían el vestíbulo los hombres en el preciso momento en que lo estuviera haciendo?

Oía claramente sus voces ahora. Corrió de nuevo al cuarto amueblado, y tocando una silla al pasar, levantó una nube de polvo. Se acercó a la ventana grande y se ocultó detrás de la cortina sin atreverse a tocarla, por temor a que se le deshiciera entre las manos. Era evidente que los hombres aún estaban extrañados por el hallazgo de las bolsas con trozos de manzana. Bien a las claras se veían que sabían que había allí alguna otra persona más. Y de pronto, con gran consternación del niño, hallaron también la pila de cosas que trajeron aquella mañana. Lo habían trasladado todo a la entrada del castillo y lo examinaban concienzudamente.

Jack percibió algunas palabras, pero no pudo comprenderlas.

«Tendremos que marcharnos de aquí en la primera ocasión que se nos presente —pensó—. Podríamos meternos en un lío muy serio. ¡Ojalá no estuviesen aquí las niñas! ¡Si siquiera pudiese llevarlas hasta el cuarto en que tenemos puesto el tablón!».

Dos de los hombres entraron ahora en el castillo, con el evidente propósito de hacer un nuevo registro. El tercero se quedó en la entrada, fumando un cigarrillo y vigilando el patio.

Le resultaba imposible a Jack ir a abrir la entrada de la cámara secreta, porque el hombre de la puerta le hubiese visto. No le quedó más recurso que aguardar y confiar en que a ninguno de los hombres se le ocurriera bajar a la cámara antes de que lo hiciese él. Se quedó detrás de la cortina, por consiguiente, lamentando que no estuviese Bill Smugs allí. Bill siempre sabía qué hacer cuando las cosas se ponían mal. Pero, claro, Bill era una persona mayor, y las personas mayores siempre parecían saber cómo obrar.

El hombre de la entrada terminó el cigarrillo. No tiró la colilla. La apagó aplastándola contra una moneda, y la guardó luego en una cajita de hojalata. Por lo visto no pensaba dejar por allí señal alguna de su presencia. Dio media vuelta y entró en el vestíbulo. Jack oyó resonar sus pisadas y contuvo el aliento. ¿Regresaba a la cámara subterránea?

Así era, en efecto. Se dirigió a la parte de atrás, y buscó a tientas el pincho. Jack, temiéndoselo, se acercó de puntillas a la puerta de la habitación en que se encontraba y atisbo por ella. Desde allí le era posible observarlo todo.

El hombre tiró del pincho, y la piedra se movió, rechinando, primero hacia abajo, luego hacia un lado. El mecanismo resultaba maravilloso. A pesar de ser antiguo, seguía funcionando perfectamente.

Casi se le paró el corazón. ¿Qué iba a suceder ahora? ¿Qué diría el hombre cuando viese a los otros tres?

Dolly y Lucy oyeron el rechinar de la piedra y alzaron la mirada. Jorge atisbo por la visera, creyendo que Jack bajaba por fin. Pero ¡cuál no sería su horror cuando vieron aparecer en la escalera un hombre, que les contemplaba con estupefacción y rabia! Sólo podía ver a Dolly y a Lucy, naturalmente. Las dos niñas le miraron, temblando. El rostro no era muy agradable. Tenía una nariz enorme, ojos contraídos y los labios más delgados que puedan imaginarse. Las enmarañadas cejas le caían sobre los ojos, casi como el pelo de un perro de pastor.

—¡Ah-ah! —exclamó el desconocido, contrayendo aún más las pupilas—. ¡Ah-ah! ¡Conque venís aquí y os metéis en mi cuarto! ¿Qué significa esto?



Las niñas estaban aterradas y Lucy rompió a llorar. A Jack, que lo estaba escuchando todo, ganas le dieron de empujar al hombre escalera abajo y romperle la cabeza. «¡El muy canalla! ¡Mira que asustar a la pobre Lucy de esa manera!», pensó, con ira. Y hubiese querido atreverse a asomarse y consolarla. Pero oyó las pisadas de los otros dos hombres, que volvían de hacer el registro. El que se hallaba abajo les oyó también, y volvió a subir. Llamó a sus compañeros en un idioma que Jack no comprendía, diciéndoles evidentemente que bajaran a ver lo que había descubierto.

Jorge, oculto aún en la armadura, aprovechó la oportunidad para susurrarles instrucciones a las niñas.

—No tengáis miedo. Probablemente creerán que no sois más que un par de niñas tontas a las que se les ha ocurrido visitar el castillo. Decidle vosotras esto. No nos mencionéis para nada a mí ni a Jack, pues de lo contrario no podremos ayudaros. Sabemos que Jack está por arriba, y él os buscará y ayudará a escapar. Yo me quedaré aquí abajo hasta que pueda huir. No sospecharán que me encuentro en una armadura.

No pudo decir más, porque los tres hombres bajaron juntos la escalera. Uno de ellos tenía una barba negra muy espesa. El otro iba afeitado. Pero el hombre que habían visto antes las muchachas era el más feo de todo el feísimo trío.

Lucy rompió a llorar otra vez. Dolly estaba muy asustada, pero no quiso llorar.

—¿Para qué habéis venido aquí? —preguntó el de las pobladas cejas—. Decidnos toda la verdad... o pudierais arrepentiros mucho de no haberlo hecho.

Capítulo XVIII

Prisioneros en el castillo

—Sólo vinimos a ver el castillo —dijo Dolly, intentando impedir que le temblara la voz—. ¿Es de ustedes? No lo sabíamos.

—¿Cómo encontrasteis esta habitación? —preguntó el barbudo, frunciendo el entrecejo.

—Accidentalmente —contestó Dolly—. ¡Nos quedamos más sorprendidas! Por favor, déjenos marchar. No somos más que dos niñas, y no lo hicimos con mala intención.

—¿Sabe alguno de fuera que nos encontramos en este castillo o algo relacionado con este cuarto?

—Nadie —respondió Dolly, sin mentir—. Jamás les hemos visto a ustedes hasta este momento, y sólo hemos encontrado el cuarto hoy. Por favor, déjenos marchar.

—Supongo que lleváis molestando por aquí varios días. Hemos encontrado vuestras cosas. ¡Moscas! ¿Quién os mandó meteros en casa ajena?

—No sabíamos que perteneciera a nadie el castillo —repitió Dolly—. ¿Cómo íbamos a saberlo? Nadie viene aquí nunca. Los del pueblo están todos asustados del lugar.

—¿Hay alguien con vosotras? —preguntó el barbudo, con desconfianza.

—Ya lo pueden ver ustedes por sí mismos —contestó Dolly, rogando al cielo que no se les ocurriera examinar las armaduras.

—Hemos registrado todo el recinto —le dijo al de las enmarañadas cejas el tercero—. No hay nadie más aquí, eso sí que lo sabemos.

—Por favor, déjenos marchar —suplicó Dolly—. No volveremos aquí, se lo prometemos.

—Ah, pero volveréis a casa y contaréis las cosas que habéis visto y averiguado aquí, ¿eh? —dijo el barbudo, con horrible voz sedosa—. No, pequeñas, tendréis que quedaros aquí hasta que hayamos terminado nuestro trabajo. Entonces, cuando ya no importe, quizás os dejemos marchar. ¡Dije «quizá»! Todo depende de vuestro comportamiento.

Jorge tembló de ira dentro de la armadura. ¿Cómo se atrevían aquellos hombres a hablar de esa manera a dos niñas aterradas? Pero no se atrevía a descubrirse. Con ello sólo empeoraría las cosas.

—Bueno —dijo el barbudo—, tenemos asuntos que tratar. Podéis salir de este cuarto, pero no os alejéis de aquí.

Con gran alivio de las niñas, los hombres les permitieron que subieran la escalera

al vestíbulo. Luego se cerró el agujero de nuevo y se quedaron solas.

—Tenemos que escapar —susurró Dolly, asiendo de la mano a Lucy—. Hemos de huir en seguida y volver con ayuda para salvar a Jorge. No me atrevo ni a pensar lo que le sucedería si estos hombres le encontraran.

—¿Dónde está Jack? —sollozó Lucy—. Le necesito.

Jack no andaba lejos. En cuanto oyó que se cerraba el agujero y reconoció la voz de las niñas, salió de la sala. Lucy le vio y corrió hacia él con alegría. El muchacho la rodeó con sus brazos y le dio unos golpecitos cariñosos.

—Tranquilízate, Lucy, tranquilízate... Pronto saldremos de aquí y buscaremos ayuda para salvar a Jorge. No te preocupes. No llores más.

Pero Lucy no podía contener el llanto, aunque ahora lloraba por el alivio que sentía al encontrarse al lado de Jack de nuevo, más bien que porque estuviese asustada. El niño las guió hacia la escalera que conducía a las habitaciones superiores del castillo.

—Cruzaremos el tablón en menos de lo que canta un gallo —dijo—. Una vez fuera estaremos seguros. Y no tardaremos en salvar a Jorge. No tengáis miedo.

Subieron y avanzaron por el corredor, iluminado a medias por las alargadas ventanas. Llegaron al cuarto en que tenían instalado el puente.

Dolly corrió, con alivio, hacia la ventana, ansiosa de respirar aire libre. Pero se detuvo consternada. Allí no había ningún tablón.

—¡Nos hemos equivocado de cuarto! —dijo—. ¡Oh, Jack, por favor, encuentra el verdadero!

Se dirigieron a la habitación vecina. Pero tampoco estaba allí la tabla. Pasaron a la siguiente. El resultado fue idéntico.

—Eso es uno de esos sueños horribles —dijo Dolly, temblando—. Entraremos en un cuarto tras otro y..., ¡no estará el tablón en ninguno! Oh, Jack..., ¿tú crees que es una pesadilla de verdad?

—Lo parece —contestó el muchacho—. A ver..., estamos excitados y por eso no damos pie con bola. Vamos a hacer una cosa..., empezaremos por un extremo del corredor e iremos entrando en todas las habitaciones, una por una. Así encontraremos la que buscamos.

Pero no dieron con ella. En ninguno de los cuartos apareció la tabla. Al llegar al último, los niños hicieron una pausa.

—Me temo —dijo Jack—, me temo muchísimo... que esos hombres han descubierto por dónde entrábamos y han quitado la madera.

—¡Oh! —exclamó Dolly, sentándose de pronto en el polvoriento suelo—. Las piernas no quieren sostenerme ya. Supongo que no nos hubieran dejado salir a Lucy y a mí de no haber descubierto el tablón y tomado medidas para que nos resultara imposible huir.

—Sí..., si nos hubiésemos parado a pensar un poco, lo hubiéramos comprendido desde el primer instante —repuso Jack, sombrío. También él se sentó en el suelo a reflexionar—. ¿Dónde habrán metido la tabla? Quizá sea una buena idea buscarla.

—A lo mejor no han hecho más que darle un empujón a la punta para que cayera al suelo afuera —dijo Dolly, con desaliento.

—No, eso sí que no lo harían. Por si acaso había fuera otra persona que conociese el camino —dijo Jack—. Más vale que la busquemos.

Conque miraron por todas partes, aunque sin hablar ni rastro del tablón. Donde quiera que estuviese, lo habían escondido demasiado bien para que pudieran encontrarlo. Se dieron por vencidos al fin.

—Bueno, y ¿qué hacemos ahora que no podemos escaparnos? —quiso saber Dolly—. Haz el favor de no dar tanto respingo, Lucy. No se adelanta nada con ello.

—Déjala en paz —intervino Jack, que compadecía a su hermanita—. Esto es serio. Henos aquí, empantanados en este castillo sin medio alguna de escaparnos... y Jorge allá abajo, en la cámara secreta y en gran peligro de ser descubierto. No tiene más que estornudar o toser y, ¡ya está!

Lucy pensó en estas palabras con alarma. Se imaginó inmediatamente al pobre Jorge intentando ahogar estornudo tras estornudo.

—Al parecer, nos hemos metido de cabeza en algún misterio raro —observó el muchacho—. No acabo de entenderme aquí. Pero es gente peligrosa..., hombres de cuidado todos ellos. Deben pertenecer a una cuadrilla que no se dedica a nada bueno. Me gustaría echarles a perder los planes, sean éstos los que sean. Tal como están las cosas, sin embargo, eso es imposible. Lo único tranquilizador es que no saben que estoy «yo» aquí, ni que Jorge está escondido en el cuarto secreto.

—¡Si pudiéramos salir por lo menos! —suspiró Lucy—. Ya sé que tía Allie se ha marchado. Pero podríamos recurrir a un granjero o a alguien.

—No veo yo de qué manera hemos de poder salir ahora que nos han quitado la plancha —contestó Jack—. No creo que venga ya ni la propia Tassie, habiéndola amenazado su madre con una paliza si viene.

—Tenemos que evitar que esos hombres se enteren de que estás tú aquí también, Jack —dijo Dolly—. ¿Dónde te esconderás para estar seguro?

—En el centro de mi matorral. Ése es el lugar más seguro. Bajad vosotras hasta el vestíbulo a ver si sigue cerrada la cámara. Si lo está, saldré al patio y me subiré al risco. Vosotras podéis sentaros en las rocas vecinas y decirme en un susurro todo lo que pase.

—¡Ojalá supiésemos cómo se las arregla «Botón» para entrar y salir! —exclamó Dolly—. De saberlo, hubiéramos podido probar el mismo camino. Sólo que supongo que, si se trata de una madriguera, será demasiado estrecha para nosotros.

Bajaron al vestíbulo. La losa seguía cubriendo la entrada secreta. Le hicieron una

seña a Jack, y éste cruzó a toda prisa, salió al patio y escaló el risco, metiéndose en el centro del matorral. Las niñas se encaramaron a las rocas para estar cerca de él. Desde allí podían ver bien el castillo y todo lo relacionado con él. Abrieron un paquete de provisiones y empezaron a comer, aunque a Lucy casi se le atragantaba cada bocado. Le dieron a Jack su parte por entre las ramas.



—Menos mal que vinimos tan cargados de comida —dijo Dolly—. Si hemos de estar prisioneros Dios sabe cuánto tiempo, nos vendrá divinamente.

—Si vuestra madre no se hubiese marchado —observó Lucy—, hubiera estado alarmada al ver que no volvíamos y hubiese mandado a gente en busca nuestra al castillo. ¡Qué mala pata que haya tenido que ausentarse ahora precisamente! Nadie nos echará de menos.

—¡Chitón! ¡Ahí vienen dos de los hombres! —anunció Dolly—. ¡No digas una palabra, Jack!

Los dos hombres dieron un grito llamando a las niñas. Dolly contestó con hosquedad. Les hicieron señas para que bajaran de las rocas.

—¿Encontrasteis vuestro tabloncito? —inquirió, con exagerada cortesía el

barbudo. Y el otro se echó a reír.

—No. Se lo llevaron ustedes —respondió con aspereza la niña.

—Claro. ¡Era tan buena idea la vuestra...! Pero no nos gustó —dijo el hombre—. Ahora no podéis escaparos y lo sabéis ya. Conque os permitiremos que permanezcáis aquí, en el patio, sin molestaros. Y cuando llegue la noche, podréis dormir tranquilamente en la cama de abajo, porque nosotros tenemos trabajo que hacer y marcharemos. Pero os prohibimos que subáis a los torreones ni a ninguna otra parte si a eso viene. No pensamos daros ocasión para que hagáis señales pidiendo ayuda. Entended bien que, si nos desobedecéis, os arrepentiréis de haberlo hecho. Probablemente os encerraremos, en ese caso, en una mazmorra que conocemos, que está llena de ratas, de ratones y de cucarachas.

Dolly soltó un fuerte grito. El mero pensamiento la horrorizaba.

—Conque sed unas niñas buenas y obedientes —dijo el barbudo—, y nada os sucederá.

Permaneced siempre donde podamos veros..., en alguna parte de este patio. Y acudid cuando os llamemos. Tenéis provisiones de sobra, ya lo hemos visto. Y en la cocina hay agua, si os molestáis en sacarla con la bomba.

Las niñas no respondieron. Los hombres se alejaron, introduciéndose de nuevo en el castillo.

—¿Qué le estará pasando a Jorge? —murmuró Lucy, después de una pausa—. ¿Se morirá de hambre allá abajo? Ojalá pudiéramos salvarle.

—No tengas miedo, que no pasará hambre —dijo Dolly—. Hay comida en abundancia sobre la mesa y no tiene más que bajar de su pedestal para cogerla. ¡Si pudiéramos mandar aviso a Tassie! Quizás ella consiguiera ayuda. Pero no tenemos manera de mandarle ningún mensaje.

—Supongo que «Kiki» no iría, con un papelito atado a una pata como las palomas mensajeras, ¿verdad? No; estoy segura de que no abandonaría a Jack —murmuró Lucy—. Es un pájaro muy listo; pero sería pedirle demasiado que se convirtiera en mensajero nuestro.

No obstante, un mensajero apareció: un mensajero inesperado en verdad; pero ¡con cuánta alegría le recibieron!

Capítulo XIX

Lucy tiene una idea

Las muchachas rondaron por el patio durante todo el día, sin alejarse mucho del risco para poder hablar con el aburrido Jack, que permanecía en su escondite. Se preguntaron más de una vez cómo le iría a Jorge en la cámara. ¿Le habrían descubierto?

—Es una lástima que hablen esos hombres entre sí en un idioma que no comprendemos —dijo Dolly—. Si hablaran en inglés, Jorge podría enterarse de la mar de secretos estando allí tan cerca de ellos.

—Sí que podría —contestó Lucy—. Pero ojalá no estuviese allá abajo. Si yo me encontrara en su lugar, ¡lo asustada que estaría dentro de una armadura que pudiera hacer ruido al menor movimiento!

—Jorge no estará asustado —dijo Dolly—. Casi nunca se asusta de nada. Seguramente estará disfrutando.

No lo creyó así Lucy, sin embargo. Le pareció una tontería que Dolly dijese cosa semejante. Aunque, claro, Dolly no le tenía tanto cariño a su hermano como ella al suyo. Malo era que Jack se viese obligado a esconderse en aquel matorral tan horrible; pero ¡peor hubiese sido que se hallara en la cámara oculto con aquellos hombres, expuesto a que le descubriesen en cualquier momento!

—¡Anímate! —le susurró Jack desde su escondite, viendo su expresión de tristeza—. Ésta es una aventura, ¿sabes?

—Las aventuras sólo me gustan después de que han pasado —contestó Lucy—. No me gustan mientras suceden. Yo no quiero esta aventura poco ni mucho. No la buscamos. ¡Parece como si hubiésemos caído, sin más ni más, en pleno jaleo!

—Bueno; tú no te alarmes. Supongo que todo acabará bien —la consoló su hermano.

Pero la pobre Lucy no veía cómo podía acabar bien aquello. Estaba bien claro que ninguno podría salvarles.

Tomaron el té en el risco, pasándole la comida por entre las ramas a Jack, que se sentía entumecido ya y estaba deseando salir a estirar las piernas. Pero no se atrevía. Era preferible aguardar a la noche para hacerlo.

Empezó a ponerse el sol. «Kiki», aburrido de su largo encierro, se volvió charlatán. Las niñas le dejaron hablar, vigilando entretanto por si aparecieran los hombres y le oían.

—Pobre «Kiki». ¡Qué lástima, qué lástima, qué lástima! ¡Poned el escalfador al fuego! ¡Dios salve al rey! ¡Vamos, vamos, vamos, atención, por favor! Sentaos

derechos. ¿Cuántas veces he de deciros que no deis silbidos?

Las niñas rieron. «Kiki» tenía mucha gracia cuando hablaba sin parar, porque empleaba cuantas frases conocía, pronunciándolas todas atropelladamente, una tras otra, fundiéndolas entre sí de una manera desconcertante.

—¡Buen chico, «Kiki»! —dijo Jack, rascándole la cabeza—. Estás aburrido, ¿verdad? No te preocupes, volarás un rato por ahí cuando anochezca. ¡No te pongas a imitar locomotoras o harás que nuestros enemigos salgan corriendo a ver qué pasa!

El sol descendió más hacia el ocaso. Las sombras empezaron a alargarse y, por fin, se hizo el crepúsculo en todo el patio. Las estrellas salieron una por una, pinchando la bóveda celeste aquí y allá.

Los hombres salieron: dos de ellos juntos. Llamaron a las niñas.

—¡Eh, nenas! ¡Más vale que bajéis o dormir!

—No nos importa la oscuridad. Nos quedaremos un poco más —gritó Dolly, que quería dar una vuelta por el patio con Jack antes que ella y Lucy se retiraran a la habitación secreta.

—Bueno, pues bajad dentro de media hora —dijo el barbudo—. Será noche cerrada para entonces, y estaréis mejor dentro.

Desaparecieron. Dolly bajó de las rocas y les siguió, silenciosa. Los vio bajar por los escalones de la cámara oculta. Luego percibió el rechinar de la piedra al ocupar nuevamente su sitio. Regresó corriendo al patio.

—Vamos, Jack —susurró—. Los hombres han bajado a la habitación subterránea y casi es de noche del todo ya. No correrás peligro saliendo.

Encantado de poder salir de su incómodo escondite, el niño se abrió paso entre los pinchos. Se puso en pie con alivio, y estiró los brazos por encima de la cabeza.

—¡Troncho! ¡Qué entumecido estoy! —dijo—. Andad, vamos a dar un paseo andando aprisa. La curiosidad es ya demasiado grande para que me vean.

Echaron a andar, cogidos del brazo. No habían cruzado más de medio patio, cuando algo surgió de las sombras y se lanzó sobre ellos, casi derribando al niño. Se detuvo con sobresalto.

—¿Qué es esto? ¿Dónde está mi lámpara?

La encendió aprisa, apagándola de nuevo en seguida, por si alguno de los hombres se hallaba en la vecindad. Exhaló una exclamación:

—¡Es «Botón»! ¡Nuestro querido «Botón»...! ¿Cómo llegaste aquí? ¡Cuánto me alegro de verte!

«Botón» hizo ruiditos de felicidad, rodó por el suelo como un perrito, lamió a las niñas y a Jack, y dio toda clase de muestras de estar loco de contento. Pero no hacía más que correr hacia un lado y volver y los otros comprendieron que había acudido en busca de su amito Jorge.

—No puedes ir con Jorge, «Botón» —le anunció Jack, acariciando al cachorro—.

Tendrás que conformarte con nosotros; Jorge no está aquí. Lo tenemos muy bien escondido.



El cachorro soltó una especie de ladrido y «Kiki», posado en el hombro de Jack y poco contento, por lo visto de que «Botón» hubiera llegado, imitó inmediatamente el ladrido. «Botón» saltó, intentando alcanzarle, pero no pudo. «Kiki» hizo un ruido burlón que hubiese enfurecido al zorrito, de haberle éste comprendido. Pero afortunadamente no lo comprendió.

—¡Jack! ¡Tengo una idea! —exclamó Lucy, asiendo del brazo a su hermano.

—¿Cuál?

—¿No podemos usar a «Botón» como mensajero? ¿No podemos mandarle otra vez a Tassie con una nota pidiéndole que consiga ayuda? Es seguro que «Botón» volverá a su lado al no encontrar a Jorge porque, después de Jorge, es a ella a quien más quiere. ¿No podemos hacer eso?

—¡Jack! ¡Es una buena idea la de Lucy! —exclamó Dolly, excitada—. «Botón» es el único de nosotros que sabe cómo salir de aquí. Podría ser nuestro mensajero.

Jack reflexionó.

—He de reconocer —dijo por fin— que la idea parece buena y que vale la pena intentarlo. Nada se perderá con ello, por lo menos. Bueno, «Botón» será nuestro mensajero.

Sacó del bolsillo un librito de notas, arrancó una página, escribió unas palabras en

lápiz y se las leyó a los otros.

«Tassie, estamos prisioneros aquí. Obtén ayuda tan aprisa como puedas. Es posible que nos encontremos en grave peligro».

Lo firmaron todos. Luego el niño dobló el papel y se preguntó cómo se las arreglaría para que la llevase «Botón». Por fin se le ocurrió un medio. Tenía un trozo de cuerda en el bolsillo. Empezó por atar bien la nota y envolverla en el cordel, luego sujetó éste al cuello del cachorro, todo lo fuerte que pudo porque sabía que si la dejaba un poco suelta, el animal acabaría quitándosela.

—Vaya —dijo por fin, satisfecho con su obra—. No creo que «Botón» pueda deshacerse de eso. Y la nota va bien sujeta. Le he hecho una especie de collar, con el papel delante, debajo del hocico.

—Vuelve a Tassie, «Botón» —dijo Lucy.

Pero «Botón» no la comprendió. Seguía confiando que aparecería Jorge, y no quería marcharse sin haberle visto. O, mejor aún, se quedaría con él si era posible. Conque corrió de un sitio Dará otro buscando a su amo, deteniéndose de cuando en cuando para quitarse aquel engorro del cuello, sin lograrlo.

De pronto uno de los hombres gritó una llamada, haciendo dar un brinco de sobresalto a todos.

—¡Entrad ya, niñas!

—Buenas noches, Jack. Es preciso que nos vayamos —susurró Lucy, dándole un abrazo a su hermano—. Espero que no posarás demasiado incómoda la noche. Llévate algunas de nuestras mantas al matorral cuando te retires a dormir.

—No volveré a ese maldito matorral hasta Dios sabe cuándo —contestó Jack, que estaba ya harto de su escondite y hubiese querido no volverlo a ver—. Buenas noches. No os inquietéis por nada. En cuanto «Botón» vuelva a Tassie, ella se encargará de buscar ayuda.

Las niñas le dejaron en el oscuro patio. Entraron en el vestíbulo. Vieron la débil luz del quinqué brillar en la cámara secreta. Bajaron los escalones de piedra y echaron una rápida mirada a su alrededor. ¿Seguía Jorge metido en la armadura? Les era imposible saberlo. Estaban todas colocadas en su sitio, pero no había manera de averiguar si Jorge ocupaba una de ellas.

—Os vamos a encerrar aquí —dijo el de las enmarañadas cejas, más feo que nunca su rostro a la luz del quinqué—. Podéis usar esa cama para dormir. Os volveremos a ver por la mañana.

Subió la escalera y luego la piedra giró hasta tapar el agujero. Las niñas estaban prisioneras de nuevo. Permanecieron unos segundos escuchando. No se oía nada.

—¡Jorge! —susurró Lucy, mirando hacia la armadura en que le viera la última vez—. ¿Estás ahí? ¡Háblanos!

—Aún estoy aquí —respondió el niño, sonando extrañamente hueca su voz—.

Mas espero que jamás tendré que pasar otro día como éste. Voy a salir de esta armadura. ¡No puedo soportarla un instante más!

—Oh, Jorge, ¿tú crees que eso es prudente? —exclamó Dolly con ansiedad—. ¿Y si volviesen esos hombres?

—No creo que lo hagan. Pero, si vuelven, lo siento, porque no puedo remediarlo. Estoy desesperado. Tengo entumecidos todos los miembros. Estoy cansado de estar quieto. Y he tenido que hacer esfuerzos para no estornudar, tres veces por lo menos. La tensión ha sido terrible.

Sonó un ruido metálico al empezar el niño a salir de la armadura, cosa que hizo con bastante torpeza, porque estaba muy entumecido.

—Lo peor del caso fue que mi sapo no pudo aguantar esto, y se escapó por una ranura y se puso a correr y a saltar de ahí —dijo Jorge—. Los hombres le vieron, y quedaron la mar de sorprendidos.

Dolly se puso a mirar inmediatamente a su alrededor en busca del sapo, temiendo que se hallara cerca de ella.

—¡Pobre Jorge! —murmuró Lucy, acudiendo en su ayuda—. Debes haber pasado un día terrible.

—Así es. Pero ¡no me hubiera perdido por nada del mundo! ¡Troncho! ¡La de cosas que he descubierto! Por ejemplo: hay una salida secreta de esta cámara..., ¡detrás de ese tapiz!

—¡Oh! —exclamó Lucy, contemplando el tapiz como si esperara verse abrir ante sus ojos una puerta secreta—. ¿De veras? ¿Cómo lo sabes?

—Ya os lo contaré todo cuando me quite esta armadura. ¡Caramba! ¡Dios quiera que no vuelva a tenérmela que poner! No podéis imaginaros el calor que hace dentro. Vaya..., ¡ya estoy fuera, gracias a Dios! Ahora, permitidme que me estire un poco.

—Y, luego, cuéntanos todo lo que ha ocurrido aquí hoy —dijo Dolly, ansiosa de saberlo—. ¡Apuesto a que tienes cosas emocionantes que contarnos!

Y no se equivocaba, como no tardaremos en ver.

Capítulo XX

El singular relato de Jorge

—Más vale que nos echemos en la cama por si vuelven esos hombres —dijo Dolly—. ¿Qué harás si eso sucede, Jorge?

—Oiré rechinar la piedra y saltaré de la cama y me meteré debajo —contestó el niño—. No creo que sospechen que hay ninguna otra persona aquí. Y no es probable que se les ocurra de pronto hacer un registro en plena noche.

Había sitio de sobra para todos en el enorme lecho. El colchón era de edredón y, después de la dureza de la armadura, a Jorge aquello le pareció gloria. Dio principio a su relato en seguida.

—¿Recordáis cuando subisteis solas los escalones y me dejasteis aquí? —dijo—. ¡Estaba furioso por la forma en que os habían hablado, pero no podía hacer nada, claro está! Me quedé quieto Dios sabe cuánto rato y, al cabo de un tiempo, los tres hombres bajaron, cerraron la entrada tras ellos, y se sentaron a la mesa.

—¿Pudiste comprender su idioma? —preguntó Lucy.

—No, por desgracia. Sacaron mapas y se pusieron a trazar cosas en ellos, pero no pude ver de qué se trataba. Por poco perdí el equilibrio por mis esfuerzos por ver.

—¡El susto que les hubieras dado de haberte caído de narices! —rió Dolly—. Menos mal que no te ocurrió eso, sin embargo.

—Bueno, pues estuvieron sentados la mar de tiempo hablando y consultando los mapas y luego comieron opíparamente. Abrieron un montón de latas. Se me hacía la boca agua viéndoles.

—¡Pobre Jorge!... ¿No has comido nada? —le preguntó Lucy.

El niño movió afirmativamente la cabeza.

—No te preocupes. En cuanto los hombres desaparecieron escalera arriba y cerraron el agujero, bajé de mi pedestal y acabé con todo lo que habían dejado. Tuve que confiar en que no se darían cuenta de que había desaparecido. Pero tenía tantas ganas de comer y de beber, que me tuvo sin cuidado lo que sucediese. No sabéis lo raro que resultaba ver todas las demás armaduras alrededor. ¡Casi esperaba que se acercaran a hacerme compañía!

—¡No digas esas cosas! —exclamó Lucy, con cara de susto.

Contempló con los ojos muy abiertos la hilera de armaduras y se las imaginó de pronto en ruidoso movimiento.

Jorge se echó a reír y le dio a Lucy un golpecito cariñoso.

—Me costó la mar de trabajo beber —dijo—. No podía echar la cabeza hacia atrás bien con todo ese hierro puesto. La mitad se me cayó dentro, y quedé espantado

ante la posibilidad de que me salieran charcos de los pies cuando volviera a mi sitio.

Las niñas no pudieron menos de reír. Jorge sabía contar las cosas bien, de suerte que les parecía estar viendo todo lo que relataba.

—Bueno, pues regresé a mi pedestal sintiéndome mucho mejor, y no llevaba más de veinte minutos allí, cuando volvieron los hombres. Entonces sucedió algo extraordinario.

—¿Qué? —preguntaron las niñas a coro, conteniendo el aliento.

—¿Veis ese tapiz..., el de los caballos y los perros? —dijo Jorge, señalando—. ¿El que está enfrente mismo de mi armadura? Bueno, pues, ¡hay una puerta secreta detrás! —Hizo una pausa mientras las niñas contemplaban el tapiz y volvían a mirarle a él—. Los hombres charlaron un rato. Luego uno de ellos se acercó al tapiz. Lo alzó y lo colgó en ese clavo que veis, para sujetarlo. Lo vi todo perfectamente por la visera. Al principio no comprendí qué era lo que estaba haciendo, porque la pared parecía de piedra muy sólida en toda su gran extensión.

—Y..., ¿no lo era? —inquirió Lucy, excitada.

—No. Parte de ella no es más que una losa delgada, no gruesa y sólida como el resto de las paredes. ¡Y se descorre! Cuando se hubo descorrido, el hombre se metió en el hueco que quedaba y tanteó la pared de dentro. En uno de los lados del hueco había una puerta que abrió. Y, ¡los tres se marcharon por ella!

—¡Cielos! —exclamó Dolly—. ¿Adónde fueron?

—No lo sé —contestó Jorge—. Pero ¡daría cualquier cosa por saberlo! Aquí hay un secreto..., un misterio muy grande. Estos hombres no están haciendo nada bueno. ¿Por qué han de venir unos extranjeros..., porque dos de ellos son extranjeros, se les conoce por el acento..., para qué han de venir unos extranjeros a un sitio solitario como éste y esconderse, y celebrar reuniones, y usar habitaciones y puertas secretas?

—¿Quieres que veamos adónde conduce la puerta? —le preguntó Dolly, dominada por la curiosidad.

—No, no lo hagamos —atajó Lucy, que ya consideraba haber pasado suficiente emociones en un solo día.

—Eres una criatura —anunció Dolly, con desdén.

—Eso no es verdad —dijo Jorge—. Lo que pasa es que no tiene tanta resistencia como tú ni es tan dura. Sea como fuere, creo que sería un error meternos detrás de ese tapiz ahora. Si los hombres regresaran y vieran que habíamos descubierto su puerta secreta. Dios sabe lo que serían capaces de hacer. ¡A lo mejor no volvía a saberse más de nosotros!

Dolly guardó silencio. Tenía unas ganas enormes de ponerse a explorar detrás del tapiz. Pero sabía que tenía razón Jorge. Debía aguardar. Empezó a contarle cómo habían pasado el día en el patio con Jack. Jorge se alegró mucho de que a Jack no le hubiesen atrapado.

—Bueno, pues son dos las personas de cuya presencia aquí no tiene noticia esa gente —dijo—: Jack y yo. Eso es bueno. Mientras crean que sólo tienen que habérselas con dos niñas, no estarán muy en guardia.

Le habló a continuación Dolly del mensaje mandado a Tassie. Jorge escuchó pensativo. Y se les fue el alma a los pies cuando luego observó:

—La idea era buena; pero me temo que de nada ha de servir. ¡Habéis olvidado que Tassie no sabe leer ni escribir!

Las dos niñas se miraron, consternadas. Sí que se habían olvidado de eso. Naturalmente, Tassie no tendría la menor idea de lo que aquella nota significaba. ¡Qué golpe! Lucy puso cara compungida al pensar que su buena idea no había sido una idea tan buena después de todo. Jorge la rodeó con un brazo y le dio un apretoncito amistoso.

—No te preocupes. Quizá tenga Tassie el sentido común de enseñarle la nota a alguien que sepa leer. ¡Anímate!

La conversación aquella había requerido tiempo. Las niñas empezaron a tener sueño. Los tres habían hablado sentados encima de la cama. Lucy se echó y cerró los ojos. Dolly y Jorge charlaron un rato más, y luego se echaron también. Jorge, cansado tras el largo día dentro de la armadura, se durmió profundamente en seguida.

Dolly se despertó de pronto dos o tres horas más tarde al oír rechinar la piedra de la entrada. Al principio no reconoció el ruido; luego, de pronto, comprendió lo que era. Todos los sucesos del día se le agolparon a la mente en un instante. Ni Jorge ni Lucy se despertaron. Dolly sacudió al muchacho con desesperación.

—¡Jorge! —susurró—. ¡Despierta! ¡Aprisa! ¡Métete debajo de la cama! ¡Están aquí!

El niño rodó de la cama medio dormido y se metió debajo en el preciso momento en que bajaba el primer hombre la escalera. Dolly se quedó quieta, como si durmiera. Lucy no se movió.

El hombre, que había oído el ruido hecho por Jorge al caer de la cama, miró en dirección al lecho con desconfianza. Subió la mecha del quinqué, que se había consumido casi, y se acercó. Casi tocó con la puntera del zapato al muchacho agazapado debajo de la cama. Retiró las pesadas cortinas que colgaban del dosel y contempló a las niñas. A Dolly le pareció que el hombre debía darse cuenta de que ella estaba despierta. Las miró a las dos unos segundos, y luego dejó caer nuevamente los cortinajes. Evidentemente supuso que estaban dormidas de verdad. Ni por un momento se le ocurrió pensar que pudiera haber un niño junto a sus pies.

Dolly, atisbando por entre las pestañas, vio que había cinco hombres allí, dos de los cuales no habían visto antes. Hablaban un idioma que ella no era capaz de comprender. Uno de los que ya conocía abrió el cajón de una cómoda y sacó un rollo de mapas que echó sobre el centro de la vieja mesa. Luego fueron extendiendo uno

por uno los mapas, discutiéndolos al parecer. Por último los volvieron a guardar y echaron la llave al cajón. Con gran alegría de Dolly, el de las enmarañadas cejas alzó a continuación el tapiz de una de las paredes y dejó al descubierto el lugar en que se hallaba la puerta secreta. Uno de los hombres le posó la mano en el brazo, diciéndole algo en voz baja y señalando con la barbilla hacia la cama. Después cruzó rápidamente el cuarto y juntó los gruesos cortinajes, de suerte que Dolly ya no pudo ver nada más. ¡Qué rabia! No se atrevió a atisbar por una rendija porque estaba segura de que la verían si lo intentaba.

Ya no pudo, después de eso, hacer otra cosa que estarse quieta y escuchar, preguntándose qué estaría sucediendo. Oyó el ruido de algo que resbalaba, un chasquido, un golpecito, y el sonido de una llave que giraba en una cerradura. Luego percibió las voces de nuevo. A continuación, llegó a sus oídos rumor de pisadas en la escalera, y arriesgó una mirada para ver de quiénes se trataba. Eran los tres hombres conocidos. Los otros evidentemente, habían marchado por la puerta secreta adonde ésta condujera. Resultaba la mar de misterioso todo. Rechinó la piedra. Se hizo el silencio. Dolly asomó la cabeza. No había nadie en la cámara. El tapiz volvía a colgar como antes de la pared. Llamó quedamente a Jorge, que salió de debajo de la cama.



—No despiertes a Lucy, porque se asustará y será incapaz de volverse a dormir —susurró el niño—. ¿Viste mucho, Dolly?

—Bastante —repuso ella, contándose lo.

Jorge la escuchó atentamente.

—¡Cinco hombres ahora! —murmuró—. ¿Qué estarán haciendo? Ya ves, Dolly, como era mucho mejor no andar enredando con la puerta secreta esta noche. ¡Nos hubieran pescado si llegamos a hacerlo!

—Es verdad. Jorge, ¿qué crees tú que hacen aquí?

—No lo sé. Si pasáramos por la puerta esa y descubriéramos adonde conduce, quizá descubriéramos su secreto. Pero hemos de esperar y no meternos de cabeza en las cosas sin pararnos a reflexionar.

—Yo no creo que vuelvan ya, ¿qué te parece? ¿Crees que será mejor que duermas debajo de la cama por sí acaso? Hiciste la mar de ruido al bajar.

—Quizá sea mejor —asintió el niño.

Quitó una de las mantas de la cama, y se metió debajo de ésta, instalándose lo más cómodamente posible.

—¿Vas a ponerte la armadura otra vez mañana? —preguntó de pronto Dolly.

—¡Quiá! Me esconderé debajo de la cama. Estoy seguro de que a los hombres no se les ocurrirá buscar a alguien que no saben que está aquí. ¡No siento ganas de volver a ver una armadura en mi vida! No sabes tú lo incómodas que son.

Se durmieron otra vez, y ya nada turbó su sueño en toda la noche. No podía saberse allá abajo si era de día o no, pero el reloj de Dolly marcaba las siete y media cuando despertó. El malhechor entró en la habitación.

—Bueno —dijo—, podéis pasar ya el resto del día fuera. ¡Pero ojo con alejaros! Queremos que estéis siempre al alcance de nuestras llamadas. Os ocurrirá algo muy desagradable como no hagáis lo que os digo.

Capítulo XXI

Transcurre otro día

Jack se sintió muy solo después de bajar las niñas a la cámara a pasar la noche. Se quedó en el patio con «Kiki», aburrido a más no poder.

«Espero que estarán bien ahí abajo las niñas —pensó—. ¡Ah, hola, “Botón”! ¿Aún estás aquí? ¿Por qué no vuelves a Tassie? No podrás llegar hasta donde está Jorge».

El cachorro lloriqueó y se frotó la cabeza contra la pierna del niño, pidiéndole, tan claramente como podía hacerlo un cachorro de zorra, que le condujese adonde se encontraba su muy querido Jorge.

—Escucha: tú vuelve a Tassie con esa nota —dijo Jack, sin acordarse aún de que Tassie no sabía leer—. Anda, «Botón». Una vez llegues a Tassie, se nos arreglarán las cosas porque, en cuanto lea el mensaje, irá en busca de ayuda.

«Botón» se quedó con Jack en el patio casi toda la noche. No perdía la esperanza de encontrar a su amo, y de cuando en cuando marchaba a dar una vuelta en su busca. «Kiki» le trataba con desdén, pero el cachorro no le hizo el menor caso.

Salió la luna, iluminando de una forma rara el lugar. Ululó un búho, y «Kiki» le imitó inmediatamente y a la perfección. El búho voló al patio para buscar al que le había contestado, con gran delicia de «Kiki», que corrió ululando quedamente de un sitio a otro. El búho quedó asombrado de encontrar lo que debió antojársele una verdadera legión de mochuelos que le llamaban desde distintas direcciones. Jack se divirtió de lo lindo.

De pronto vio a los tres hombres a corta distancia y se alegró de no haber andado rondando por ahí, pues, de haberlo hecho, le hubiesen descubierto sin dudar.

Se deslizó por las sombras pegado al muro, hasta acercarse a la enorme puerta que daba a lo que antaño fuera el camino del castillo. Se sentó junto a un matorral grande, sabiendo que éste le ocultaría por completo. De pronto dio un brinco de sobresalto, y se quedó boquiabierto, como si no pudiera dar crédito a sus ojos. ¡La enorme puerta se estaba abriendo! Giró sin hacer el menor ruido y, donde antes estuviera, veíase ahora un ancho espacio iluminado por la luna, portal que daba al mundo exterior.



Medio se levantó, pero volvió a sentarse. Dos hombres entraron en el patio y entonces la puerta volvió a cerrarse silenciosamente tras ellos. Sonó un fuerte chasquido, y los dos individuos pasaron muy cerca del niño. No le vieron, porque se hallaba en las sombras. Se aplastó como un sapo contra el suelo. Aquellos hombres se reunieron con los que aguardaban y entraron todos juntos en el castillo. Jack supuso que se dirigían a la cámara secreta, y no se equivocó en ello. En cuanto hubieron desaparecido se acercó rápidamente a la puerta de la muralla. ¡Si pudiese abrirla! ¡Si lograra salir y bajar la colina, aunque fuera por el peligroso sendero obstruido! Después de todo, por allí debían de haber llegado los desconocidos.

Buscó a tientas y encontró una anilla grande de hierro. La retorció hacia la derecha y hacia la izquierda; pero la puerta no se abrió.

«¡El chasquido que oí debió ser el de una llave! —pensó con rabia—. Es imposible salir. ¡Y ahora qué! ¡Quizá, de haber estado más cerca, hubiera podido escaparme sin ser visto cuando entraban ellos! No hubiese importado que me vieran, porque hubiera echado a correr colina abajo antes de que pudieran detenerme».

Se sentó junto a la puerta, chasqueado.

—Aguardaré aquí, en las sombras, hasta que vuelvan. Saldré entonces con ellos. Quedarán tan sorprendidos, que a lo mejor ni les da tiempo a levantar una mano para pararme.

Conque allí permaneció horas y horas, quedándose casi dormido. Pero los hombres no volvieron.

Dolly hubiese podido decirle por qué. Habían salido por la puerta secreta oculta tras el tapiz. Los otros tres se hallaban en el castillo.

Cuando, allá por oriente, empezó a platearse el horizonte, comprendió que había llegado el momento de regresar al matorral. Tenía a «Kiki» sobre el hombro, profundamente dormido. El loro se había cansado del búho muchas horas antes. «Botón» había desaparecido también. No le había visto marchar. Se había olvidado de él por completo al ver abrirse la puerta. Se preguntó dónde habría ido a parar.

«Dios quiera que haya vuelto con Tassie —pensó—. Podemos esperar auxilio durante el día de hoy si lo ha hecho. ¡Ya va siendo hora! Estoy harto de este lugar. No queda ningún águila ya. Y las dos niñas están en peligro, sin contar al pobre Jorge. ¿Cómo le habrá ido a él? Quizá me lo digan hoy las muchachas».

Las niñas salieron de la cámara secreta a eso de las ocho de la mañana, echadas por los tres hombres. Dolly había suplicado a Jorge que se metiera en la armadura antes de que los desconocidos llegaran, sin conseguir que su hermano le hiciera caso.

—Prefiero quedarme debajo de la cama —le repuso, decidido—. Con haber pasado un día completo dentro de un traje tan duro, tengo suficiente y de sobra. Antes caer en manos de esos hombres que pasar otro día así. Metedme algo de comida debajo de la cama, y me quedaré aquí. Siempre me queda el recurso de estirar las piernas cuando no haya nadie en el cuarto.

—Bueno... ¡la fortuna favorece a los audaces! —citó Dolly, que estaba convencida de que, de hallarse ella en el caso de Jorge, haría exactamente igual—. Es una cosa la mar de atrevida esconderse debajo de la cama en que a lo mejor duermen esos hombres hoy. Pero quizás estés seguro ahí. ¡No estornudes, sin embargo!

Al parecer, los hombres tenían la intención de dormir todo el día en aquella cama. Bajaron al cuarto y echaron a las niñas. El barbudo se echó. Los tres hombres parecían cansados y la cara sin afeitar de los otros dos no tenía un aspecto muy agradable.

—Ya os llamaremos esta noche —les dijo el barbudo a las niñas desde la cama, bostezando—. Tomad la comida que queráis de ese montón de botes. Hay un abrelatas encima de la mesa. Ahora, largaos y dejadnos en paz. ¡Sois un par de estorbos!

Las niñas cogieron una lata de sardinas, otra de salmón, otra de melocotones y la cuarta de albaricoques y subieron corriendo la escalera. No bien llegaron al vestíbulo, la losa se cerró tras ellas.

—¡Que duerman bien! —dijo Dolly, burlona.

Y marcharon las dos en busca de Jack. Éste se encontraba en el centro de su matorral, esperándolas.

—¡Jack! ¿Te encuentras bien? Puedes salir un poco, porque los hombres están en la cámara subterránea —le dijo Lucy—. ¿Quieres sardinas... o melocotones? Tenemos las dos cosas.

—¡Hola! —exclamó el muchacho, encantado de verlas—. ¿No hay peligro en que

salga? Bueno, pues ahora voy. Nos sentaremos detrás de esta roca. Tengo ganas de comer algo. ¿No trajisteis galletas cuando vinisteis ayer?

Dolly encontró la lata de galletas e hicieron un cómico desayuno de sardinas, galletas y melocotones, regado todo con gaseosa. Comieron muy a gusto e intercambiaron noticias. Jack escuchó con mucho interés todo lo que Jorge les había dicho.

—¡Un camino secreto detrás del tapiz! —exclamó, con los ojos relucientes—. Pero ¿adónde conduce?

—¡Cualquiera sabe!... Colina adentro con toda seguridad —respondió Dolly, mojando una galleta en el jugo de los melocotones.

—Un momento... ¿en qué lado de la cámara está la puerta secreta? —preguntó Jack—. Ah... frente al sitio en que se colocó Jorge... Bueno, vamos a ver... Eso significa que la puerta conduciría a la colina por la parte de detrás del castillo... ¡Detrás del castillo! ¡Qué raro! ¿Si habrá mazmorras o algo por allí?

—¡Oh! —exclamó Lucy—. ¿Crees tú que tendrán a gente prisionera allí dentro, y que quizá la estén matando de hambre, como hacía el viejo malvado? Oh, Jack, ¿tú crees que puede estar vivo aún ese viejo, y vivir como una araña en su castillo, haciendo todavía cosas malas?

—¡Claro que no, tonta! ¿No te he dicho ya que murió hace muchos años? Quítate esas ideas tan estúpidas de la cabeza. Ahora deja que piense un poco. No quiero que me interrumpas.

Mordisqueó una galleta y meditó unos instantes.

—Sí —murmuró por fin—, creo que no me equivoco. La puerta ésa debe conducir bajo tierra a través de la colina de detrás del castillo. ¡Me gustaría bajar por ese pasadizo y ver qué hay! ¡Apuesto a que lo hará Jorge, tarde o temprano!

—Espero que tendrá suficiente sentido común para no salir de debajo de la cama —observó Lucy—. Puesto que los hombres no hacen más que entrar y salir por estas puertas secretas, podría tropezar sin advertirlo con uno de ellos y caer prisionero.

—¿Se marchó «Botón» anoche? —preguntó Dolly, de pronto—. ¿Dónde está?

—Sí, se marchó por fin. Pero no sé adonde. Dios quiera que haya encontrado a Tassie a estas horas y que haya visto el mensaje.

—Jorge dice que esa nota no va a servir para nada —le anunció Lucy, melancólica—. Nos olvidamos que Tassie no sabe leer.

—¡Repámpano! —exclamó Jack—. Claro que no sabe. ¡Qué estúpidos somos!

—Qué estúpidos, qué estúpidos, qué estúpidos —repitió en seguida «Kiki»—. ¡Pip suena el estúpido!

—Tú no vas a hacer ¡pip!, sino ¡pum!, como comas más melocotones —dijo Jack—. ¿Está vacía la lata, Dolly? Aléjala de «Kiki», por lo que más quieras. Ha estado tragando sin parar mientras nosotros hablábamos.

—¡Pobre estúpido! —dijo «Kiki», compungido, al quitarle Dolly la lata y darle un golpe en el pico.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —preguntó Lucy.

—Y, ¿qué quieres que hagamos salvo esperar?

—Y confiar que Tassie tenga el sentido común de enseñarle el mensaje a alguien —dijo Dolly—. Yo creo que hará eso, por lo menos. Sabe que no puede venir a nosotros ella... o lo sabría si se acercase y viera que el tablón ha desaparecido.

El día transcurrió lentamente. No había nada que hacer, ni siquiera un águila que observar.

—Ojalá pudiera aprovechar el tiempo revelando —suspiró Jack, tocándose el bolsillo para ver si aún llevaba los rollos de película—. Pero no puedo. Tengo unas ganas enormes de ver qué tal han salido las águilas.

No tenían nada que leer. Las niñas pasearon un rato, preguntándose si debían atreverse a subir al torreón y hacer señales desde allí. Pero ¿quién iba a verlas? Nadie más que Tassie, y no sabría qué interpretación darles.

—De todas formas, si subieseis al torreón pudiera castigaros alguno de esos hombres —dijo Jack—. No vale la pena correr el riesgo. Hemos de armarnos de paciencia y esperar a que Tassie nos mande ayuda.

Por fin pasó el día y llegó la noche. Los hombres llamaron a las niñas para que bajaran a la cámara secreta otra vez. Se despidieron apresuradamente de Jack y obedecieron. Tenían demasiado miedo a aquellos individuos para no hacer lo que ellos les mandaron.

Jack no se escondió en el matorral. Cuando anocheció lo bastante, bajó al manantial del pie de la muralla para beber. No se atrevía a entrar en la cocina a hacerlo, por si acaso se encontraba con uno de los desconocidos o le oían éstos achicar agua con la bomba. Se agachó junto al manantial, y luego escuchó, con verdadero asombro. Se oía un ruido la mar de curioso en la especie de túnel por el que el agua desaparecía.

—¡Uuuuf! ¡Au! ¡Uuuuuf!

Y como si algo se arrastrara y raspaba además. Algo subía por el túnel. Jack retrocedió, alarmado. ¿Qué sería aquello, cielos?

Capítulo XXII

Tassie es muy valiente

Reconoció de pronto los inconfundibles ladridos de «Botón» y comprendió que parte del ruido por lo menos lo haría el cachorro. Se inclinó sobre el túnel y encendió la lámpara de bolsillo para atisbar por la estrecha boca. Vio un rostro pálido que le miraba y dio un brinco. ¡Era Tassie! Estaba inmóvil. Pero empezó a reptar de nuevo en cuanto le dio la luz.



—¡Tassie! ¿Qué estás haciendo? ¡Tassie! —exclamó Jack en voz baja, pero lleno de estupefacción.

La gitana no respondió. Se arrastró un poco más, hasta que cabeza y hombros quedaron fuera del túnel. Entonces el niño le dio un tirón y la sacó del todo. «Botón» salió detrás muy desanimado. Tassie le llevaba sujeto con una cuerda y no podía escaparse.

La gitana se sentó, respirando dolorosamente. Encogió las piernas y apoyó en las rodillas la cabeza, incapaz, al parecer, de articular palabra. Jack enfocó en ella la luz. Estaba empapada y sucia a más no poder. Tenía la cara, los brazos y las piernas cubiertas de barro. Temblaba de frío y de susto y Jack la obligó a levantarse y a subir al risco. La instaló detrás de una roca y fue en busca de las mantas. Le hizo quitarse el mojado vestido y envolverse de pies a cabeza en dos mantas. Luego se sentó él a su lado para contribuir a hacerla entrar en calor. «Kiki» se le posó en el hombro, apretando el cuerpo contra la mejilla de la niña. Al cabo de unos instantes, la respiración de la gitana se hizo más regular y se volvió a mirarle a Jack, intentando sonreír.

—¿Dónde está Jorge? —susurró por fin.

—Con las niñas —repuso Jack, no queriendo decirlo todo de golpe—. No te alarmes todavía. Recobra el aliento. Estás agotada.

La rodeó con el brazo y sintió cómo le sacudían el cuerpo los violentos latidos del corazón.

¡Pobre Tassie! ¿Cómo había llegado a quedarse tan exhausta? Pero se rehízo pronto al entrar el cuerpo en calor. Se apretó contra Jack.

—¡Tengo un hambre! —dijo.

Jack le dio galletas y salmón de la lata. Luego se bebió lo que quedaba del jugo de los melocotones, mientras «Kiki» imitaba el ruido que hizo al tragar.

—Ahora me siento mejor —dijo—. ¿Qué ha estado sucediendo, Jack?

—Dime tú a mí unas cuantas cosas primero. Y no alces la voz. Hoy enemigos cerca.

Aquello era una noticia que por lo visto, no había esperado la niña. Se le abrieron desmesuradamente los ojos. Miró a su alrededor, atemorizada.

—¿Es ese viejo malvado? —quiso saber.

—¡Claro que no! —repuso Jack—. Tassie, ¿te llevó «Botón» la nota?

—Sí, Jack —contestó ella—. Pero antes conseguí escaparme ayer y vine a pasar unas horas con vosotros y... ¡oh, Jack! ¡El tablón no estaba! ¿Adónde ha ido a parar?

—¡Eso es lo que yo quisiera saber! Bueno, y ¿qué hiciste entonces?

—Volví a casa. Ya estaba angustiada por vosotros. Esta mañana llegó «Botón». Vi el collar del cordel y la carta que alguien le había atado al cuello.

—Sigue.

—Pues... yo no sabía leerla —anunció la gitana, con lágrimas en la boca—; y no había nadie a quien preguntárselo. Mi madre estaba enfadada conmigo y la señora Mannering se había marchado. No me gustaba ir a la granja con ella. Conque se me ocurrió de pronto atar a «Botón». Cuando volviese al castillo en busca de Jorge, yo le seguiría y vería por dónde entraba.

—¡Buena idea! —exclamó Jack.

Y Tassie puso cara de contento.

—Conque encontré una correa vieja y se la sujeté al cuello. Y adonde fue el cachorro durante el día, fui yo también. Se enfureció una barbaridad. ¡No hacía más que intentar arrancarse la correa con los dientes, y hasta intentó morderme a mí también!

Jack acarició al cachorro, que yacía tranquilamente a su lado.

—Él no comprendía lo que estaba sucediendo —explicó—. Bueno... y te condujo aquí por fin, ¿verdad?

—Sí. Después de haber vagado millas y millas por la colina, subiendo y bajando, bajando y subiendo, hasta agotarme por completo —jadeó Tassie—. Cuando cayó la noche, decidió subir a buscar a Jorge otra vez... ¡y salió disparado como una flecha entonces!

—Me lo figuro. ¡Pobre «Botón»! ¡Debe estarse preguntando dónde se habrá metido Jorge!

—Bueno, pues me arrastró tras él y me hizo subir hasta el manantial. Por debajo del castillo pasa por un túnel estrecho... la mar de estrecho o veces... y, ¡oh, Jack, cruza por debajo mismo de la muralla! ¡Imagínate! Y sale por el otro lado.

—Y, ¿te arrastraste tú por él todo ese camino? —exclamó Jack, estupefacto—. ¡Qué maravillosa eres, Tassie! Pero ¿no te caía el agua encima todo el rato?

—Sí... y casi me ahogaba a veces. Y, ¡estaba tan helada! Pero la mayor parte del camino no estaba mal. Atravesaba la roca, que se había desgastado, y el agua corría por una especie de surco, y había espacio para que pudiera arrastrarme mejor. Era al principio y al fin, donde desemboca en el patio del castillo, allí se estrechaba una barbaridad. Una de las veces me encallé. No podía subir ni podía bajar... ¡y creí que a lo mejor me tendría que quedar allí para siempre, porque sería lo más probable, que nadie sabría dónde estaba!

—¡Pobre Tassie! —exclamó Jack, dándole un apretoncito cariñoso—. ¡Eres una niña muy valiente! ¡Aguarda a que Jorge se entere de todo esto! ¡Dirá que eres maravillosa!

La gitana se puso radiante de alegría. ¡Ojalá estuviese Jorge contento de ella! Había acudido en su ayuda. Y ahora, a su vez, interrogó con ansia al niño, deseosa de saber lo que les había ocurrido a sus cuatro amigos desde que los viera el último día.

Jack le contó la historia. Ella le escuchó con alarma y con asombro. Jorge escondido en una armadura antigua... en una cámara secreta... las niñas prisioneras allá... hombres crueles que vagaban furtivamente sin que nadie supiera por qué... pasadizos secretos... ¡si aquello era como un sueño! Pero, por lo menos, allá estaba Jack con «Kiki», sano y salvo.

—¿Podrías arrastrarte por el túnel conmigo en busca de ayuda? —dijo Tassie.

—Eso es precisamente lo que pensaba hacer —contestó Jack—. Creo que valdrá

más que marche esta noche y no esperar a las niñas. En cualquier caso, me temo que ninguna de las dos podría bajar por ese túnel. Se morían de miedo y una de ellas pudiera encallarse. Más vale que vaya a buscar ayuda lo antes posible. Tú puedes quedarte aquí y decirles a las niñas lo que ha ocurrido. Te escondes en el centro del matorral hasta que salgan mañana por la mañana.

Tassie suspiró de alivio. No tenía el menor deseo de volver por aquel terrible camino otra vez.

¡Soñaría con aquello mientras viviese! Tampoco quería quedarse sola en el patio durante la noche en realidad. Pero Jack dijo que la dejaría con «Kiki» y «Botón», y que podrían dormir todos juntos en el matorral.

—Conque sé buena chica y haz eso. Quizá veas a Jorge mañana también. ¡Lo sorprendido que va a quedar al conocer tus aventuras!

Tassie, envuelta en las mantas aún, acompañó a Jack al lugar próximo a la muralla donde el manantial se introducía por el túnel. Jack se maravilló de que pudiera nadie arrastrarse túnel abajo, cuando más túnel arriba, dándole en la cara el agua todo el rato.

—Vuelve inmediatamente al matorral con «Botón» y con «Kiki», envuélvete bien en las mantas, y duerme —dijo el niño—. No le dejes a «Kiki» verme desaparecer por aquí, o querrá seguirme.

Conque Tassie regresó obediente al matorral y se introdujo en el centro. Se hizo un ovillo dentro de las mantas, como un animalito, con «Botón» a los pies y «Kiki» encima, aguardando a Jack. Confió en que el loro no se iría en cuanto viera que Jack no regresaba. ¡A lo mejor armaría un escándalo terrible cuando se diera cuenta de que su amo había desaparecido!

Jack se metió de cabeza en el agua fría. Entró en el túnel. Olía a humedad. Arrastró el cuerpo, usando manos y codos como palanca. Distaba mucho de ser aquello agradable.

«Lástima que no encontrase “Botón” otro medio de entrar y salir del castillo —pensó—. ¿Cómo pudo Tassie subir por aquí, dándole el agua en la cara la mitad del tiempo? ¡Es una verdadera heroína!».



Cuando hubo recorrido un trecho, el túnel de tierra se hizo de roca dura. Supuso que se hallaría debajo de la muralla ya. El túnel se ensanchó considerablemente, y el niño se sentó en una repisa a descansar. Estaba preocupado por los rollos de película. Los había envuelto cuidadosamente en un sombrero impermeable que uno de los niños llevara al castillo, atadas bien prietas las cuerdas. Sería un verdadero desastre que se echaran a perder las preciosas fotografías.

Empezó a tiritar de frío, porque estaba ya empapado de agua. Mientras estaba arrastrándose, tenía calor, porque el trabajo era duro; pero en cuando se detenía, el frío se apoderaba de él y temblaba como una hoja.

Reanudó la marcha. La oscuridad era completa y tenía que avanzar a tientas. Siguió arrastrándose por el acuoso pasadizo, contento cuando éste se presentaba ancho y alto, lleno de ansiedad cuando se estrechaba, casi impidiéndole todo avance. Le pareció que transcurrían horas antes de que llegara a la salida. Pero ¡la alcanzó por fin! Salió y se sentó, jadeando, en un brezal. Confió que jamás, mientras viviese, tendría que arrastrarse por un túnel como aquél. Estaba seguro de que las niñas se hubieran quedado encalladas por el miedo, sin poder avanzar ni retroceder al cabo de un rato. Había hecho bien en decidir que no utilizaran ellas aquel camino.

Empezó a tiritar de nuevo y se puso en pie. Le entrecrocaban las rodillas. No estaba tan exhausto como Tassie, pero la faltaba poco.

«Pescaré un resfriado formidable si no entro en calor», pensó, al iniciar el descenso de la colina, encantado de que brillara la luna.

Avanzó dando traspies, buscando con avidez su mirada Spring Cottage cuando llegó al camino que a la casa conducía. Sí, allá estaba, negra, al destacarse contra la luz de la luna, plateada y brillante su techumbre.

De pronto se detuvo. Había visto algo que se le antojaba extraño.

«¡Humo!... ¡Sale humo de la chimenea! —se dijo, apoyándose contra un árbol—. ¿Qué significa eso? ¿Es posible que tía Allie esté de vuelta? No. Lo hubiera sabido Tassie. Pero entonces, ¿quién ha encendido la cocina? ¿Quién está allí? ¿Será posible que uno de esos hombres haya bajado a ver si descubría algo relacionado con las niñas?».

Se acercó cautelosamente a la casita. Llegó al jardín. ¡Brillaba una luz en una de las ventanas! Se aproximó de puntillas, perplejo y lleno de ansiedad. Atisbo con cuidado. Había alguien sentado en un sillón de respaldo alto y de espaldas a Jack. ¿Era la señora Mannering? De pronto se elevó por encima del sillón una nube de humo, ¡humo espeso de pipa!

—Es un hombre —murmuró para sí el muchacho—. ¿Quién será?

Capítulo XXIII

Unas cuantas sorpresas

Jack permaneció Junto a la ventana, tiritando. ¡Si aquel hombre se levantara siquiera! Podría ver entonces si se trataba de alguno de los del castillo. Pero ¿cómo se atrevía a entrar en la casa de aquella manera?

Decidió entrar sigilosamente en la casa y atisbar por una rendija de la puerta de la cocina. Así podría ver quién ocupaba el sillón. Conque, tiritando aún tanto de excitación como de frío, se dirigió al otro lado, donde se hallaba la ventana de su alcoba. Si estaba abierta, sabía que podría gatear por un árbol vecino y saltar dentro. Sí que estaba abierta; una rendija nada más. Pero recordó que la falleba estaba muy suelta y que probablemente conseguiría introducir la mano y hacerla saltar. Tropezó con un cubo o algo y se detuvo, preguntándose si le habría oído el que se hallaba dentro. Luego siguió hasta el árbol y gateó por él. Introdujo la mano por la rendija de la ventana e hizo saltar la falleba. Saltó cautelosamente al interior del cuarto, sin apenas atreverse a respirar. Salió al oscuro pasillo entre las dos alcobas, y aguardó un instante antes de aventurarse a bajar por la escalera, que rechinaba bastante. Luego inició el descenso, escalón por escalón, confiando que no rechinaría demasiado. Torcía en un punto el tramo, y era intención del niño detenerse allí un poco antes de continuar bajando. Pero, no había hecho más que llegar allí, cuando alguien se le echó encima, le asió por los brazos y le hizo bajar de un tirón los últimos cuatro escalones. Cayó, quedándose sin aliento.



El que le había atacado se alzó y le levantó con brusquedad. Después le empujó rápidamente hacia la iluminada cocina y el niño dirigió inmediatamente la mirada hacia el sillón para ver quién era el que lo ocupaba. Pero ¡estaba vacío! El que lo ocupara debía haberle oído y aguardaba. Se volvió, forcejeando, para ver al que le sujetaba, esperando encontrarse con uno de los hombres que viera en el castillo. Los dos se miraron, mudos de sorpresa, y retrocedieron, asombrados.

—¡Bill Smugs!

—¡Jack! ¿Qué diablos haces entrando de esa manera? ¡Te tomé por un ladrón!

—¡Troncho! ¡Me ha magullado usted bien! —exclamó Jack, frotándose.

Se puso a tiritar violentamente otra vez. Bill se fijó en la empapada ropa y el pálido semblante del niño, y le empujó hacia el fuego, sobre el que hervía un escalfador lleno de agua.

—¿Qué has estado haciendo? ¡Estás chorreando! Pillarás un catarro formidable. ¿Dónde están los otros? Cuando llegué hoy a preguntarle a la señora Mannering si podía darme alojamiento una noche o dos, me encontré la casa cerrada y desierta.

—Entonces, ¿cómo pudo usted entrar? —preguntó Jack, disfrutando del calor del fuego.

—Oh, no me faltan medios. Creí que os habríais marchado todos de merienda; conque aguardé a que regresarais; pero no aparecisteis. Conque decidí pasarme la

noche aquí solo e investigar mañana para saber qué había sido de vosotros. Luego oí ruidos misteriosos, creí que se trataba de un ladrón y... ¡te pillé a ti!

—Miré por la ventana y no pude ver quién era el que estaba sentado en el sillón, conque decidí entrar sin hacer ruido a echar una mirada —explicó Jack—. ¡Oh, Bill, no sabe cuánto me alegro de verle! ¡Estamos en peligro!

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirió Bill, sorprendido—. ¿Dónde están las niñas? ¿Y Jorge?

—Es una historia larga, pero tendré que contársela desde el principio. ¿Y si bebiéramos algo caliente mientras hablamos? A mí no me iría mal. Y el agua está hirviendo.

—Estaba a punto de decir eso yo —contestó el hombre—. Te irá bien tomar una taza de cacao caliente y unas galletas. Me alegro de que hayas dejado de tiritar. A propósito, ¿dónde está la señora Mannering? ¡No me digas que se encuentra en peligro también!

—Oh, no. Se ha marchado a cuidar a la tía de Jorge... tía Polly... que está enferma otra vez. A ella no le pasa nada.

Bill hizo una jarra de cacao, encontró unas galletas y se lo dio todo a Jack, que había entrado ya un poco en reacción. Se había quitado la ropa mojada, poniéndose un batín.

—No debiera estar perdiendo el tiempo así —dijo—, encontrándose los otros en peligro. Pero tendré que contarle toda la historia y dejar que decida usted lo que se debe hacer.

—Ya puedes empezar.

Conque Jack empezó y Bill le escuchó con creciente interés y asombro. Rompió a reír al enterarse de la idea que había tenido Jorge de esconderse dentro de una armadura.

—¡Qué característico es Jorge! Y ¡qué buena idea! A esos hombres jamás se les hubiera ocurrido pensar que pudiera estarse ocultando allí.

Se puso muy serio a medida que fue conociendo los sucesos. Sacó la pipa, y no apartó un instante la mirada de Jack. El colorado rostro aún se tornó más encendido a la luz del fuego, y la calva le brillaba.

—Es una historia extraordinaria, Jack —dijo por fin—. Hay mucho más en este asunto de lo que tú te supones. ¿Cómo eran esos hombres? Descríbelos. ¿Había entre ellos alguno que tuviera una cicatriz que le cruzase la barbilla y el cuello?

—No —respondió el niño, después de reflexionar unos instantes—. Ninguno, que yo sepa. Saqué una buena instantánea de uno de ellos, sin embargo, cuando estuvieron en el nido de las águilas. Recordará que le dije que tenía la máquina asomando por el matorral para fotografiar a los pájaros. Bueno, pues le saqué una «foto» cuando una de las águilas le atacó. Retraté a los dos en realidad, pero por

desgracia, uno de ellos había vuelto la cara en aquel instante y no le pillé la cara.

—¿Tienes ahí esas instantáneas? —preguntó Bill con avidez.

—Tengo la película —contestó el niño, señalando el gorro impermeable que había dejado sobre la mesa—. Está ahí dentro. No está revelado aún, Bill.

—Bueno, pues mientras tú echas un sueño, la revelaré yo. He visto que te has instalado un cuartito oscuro cerca del vestíbulo. Tienes todo lo necesario allí, ¿verdad?

—Pero... pero... ¿no debíamos volver inmediatamente a salvar a las niñas?

—Tendré que ir a la población donde me encontrasteis el otro día —repuso Bill— a recoger a unos cuantos hombres y tomar otras medidas. Si esos hombres están haciendo lo que yo creo que hacen, tenemos una buena oportunidad para cazarlos a todos. No creo que les hagan ningún daño a las niñas.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Jack con curiosidad—. ¿Tienen algo que ver con la investigación en la que usted dijo que trabajaba, Bill?

—No puedo decírtelo aún. Lo dudo mucho; pero pronto lo sabré.

Hizo una pausa y miró a Jack.

—¡Con qué facilidad os metéis de cabeza en una aventura! —dijo—. ¡Jamás he conocido a quien os iguale en eso! Se me antoja que va a ser mejor que no me aparte de vuestro lado en todo el año. ¡Así tendré ocasión de compartirlas!

Echó a Jack en el sofá, le tapó con mantas, bajó la luz y se dirigió al cuarto oscuro con los rollos de película. Jack le había enseñado cuál era el que contenía la instantánea del hombre.

El niño durmió apaciblemente, porque estaba rendido. Llevaba durmiendo un rato cuando le despertó Bill al entrar en el cuarto excitado con una película en la mano.

—Siento despertarte, Jack; pero esto es verdaderamente maravilloso —dijo, alzando la película para que se viera al trasluz con ayuda de la claridad del amanecer que empezaba a filtrarse por la ventana—. Has retratado a este hombre a la perfección... todos los detalles están clarísimos. Es el hombre de la barba. Pero ¡fíjate!, tiene alzada la cabeza y se le ve todo el cuello, desde la barbilla hasta el pecho, porque está desabrochada la camisa. ¿Qué ves tú?

—Una señal... como una cicatriz larga —contestó Jack, incorporándose.

—¡Exacto! —sacó un librito de notas de bolsillo, extrajo de él una fotografía y se la enseñó a Jack—. Mira... ¿ves la cicatriz en la barbilla y el cuello de este hombre?

Jack vio un rostro afeitado en la fotografía, desfigurado por la terrible cicatriz que le surcaba la barbilla y la garganta.

—Es el mismo hombre, aun cuando pudiera no parecértelo, porque en tu «foto» lleva una barba negra que probablemente se dejó crecer en estos últimos tiempos. Pero la cicatriz sigue delatándole. Ahora ya sé con seguridad lo que están haciendo esos individuos en el castillo. ¡Llevo seis meses buscando a este tipo!

—¿Quién es? —preguntó Jack con curiosidad.

—Su nombre, su verdadero nombre, es el de Manneheim. Pero le llaman Cuello Cortado. Es un espía muy peligroso.

—¡Troncho! —exclamó el niño, boquiabierto—. ¿Andaba usted persiguiéndole?

—Me encargaron de que no le perdiese de vista y tomara nota de todos los pasos que diera. No debía detenerle, porque queríamos descubrir qué se llevaba entre manos esta vez y quiénes son sus amigos. Confiábamos poder cazarlos a todos entonces. Pero Cuello Cortado es un hombre muy listo, que tiene la facultad de desaparecer sin dejar rastro. Le seguí la pista hasta la población en que me encontrasteis. Y allí la perdí por completo.

—¡Se fue al castillo! —dijo Jack—. ¡Qué escondite más maravilloso!

—Me gustaría mucho conocer la verdadera historia de ese castillo —observó Bill, pensativo—. He de enterarme de quién es su propietario. ¿Sabes lo que hay al otro lado de la colina, Jack?

—No. Nunca hemos estado por allí. ¿Por qué?

—Oh, sólo quería saber si habíais oído hablar a alguien de eso. No puedo decirte más por ahora. ¡Caramba! ¡Cuánto me alegro de haberme tropezado con vosotros el otro día y de haber venido aquí a veros!

—Y yo también, Bill —dijo Jack—. ¡No tenía ni la más remota idea de lo que debía hacer! Ahora que está usted aquí, puedo dejarlo todo en sus manos.

—Sí que puedes. Bueno, me marchó con el coche a la población para hablar por teléfono allí y reunir unos cuantos amigos y algunas cosas necesarias. Tú duermes hasta que yo regrese. Te prometo que no tardaré un minuto más de lo absolutamente necesario.

Jack se echó de nuevo.

—No creo que haya pillado un catarro, después de todo —dijo—. ¡Qué suerte para mí que tuviera usted el fuego encendido, Bill!

—No había ninguna otra cosa con que hervir agua; conque tuve que encenderlo. No, tampoco creo yo que vayas a resfriarte. Podrás subir al castillo conmigo cuando vuelva, y enseñarme el camino.

—Pero ¿cómo entraremos? —gritó el niño al salir Bill en busca de su coche.

No hubo más contestación que el ruido del arranque del automóvil.

«Puedo dejarlo todo en manos de Bill —pensó Jack—. ¡Troncho! ¿Qué irá a suceder ahora?».»

Capítulo XXIV

«Kiki» da un espectáculo

Allá en el patio del castillo, Tassie había pasado una noche emocionante. Había intentado dormirse en el corazón del matorral y llegó a dormitar incluso. Pero «Kiki» empezó pronto a sentir desasosiego. Le clavó las uñas a Tassie, despabilándola.

—¡Quieto, «Kiki»! —le dijo la gitanilla, soñolienta—. ¡Haz el favor de estarte quieto!

«Kiki», sin embargo, estaba aguardando a Jack y no comprendía por qué no regresaba. Empezó a murmurar en voz baja y Tassie le dio un golpe en el pico.

—¡Cállate, «Kiki»! ¡Duérmete! ¡Mira lo bien que se porta «Botón»!

Se oyó un ruido en el patio. El loro ladeó la cabeza, escuchando. Creyó que era Jack.

—¡Pon el agua al fuego! —gritó alegremente saliendo del matorral—. ¡Pon el agua al fuego!

Hubo un silencio de estupefacción en el patio. Luego se encendió una lámpara de bolsillo, y el haz luminoso barrió los alrededores. Pero «Kiki» estaba detrás de una roca y no podía vérselo.

Eran los dos hombres de abajo. Habían oído la voz de «Kiki» e, ignorando que hubiese un loro en la vecindad, creyeron que se trataba de un ser humano.

—¡Límpiate los pies! —gritó «Kiki»—. ¿Cuántas veces he de decirte que te limpies los pies?

Los hombres empezaron a hablar entre sí en voz baja, haciendo planes para capturar al que hablaba en voz tan alta. «Kiki» empezó a darse cuenta de que no era Jack el que se encontraba abajo y la desilusión le hizo enfadarse soberanamente.

—¡Piiip, suena el pito! —dijo con voz melancólica.

Uno de los hombres se agachó en la oscuridad, buscó a tientas una piedra y la tiró en dirección a la voz. De haberle dado ésta al loro, le hubiese matado sin duda alguna. Pero le pasó rozando.

«Kiki» se sobresaltó. En su vida le habían tirado una piedra. Desplegó las alas y voló a la muralla, detrás de los desconocidos.

—¡Malo, malo! —dijo en son de reproche—. ¡Eres un niño muy malo!

Los hombres lanzaron gritos de furia y giraron sobre los talones, tratando en vano de descubrir quién era el que se encontraba sobre el muro. Creían ahora que había allí dos personas, una en el risco y la otra en la pared.

—¡Baja de ahí! —ordenó uno de ellos, amenazador—. ¡Os estamos apuntando! ¡No pensamos aguantar más tonterías!

—¡Mohoso, rancio, polvoriento! —cantó el loro.

Y al acabar voló al patio y fue a posarse detrás de los otros, en las tinieblas, gruñendo como un perro.

Los hombres dieron un brinco de susto. El gruñido había sonado detrás de ellos.

—Anda por ahí un perro también —dijo uno—. ¡Ve con cuidado! ¡Dispara si quieres!



Y el otro no se lo hizo repetir. Oprimió el gatillo de la pistola que llevaba en la mano. La detonación repercutió en la noche. Tassie, allá en el matorral, a punto estuvo de morir del susto. «Botón», alarmado, dio un salto y bajó del risco. Aún llevaba la correa al cuello, y cruzó el patio, arrastrándola y rozando con ella a uno de los hombres al pasar a su lado. Éste, con los nervios de punta ya, volvió a disparar. «Botón» soltó un quejido aunque no le habían tocado, y el otro encendió la lámpara. Vio al cachorro que se alejaba.

—¿Era ése el perro? —exclamó—. ¡Pues bien pequeño es, entonces!

«Kiki» estaba disfrutando de lo lindo. Volvió a un árbol cercano y se puso a maullar. Sabía imitar a un gato tan bien como a un perro.

Los desconocidos escucharon aquel nuevo sonido con asombro.

—¡Ahora gatos! —dijo uno—. ¡No lo comprendo! ¿Son niños que nos están gastando una broma?

—¡Dios salve al rey; qué estúpido, qué estúpido! —clamó el loro desde el árbol. Y soltó una de sus risas características. Acabó cacareando como una gallina y terminó lanzando un chillido de águila. Fue una representación magnífica; pero no les hizo ni pizca de gracia a los hombres.

—Volvamos adentro —dijo uno de ellos, ya nervioso—. Este sitio está embrujado. No se oyen más que ruidos y voces, sin nada que lo justifique. Volvamos adentro.

«Kiki» soltó uno de sus silbidos de tren expreso, y aquello acabó desencajando a los hombres.

Rompieron a correr en dirección al castillo como si un tren estuviera a punto de atropellarles.

«Kiki» volvió a reír, y su risa sonó de una manera pavorosa en el oscuro patio. Hasta la propia Tassie sintió miedo aunque sabía que lo estaba haciendo todo el loro. Después de aquello hubo paz. «Kiki», tras volar un poco buscando a Jack, volvió al matorral y fue a reunirse con la gitana. La niña se alegraba de su compañía.

—«Botón» se ha marchado —le dijo—. Supongo que se habrá ido por el túnel otra vez. Ahora, «Kiki», haz el favor de estarte quieto y dormirte. Estoy muy cansada.

Aquella vez el loro se estuvo quieto. Metió la cabeza debajo del ala, exhaló un suspiro y se quedó dormido. Tassie durmió también, y reinó un silencio turbado tan sólo por el gorgoteo del agua del manantial.

La despertaron Dolly y Lucy. Habían pasado apaciblemente la noche en la cámara secreta, sin que nadie las molestase, y con Jorge debajo de la cama. Éste se estaba cansando ya de vivir bajo tierra y había querido salir de estampía con las muchachas. Dolly logró persuadirle de que aquello no sólo resultaría peligroso para él, sino que empeoraría la situación para ellas. Conque, gruñendo, había vuelto a meterse debajo de la cama donde las niñas le habían dejado una buena cantidad de provisiones.

—¡Jack! —llamó Lucy en voz baja, al llegar al matorral—. ¡Jack! ¿Estás ahí?

Jack no estaba, naturalmente, pero Lucy no lo sabía. Tassie abrió los ojos y se incorporó, pinchándose con una rama.

—¡Jack! —volvió a llamar Lucy, y apartó la maleza—. ¡Oh, tú, Tassie! ¿Cómo pudiste llegar aquí?

Tassie sonrió. Se sentía divinamente después del descanso. El aspecto de su rostro era terrible. Lo tenía cubierto de barro y arañado, y el cabello era una maraña llena de tierra. Se había puesto el vestido otra vez.

—¡Hola! —dijo—. Vine a ayudaros. Recibí vuestra nota, pero no pude leerla. Conque vine a ver qué pasaba. Pero el tablón había desaparecido. Conque descubrí

por dónde entraba y salía «Botón», y vine.

—¿De veras? —exclamó Dolly—. ¿Por dónde entraba «Botón»?

Tassie se lo dijo. Las niñas la escucharon con sorpresa.

—¿Cómo «pudiste» arrastrarte por un túnel tan mojado y horrible? —dijo Lucy estremeciéndose con sólo pensarlo—. Tassie, ¡eres maravillosa! ¡De veras que sí! Jamás hubiera sido yo capaz de hacer eso. ¡Estoy segura de que no!

—Tampoco creo que hubiese sido yo capaz —dijo Dolly—, lo que has hecho ha sido maravilloso en verdad.

Tassie se puso muy contenta y sonrió a las dos muchachas. Era muy agradable que le alabaran a una, así y por ello sintióse satisfecha.

—Pero ¿dónde está Jack? —quiso saber Lucy.

—Marchó por el túnel en busca de ayuda —contestó la gitana—. Me encargó que os dijera que sentía mucho marcharse sin deciros adiós, pero que creía que era mejor no perder instante.

—¡Oh! —murmuró Lucy, consternada—. Me hubiera gustado que no se marchase sin mí.

—Acabas de decir tú misma que no serías capaz de bajar por este túnel —dijo Dolly—. Me alegro una barbaridad que vinieras, Tassie, para que supiese Jack el camino. Conseguiré ayuda y la traeré aquí, estoy segura.

—Pero ¿cómo se las arreglará para entrar? —preguntó Lucy.

—Podrían traer otro tablón si quisieran, ¿verdad? —observó Tassie.

«Kiki» intervino en la conversación.

—No des esos respingos —murmuró con voz agradable—. ¿Dónde tienes el pañuelo?

—¡Oh, tuvo una gracia «Kiki» anoche! —exclamó Tassie, recordando lo ocurrido.

Cuando contó cómo habían disparado los hombres contra «Kiki», Lucy se alarmó.

—¡Cielos! —dijo—. ¡Qué hombres más peligrosos! No me gustan ni pizca. Yo quiero escaparme también. Creo que me arrastraré por ese horrible túnel después de todo, Dolly. Ven tú también. Y Tassie. Nos iremos todos.

—¡Cómo! ¿Y dejarle a Jorge solo aquí? —exclamó la gitana indignada—. Marchaos vosotras si queréis, que yo no me voy.

—Sí, claro... no podemos dejar a Jorge —asintió Dolly—. Oh, Tassie, ve a lavarte la cara. ¡La tienes horrible! ¡Pareces un deshollinador! ¡Y... la ropa! ¡Cielos! ¡Estás muy sucia y rota!

—La culpa no es mía —repuso Tassie—. Fue terrible el paso por el túnel. No hacía más que engancharme en cosas. Bajaré a lavarme si creéis que no hay peligro.

—Pues... quizá sí lo haya —dijo Dolly, reflexionando—. Pudieran salir los hombres y verte y darse cuenta de que no eres ninguna de nosotras dos. Te subiremos

agua y puedes limpiarte un poco fuera del matorral.

—Y después desayunaremos todos —dijo Lucy, que tenía apetito.

Resultaba difícil limpiar a Tassie, porque de lo único que disponían para transportar agua era de una botella de gaseosa vacía y de una taza de cartón. Pero con un par de pañuelos y el agua, consiguieron limpiarle un poco de cara y las manos. Luego desayunaron.

«Kiki» comió con ellas. De «Botón» no se vio ni señal. Supusieron que habría bajado por el túnel durante la noche y que se hallaría con Jack ahora.

—¡Mirad! ¡Ahí están las águilas otra vez! —dijo Dolly de pronto.

Tassie volvió la cabeza con interés, porque no las había visto aquella mañana. Los tres pájaros descendieron a la repisa, desde donde contemplaron majestuosamente el patio.

—El aguilucho vuela ahora tan bien como sus padres, ¿verdad? —dijo Lucy.

Y le tiró una galleta. Pero el pájaro ni la miró siquiera. Continuó con la misma impasiva mirada, como si tuviese el entrecejo fruncido.

—¡Lástima que no esté aquí Jack! —dijo Lucy—. Le hubiese gustado retratarlos a todos juntos así. Aún está aquí la máquina; pero no me gusta usarla. ¿Supongo que no le pasará nada si llueve, Dolly?

—No parece como si fuera a llover —contestó Dolly.

Pero Tassie no se mostró de acuerdo con ella.

—Hay bochorno —anunció—. Yo creo que habrá una tormenta con truenos y relámpagos y tal vez torrentes de lluvia. Espero que no estaremos aquí, en la cima de la colina, si es que hay tormenta, porque resultaría terrible. El trueno retumba todo alrededor y los relámpagos parecen resbalar por las laderas.

—Supongo que nos habrán salvado a todos antes de que la tormenta descargue —dijo Dolly—. Espero ver a Jack de un momento a otro ya... ¡con ayuda de una clase u otra!

Capítulo XXV

A medianoche

Jack volvió a dormirse apaciblemente unas horas. No despertó hasta el regreso de Bill en el automóvil, acompañado de cuatro de sus «amigos». Al niño le parecieron bastante duros de pelar. Era evidente que se hallaban a las órdenes de Bill. Éste entró en la cocina, dejando a los hombres fuera.

—¡Hola! —dijo—. ¿Despertaste por fin? ¿Quieres comer? Pasa de la una ya.

—¿Tanto? —exclamó Jack—. Sí, tengo un hambre canina.

—Levanta y vístete y le diré a uno de mis hombres que prepare de comer. Supongo que a la señora Mannering no le molestará que nos tomemos la libertad de usar su cocina hoy.

—¿Vamos a subir pronto al castillo? —inquirió el niño, envolviéndose en el batín y disponiéndose a subir por la escalera.

—Hasta la noche no. La luna no saldrá hasta tarde y tenemos la intención de subir poco antes de medianoche, mientras aún reinen las tinieblas. No me cabe duda que alguno de esos hombres estará vigilando durante el día.

—Oh... las niñas se cansarán una barbaridad de estarnos esperando todo el día —dijo Jack.

—Y ¿qué vamos a hacerle? Es muy importante que logremos entrar sin ser vistos.

El niño subió a su cuarto y se vistió. Hacía un calor enorme, aunque el sol se ocultaba tras nubarrones. Se sentía sin aliento aunque nada en absoluto había hecho.

«Amenaza tormenta —pensó—. Ojalá no descargue hoy. Pudiera asustar a las niñas estando ellas solas».

Se oyó un ruido en la escalera y entró en el cuarto «Botón», meneando la cola y fijos los ojos en Jack como diciendo: «¡Caramba, caramba, y cómo viajas! Nunca sé si encontrarte en el castillo o aquí abajo... pero ¡cuánto me gustaría encontrar a Jorge!».

—Andas buscando a Copete, ¿eh? —dijo Jack, dándole unas palmaditas al cachorro, que se tumbó y revolcó en el suelo, como un perro—. ¡Eh, Bill! ¿Ha visto usted nuestro cachorro de zorra?

—Una especie de ciclón irrumpió en la cocina y subió la escalera —contestó Bill desde abajo—; pero no pude ver lo que era. Baja con él.

Bajó el niño con «Botón» en brazos. El cachorro le fue lamiendo la nariz todo el camino. A Bill le pareció magnífico.

Comieron juntos y Bill le hizo muchas preguntas acerca del castillo, de los hombres y de la cámara secreta, que el niño contestó todo lo mejor que pudo. Estaba

seguro de que Bill pensaba introducirse en el castillo de una manera o de otra y capturar a los hombres, pero no acababa de comprender cómo iba a lograrlo.

—Tienen cara de gente muy peligrosa —le dijo—. Quiero decir que... probablemente van bien armados.

—No te preocupes, no serán ellos los únicos —contestó Bill, sombrío—. Conozco a Cuello Cortado de antiguo. No suele dejar nada al azar. Debió llevarse un disgusto cuando encontró a las niñas en la cámara subterránea. Seguramente su presencia allí le habrá hecho acelerar sus planes, sean éstos los que fueren.

Jack empezó a sentirse excitado.

—Esta aventura empieza a hervir ya —dijo con satisfacción.

—Sí; y alguien va a salir bien escaldado —le contestó Bill.

Jack reveló los otros rollos. Las fotografías habían salido maravillosamente. Las águilas se destacaban bien, distinguiéndose claramente casi todas sus plumas. El aguilucho era la estrella. Sus posturas no podían ser más perfectas.

—¡Fíjese, Bill! —exclamó el muchacho, emocionado.

—¡Caramba! ¡Son verdaderamente notables! —dijo Bill, con admiración—. Debieras poder conseguir que te las publicara cualquier revista de categoría, Jack. Y las pagarán bien por añadidura. ¡A este paso no tardarás en hacerte un nombre!

El niño se sintió orgulloso. Para él, llegar a tener nombre por las aves, que eran toda su ilusión, hubiese constituido la felicidad. Se preguntó cómo le iría a «Kiki» sin él. ¡La furia del loro en cuanto descubriera que se había marchado! Bueno, estaba con Tassie, a la que también quería.

El día se le hizo un poco largo. Después del té, tuvo sueño y Bill le aconsejó que se echara un poco.

—Pasaste una noche terrible, y necesitaremos tu ayuda esta noche. Más vale que duermas unas horas. Así estarás luego completamente despabilado.

Conque Jack se echó encima de una manta en el jardín y se durmió. Hacía bochorno. Los hombres de Bill, que se habían pasado el día jugando a las cartas sin apenas despegar los labios, se quitaron la chaqueta y luego la camisa. Casi hacía demasiado calor para poder respirar.

El niño volvió a despertarse antes de que anocheciese. Marchó en busca de Bill.

—¿No debíamos ponernos en marcha ahora? —preguntó—. Hace falta un buen rato para llegar a la cima.

—Vamos a recorrer toda la parte del camino que podamos en automóvil —dijo Bill—. Estos hombres son duros, pero gustan poco de escalar montañas. Seguiremos el camino hasta que lleguemos al sitio en que se corrieron las tierras y luego subiremos a pie.

Cuando anocheció subieron todos al coche de Bill e iniciaron el ascenso. Se le antojó que el automóvil hacía bastante ruido; pero Bill le aseguró que no lo oírían en

el castillo.

—Lo único que me inquieta un poco es que esté Jorge en esa cámara secreta —agregó—. Si hay jaleo ahí abajo, y me temo que lo habrá, no quiero tener muchachos de por medio.

—¡Caramba, Bill! —exclamó Jack, casi con indignación—. ¡Si hemos sido nosotros, los muchachos, los que le hemos metido a usted en la aventura!

—Sí, ya lo sé —respondió Bill, sonriendo—. Pero el teneros a vosotros en la vecindad no nos permite obrar con soltura en estos momentos.

—¿Qué va a hacer usted? —inquirió el niño, con viva curiosidad—. Dígamelo. ¡Tanto dará!

—No estoy yo tan seguro. Todo depende de cómo salgan las cosas. Pero así, en bruto, el plan es el siguiente: bajar a esa cámara subterránea esta noche, cuando estén en ella las niñas y los hombres no...

—¡Y ponerlas en libertad! —dijo Jack—. Y a Jorge también, ¿verdad?

—Sí... si Jorge quiere condescender hasta el punto de salir de estampida con las muchachas. Pero queremos que nos enseñe él primero la puerta secreta que hay detrás del tapiz y, ¡se me antoja que querrá acompañarnos entonces!

—Apuesto a que sí —asintió Jack—. Y yo también, se lo advierto. No pienso consentir que me eliminen del asunto ahora, si puedo evitarlo. Si conseguimos sacar a las niñas fuera del castillo antes de que empiece el jaleo, todo irá bien. Y Jorge y yo podemos ir con ustedes.

—Quiero averiguar adonde conduce esa puerta —dijo Bill—. Creo saberlo, pero quiero asegurarme. Y quiero descubrir unas cuantas cosas sin que esos hombres del castillo se enteren. Es una lástima que hablaran en un idioma que no entendía Jorge. De no haber sido así, quizá hubiese averiguado él lo que deseamos saber.

—Bueno, y, ¿de qué forma va a averiguarlo usted entonces?

—De la misma manera que lo hubiera podido hacer Jorge —contestó el otro, riendo—. Meterme yo, y meter a mis hombres en esas armaduras y escuchar la conversación de esos hombres.

—¡Troncho! —exclamó el niño, excitado—. No se me había ocurrido a mí eso. Oh, Bill... ¿cree usted de verdad que podrá hacerlo? ¿Podemos escondernos Jorge y yo también?

—Ya veremos. Confieso que me pareció una buena idea ésa de Jorge meterse en una armadura, aunque sólo fuera al principio para gastar una broma. Ahora... ya hemos llegado al corrimiento de tierras, ¿verdad?

Así era, en efecto. Se apearon todos y fue Jack quien marchó a la cabeza. Encontró el camino de conejos que habían usado ellos, y condujo por él a los hombres, empleando las lámparas de bolsillo porque no era fácil seguir la vereda en la oscuridad.

Caminaron todos en silencio, obedeciendo las órdenes de Bill. El cachorro «Botón» iba detrás de Jack, con la esperanza de ver a Jorge por fin. Un búho ululó a pocos pasos y les hizo dar un brinco a todos. Hacía tanto calor que jadeaban y tenían que enjugarse el sudor de la frente. A Jack se le pegó la camisa al cuerpo. En la distancia se oía retumbar el trueno.

«Ya decía yo que amenazaba tormenta —se dijo el niño, secándose por vigésima vez la frente para que el sudor no le cayera a los ojos—. Espero que las niñas estarán a salvo en la habitación subterránea. Allí no oirán los truenos. Pero supongo que tendrán que dejar a la pobre Tassie en el patio, porque no se atreverán a dejar que la vean los hombres. Y a “Kiki”. Dios quiera que no les pase nada a ninguno».

Siguieron ascendiendo, llegando por fin a la muralla del castillo. Jack se detuvo.

—Aquí está la muralla —dijo—. ¿Cómo va a meterse usted en el castillo, Bill?

—¿Dónde está la otra puerta de que me hablaste? No la grande que da al corrimiento de tierras, sino la otra más pequeña que dices que hay en la pared.

—Les conduciré a ella; pero ya dije que estaba cerrada con llave —contestó el niño.

Les hizo seguir el muro, doblar una esquina y detenerse junto a la puerta. Era muy fuerte. Estaba construida de roble macizo y encajaba perfectamente en la pared. Ésta formaba arco por encima de la puerta igual que la puerta en sí. Bill sacó su lámpara y barrió con su luz la madera, hasta dar con la cerradura. Hizo una señal a uno de sus hombres, que se adelantó, sacando una sorprendente colección de llaves del bolsillo. Fue probándolas, una tras otra, con habilidad y en silencio. Acabó moviendo negativamente la cabeza.

—Es inútil, jefe —le susurró a Bill—. La cerradura no es antigua, sino un modelo especial instalado en tiempos recientes. No podré abrirla con ninguna de mis llaves.

Jack escuchó con desilusión. ¿Significaba aquello que tendrían que echar la puerta abajo? Ello pondría sobre aviso a los desconocidos.

Bill llamó a otro de los hombres. Se adelantó éste con un instrumento muy curioso en la mano, algo muy parecido a una lata pequeña con un piloto grueso. El niño se quedó mirándolo, preguntándose qué sería.

—Tendrás tú que encargarte de esto, Jim —dijo Bill—. Tira adelante. Haz el menor ruido posible. Para si te doy un codazo.

Sonó dentro de la lata un ruido siseante y salió por el pitorro una fuerte llama azulada. El hombre dirigió la llama a la puerta, por encima de la cerradura.



Jack observó, fascinado. ¡La extraña llama se comió por completo la madera! El niño no sabía qué clase de fuego estaban usando; pero no había duda de que era potentísimo. El agente continuó trabajando en silencio, lamiendo con la llama la madera toda alrededor de la cerradura. El fuego se comió un trozo por encima de la misma, otro por el lado y otro por debajo.

Ahora pudo ver el niño lo que le estaba sucediendo a la puerta. El agente había logrado aislar la cerradura por completo, para que la puerta pudiera abrirse dejando la cerradura atrás. A Jack le pareció una idea la mar de ingeniosa.

—Ahora, a entrar —anunció Bill, abriendo muy despacio—. ¿Estáis todos preparados?

Capítulo XXVI

Se esconden todos

Entraron en silencio. El último cerró la puerta y metió un trozo de madera a modo de cuña junto a la cerradura para sujetarla. Empezaba a iluminarse el patio, porque la luna estaba saliendo, aunque la ocultaban las nubes la mayor parte del tiempo.

—Iré a ver si Tassie se encuentra en el matorral —susurró Jack—. Tendremos que averiguar por ella las últimas noticias, y tendrá que escaparse con las niñas también lo antes posible.

Ella les enseñará el camino hasta Spring Cottage.

Los hombres aguardaron en la oscuridad con Bill mientras Jack se acercaba al risco. Subió hacia el matorral. Una voz bien alta le saludó.

—¡Pon el agua al fuego! ¿Cuántas veces he de decirte que...?

—¡Cállate, «Kiki»! —susurró Jack, con pánico.

Oyó moverse a alguien entre las ramas y preguntó en voz baja:

—¿Eres tú, Tassie? ¡Soy Jack! ¡Ya estoy de vuelta!

Tassie saltó del matorral llena de alegría, porque se había estado sintiendo muy sola y asustada.

—¡Oh, Jack! ¿Volviste por ese horrible túnel como yo? ¿Conseguiste ayuda?

—Sí... está aquí Bill Smugs con algunos de sus hombres —respondió el niño—. Tú y los otras dos chicas tenéis que iros, marcharos a Spring Cottage. Jorge y yo vamos a quedarnos a ver qué sucede... ¡si nos deja Bill!

—Pero ¿cómo vais a sacar a las niñas? Ya sabes que están en la cámara subterránea con Jorge.

—Eso es fácil. Tiraremos del pincho que hay en la pared del vestíbulo y las sacaremos. Entonces, Tassie, tú y ellas tendréis que marcharos lo más aprisa posible.

—Me gustaría quedarme con Jorge —anunció Tassie, testaruda—. Y, en cualquier caso, ha de haber una tormenta tremenda. Yo no quiero bajar la colina con rayas y truenos a mi alrededor.

—Mira, tendrás que hacer lo que Bill te mande. Quizá podréis llegar abajo antes de que la tormenta descargue. ¿Están bien las niñas?

—Sí; pero ya se están cansando de todo esto. Y, oh, Jack, «Kiki» armó un escándalo enorme anoche después de haberte ido tú, y lo oyeron los hombres y... ¡dispararon contra él! ¡Me llevé un susto mayúsculo!

—¡Troncho! ¡Me alegro que no te vieran a ti, Tassie! Hubieran podido herirte.

—Las niñas bajaron a la cámara cuando los hombres las llamaron esta noche —prosiguió la gitana—. Pero les hicieron toda clase de preguntas en tono muy duro y

horrible, y le hicieron llorar a Lucy. No comprendían la voz que habían oído anoche, y pensaron que habría aquí alguna otra persona de la que no habían querido hablarles. Conque, por último, Dolly tuvo que decirles que se trataba de un loro, y después de eso ya no hablaron.

—Vamos..., hemos de ir adonde está Bill y contarle todo esto —dijo Jack—. Los hombres están aguardando allá abajo..., los de Bill quiero decir, claro.

La luna salió de entre las nubes cuando se dirigían al grupo de hombres silenciosos, conque procuraron andar al amparo de las sombras para no ser descubiertos. Hubiese sido una verdadera calamidad que delataran su presencia en un momento tan crítico, si es que alguien estaba vigilando.

—¿Dónde están los otros hombres? —le preguntó Jack a la gitana en un susurro—. ¿Lo sabes? ¿Están en la cámara secreta, o andan rondando por el castillo?

—Que yo sepa, no están en ninguna parte del castillo..., ni del patio —respondió Tassie—. Deben estar en la cámara secreta, sin embargo. ¿No tendréis que ir con cuidado si tiráis de ese pincho y abrís el agujero?

—Sí que tendremos que ir alerta. Aquí está nuestro amigo Bill Smugs, Tassie. Ésta es Tassie, Bill, la niña de quien le hablé.

Bill le hizo unas cuantas preguntas a las que ella contestó con timidez. Parecía que los hombres se hallaban en la cámara subterránea, en efecto. Bueno, pues, ¡menuda sorpresa iban a llevarse cuando giraron la piedra y viesan quiénes les estaban esperando junto a la escalera!

—Ahora, escuchadme bien —dijo Bill—. Tú has de hacer funcionar la palanca que abre la entrada de la cámara secreta, Jack. Uno de mis hombres estará a tu lado para ver cómo lo haces, por si tenemos necesidad de usarla otra vez. En cuanto gire la piedra, los otros y yo nos colocaremos junto a la abertura y les gritaremos a los hombres que se hallen abajo que suban. Espero que los tendremos apuntados con nuestras pistolas.

—¡Troncho! —exclamó Jack, sintiendo escalofríos de excitación—. ¡Tenga cuidado con las niñas, Bill! ¡Estarán muertas de miedo!

—Les puedo gritar que se quiten del paso —anunció el hombre—. Tú déjalo de mi cuenta. Te prometo que las muchachas no sufrirán daño alguno. Las haremos subir en seguida y tú, Tassie, las llevarás inmediatamente a Spring Cottage. ¿Has comprendido?

—Me gustaría quedarme con Jorge —siguió insistiendo Tassie.

—Bueno, pues no puedes —le contestó Bill—. Jorge estará de vuelta mañana. Bien. ¿Comprendéis todos ya lo que ha de hacerse?

Todos comprendían. Avanzaron en silencio hacia la oscura mole del castillo, perdidos en las sombras. La luna se había ocultado tras gruesas nubes. Retumbó el trueno de nuevo, aún lejano.

Entraron en el vestíbulo. Todos menos Tassie llevaban suelas de goma. La gitana iba descalza, como de costumbre. Ni siquiera llevaba los zapatos colgados al cuello ni a la cintura como otras veces. Los había escondido, porque su madre le había amenazado con quitárselos. Jack, silencioso, se dirigió hacia el fondo del vestíbulo, acompañado de un agente. Tassie le enseñó a Bill dónde estaba la entrada del subterráneo. Jack tiró del pincho empotrado en la pared. Sonó un chirrido, y la losa descendió para girar hacia un lado como siempre. Apareció un agujero, con una escalera de piedra descendente. Se veía desde fuera la luz del quinqué. Bill, de pie junto al borde, escuchó atentamente. Abajo no se oía nada. Jack se acercó a él de puntillas.

—Quizá sólo estén las niñas y Jorge abajo —susurró—. Tal vez se hayan marchado los hombres a alguna parte por la puerta secreta que hay detrás del tapiz.

Bill asintió con un gesto. Gritó por el agujero:

—¿Quién está ahí abajo? ¡Contestad! Respondió una voz aterrada, la de Dolly.

—Sólo nosotros; ¿quién es?

—¡Dolly! ¡Somos yo y Bill Smugs! —gritó Jack, antes que el otro pudiera impedirlo—. ¿Estáis solas?

—Sí. —La voz de Dolly temblaba de excitación ahora—. ¿Está Bill ahí? ¡Oh, qué bien!

Jack bajó corriendo los escalones y Bill y los otros le siguieron, quedando uno de los agentes arriba de guardia. Lo primero que hizo Bill fue buscar el pincho abajo y cerrar el agujero. Aguardó un momento y luego, de acuerdo con lo convenido de antemano, el hombre de guardia arriba abrió de nuevo. Bill quería asegurarse de que le era posible salir y entrar a voluntad.

Lucy corrió a Jack y le dio un fuerte abrazo. Las lágrimas le resbalaron por las mejillas. Dolly le sonrió a Bill, e hizo un esfuerzo por dominar sus deseos de darle un abrazo. Pero no pudo: sentía demasiado alivio al verles.

—No hay tiempo que perder —anunció Bill—. ¿Dónde está Jorge?

—¡Oh, Bill, se ha ido! —exclamó Lucy, volviéndose hacia él y asiéndole del brazo—. ¡Cuando bajamos aquí esta noche ya no estaba! Y no sabemos dónde se ha ido ni cómo. No sabemos si le descubrieron los hombres, o si se marchó por su cuenta, o qué. No dejó ninguna nota ni nada. Pero hemos pensado que quizá se le ocurriera explorar el camino secreto que hay detrás del tapiz.

—Bill, esos hombres van a volver ahora —adivinó Dolly, acordándose de pronto—. Le oí a uno decirle a otro en inglés que celebrarían su última reunión aquí esta noche. Conque pueden estar de vuelta en cualquier momento, porque es aquí donde se reúnen y donde guardan sus mapas o lo que sea que estudian con tanta atención.

—¿Dónde los guardan? —inquirió inmediatamente Bill.

Dolly señaló los cajones cerrados.

—Ahí dentro. Pero los tienen bajo llave. Bill, ¿qué va usted a hacer? Qué misterio tan grande, ¿verdad?

—Empiezo a ver claro —anunció Bill—. Escucha, Dolly, tú y Lucy os tenéis que marchar inmediatamente a Spring Cottage con Tassie y quedaros allá hasta que volvamos nosotros, ¿habéis comprendido? Podéis salir por la puerta lateral de la muralla que ahora está abierta. El hombre que he dejado arriba os acompañará hasta allí para encargarse de que salgáis sin peligro. Una vez fuera..., ¡derechas a casa!

—Pero..., pero... —empezó Dolly, a quien le hacía muy poca gracia marcharse sin Jorge.

—No hay pero que valga. Aquí quien manda ahora soy yo, y vosotras obedeceréis sin rechistar mis órdenes. Ahora..., ¡andando! ¡Nos reuniremos con vosotros mañana!

Dolly, Lucy y Tassie subieron sumisas la escalera y salieron al vestíbulo. El agente de guardia las acompañó hasta la puerta del muro y las vio salir a la colina.

—¿Estáis seguras de que conocéis el camino? —les preguntó.

Porque él, desde luego, hubiese sido incapaz de encontrarlo en la oscuridad. Pero Tassie lo conocía tanto y tan bien, y tenía tanta seguridad en los pies, que casi hubiera podido encontrarlo y seguirlo con los ojos cerrados.

Las niñas desaparecieron en la noche. El hombre regresó a su puesto. La entrada a la cámara se hallaba cerrada ya. Abajo, Bill, Jack y los otros se estaban poniendo apresuradamente las armaduras. Bill tenía el propósito de asistir a la reunión de Cuello Cortado y sus hombres. Jack se alegró de ver que todos llevaban armas. Los agentes poco dijeron. Eran la gente menos habladora que había conocido el niño en su vida.

A Jack se le obligó a usar la armadura que estaba en el fondo del cuarto. Bill no quería tenerle demasiado cerca por si, como dijera, había jaleo. El niño estaba temblando de excitación.

«Kiki» no se encontraba allá abajo. Tassie se lo había llevado, a pesar de sus gritos de ira porque le separaban de Jack otra vez. Pero no era posible tener allí un loro: hubiese descubierto toda la jugada. «Botón», no obstante, se encontraba en la cámara aunque nadie estaba enterado. Se había metido debajo de la cama, donde notaba el olor del amo, a quien tanto quería. Jack se había olvidado por completo de él.

A los pocos minutos, todas las armaduras se encontraban nuevamente sobre sus respectivos pedestales. Sólo quedaban vacías tres de ellas. Todas las otras tenían ocupante, aunque uno de los hombres, bastante corpulento, se quejaba amargamente de que la suya no le iba bien ni mucho menos.

—¡Silencio, ahora! —ordenó Bill—. ¡Ni una palabra! ¡Creo haber oído algo!

Capítulo XXVII

La aventura hierve

Pero no había nadie, sino un trueno tan fuerte, que el ruido había penetrado hasta la cámara subterránea.

—Espero que no se asustarán las niñas —observó Bill, imaginándoselas bajando por la colina en la oscuridad—. ¡Si estará lloviendo!

—Yo creo que no corren ningún peligro yendo con Tassie —dijo Jack—. Ella conoce lugares en que guarecerse. No será tan tonta como para meterse debajo de árboles ni nada así. Hay unas cuantas cuevas pequeñas en la ladera. Quizá se metan en una hasta que pase la tormenta.

Silencio de nuevo. Era sorprendente que tantas personas, incómodas todas, pudieran permanecer de pie enfundadas en armaduras, sin un leve chirrido siquiera.



Un hombre carraspeó y el sonido hizo un efecto extraño en la estancia oculta.

—No vuelvas a hacer eso, Jim —advirtió Bill.

Un silencio de muerte reinó otra vez. Jack exhaló un quedo suspiro. Resultaba insoportablemente excitante hallarse de pie, escondido en una armadura, chorreando de sudor, jadeando de calor, aguardando a que llegaran otros.

De pronto se oyó claramente el rechinar de una llave en la cerradura. Luego tembló el tapiz de una pared... ¡y alguien lo alzó desde atrás!

Todos quedaron rígidos en su armadura, atisbando los ojos por las viseras. ¿Quién se acercaba?

Un hombre salió de detrás del tapiz, alzándolo y colgando de un clavo el extremo para que pudieran entrar sin dificultad los que le seguían. Jack vio detrás de ellos una abertura en la pared. De ella fueron saliendo hombres que caminaban silenciosos. Y..., ¡con ellos apareció Jorge!

El hombre de las enmarañadas cejas iba el primero. Luego, el barbudo a quien Bill llamaba Cuello Cortado, que arrastraba a Jorge. El barbudo llevaba abrochado el cuello de la camisa y no se le veía ni rastro de la cicatriz. Jorge procuraba aparecer tranquilo, pero Jack sabía que, en realidad, estaba asustado. Tras él entraron otros tres hombres, todos ellos de mala catadura, con ojos penetrantes y gesto de dureza en los labios. Entraron en la habitación hablando. Dejaron el pasadizo secreto abierto y Jack se preguntó adonde conduciría. El muchacho tenía las manos atadas a la espalda con tanta fuerza, que la cuerda mordía la carne. Cuello Cortado le arrojó sobre una silla. No tardó en verse que a Jorge acababan de capturarlo. Cuello Cortado se encaró con él en seguida.

—¿Cuánto tiempo llevas en este castillo? ¿Qué sabes? ¿Qué has visto en todo el tiempo?

—Estaba aquí con las niñas —le contestó Jorge—. Me escondí debajo de la cama. No se les ocurrió a ustedes mirar ahí debajo. No estaba haciendo ningún daño. Sólo vinimos a jugar a este castillo. No sabíamos que perteneciese a nadie.

—Trae a las chicas —gruñó Cuello Cortado, hablándole al de las cejas enmarañadas—. Tráelas aquí. Interrogaremos a los tres. ¡Pensar que un puñado de criaturas nos hagan perder el tiempo de esa manera!

El de las pobladas cejas se dirigió a la cama, donde supuso que estarían durmiendo las niñas, como de costumbre. Pero cuando retiró la cortina, vio que no estaban allí. Se quedó boquiabierto unos instantes. Luego tiró bruscamente de mantas y cubiertas.

—¡No están aquí! —exclamó con asombro.

El barbudo se volvió.

—¡No seas imbécil! ¡Tienen que estar aquí en alguna parte! Sabemos que no pueden salir de este cuarto una vez lo hemos cerrado.

—El niño puede haberles abierto desde arriba —dijo el otro.

Cuello Cortado se encaró con Jorge de nuevo. Éste estaba sorprendido de que hubieran desaparecido las niñas, pero no tenía la menor intención de delatar su sorpresa a aquellos hombres.

El de las cejas miró debajo de la cama, aunque todos estaban convencidos ya de que las muchachas se habían marchado. Cuello Cortado le preguntó con dureza a Jorge:

—¿Les abriste tú?

—No. Ya les he dicho que estaba escondido aquí, debajo de la cama. No he

estado arriba.

—Pues entonces, ¿quién les abrió? —inquirió el de las cejas, tan ceñudas ahora, que la maraña casi le tapaba los ojos.

—¡Dinos toda la verdad! —ordenó el barbudo, con voz ominosa.

Jorge, en lugar de responder, miró con gesto de desafío al otro. El barbudo perdió los estribos, alzó la mano, y le dio tal golpe a Jorge en un lado de la cabeza, que tiró al niño de la silla. Jorge volvió a levantarse.



Jack, fuera de sí de ira, vio ponerse colorada la oreja de su amigo y empezar a hincharse.

—¿Hablarás ahora? —preguntó Cuello Cortado, con la voz ronca de ira.

Los otros hombres contemplaban la escena sin decir una palabra. Jorge siguió sin responder. Jack se sintió orgulloso de él. ¡Qué valiente era! De pronto, con gran horror suyo, vio que el hombre sacaba una pistola y la depositaba sobre la mesa Junto a él.

—Tenemos medios y maneras de hacer hablar a los niños —dijo brillándole la rabia en los ojos.

A Jorge no le gustó ni pizca el aspecto de la reluciente arma. Parpadeó un poco y luego miró a Cuello Cortado de nuevo. Pero siguió sin hablar.

Nadie sabía lo que hubiera sucedido después, de no haber habido una interrupción brusca y sorprendente.

De súbito, «Botón», que se había agazapado detrás de una silla al otro extremo del cuarto al llegar los hombres, salió lanzado como piedra de catapulta y se echó sobre Jorge. Todo el mundo se puso en pie de un salto, y el barbudo empuñó su pistola. Cuando vieron que el recién llegado no era más que un cachorro de zorra, volvieron a sentarse, furiosos de haberse asustado. En particular el de la negra barba, que le dio un golpe al cachorro, haciéndole rodar por el suelo. «Botón» enseñó los dientes.

—¡No le haga daño! —exclamó Jorge, alarmado—. No es más que un cachorro. Y es mío.

—¿Cómo entró aquí? Supongo que cuando salieron las niñas, ¿eh? —gruñó el de las cejas.

—No lo sé —respondió el niño perplejo—. Les digo que en realidad no sé cómo salieron las niñas, ni cómo entró el cachorro. Tan misterioso me parece a mí como a ustedes.

—Si este chico dice la verdad, más vale que terminemos y nos pongamos en marcha —atajó el de las cejas, con cierta ansiedad—. Tiene que haber otra gente por aquí, aunque bien sabe Dios que se ha mantenido una vigilancia estrecha. Acabemos de arreglar nuestros asuntos y vayámonos.

Volvió a escucharse en la cámara el fragor del trueno. Los hombres se miraron unos a otros, con inquietud.

—¿Qué es eso? —preguntó el de las cejas.

—Un trueno, claro está —gruñó el barbudo—. ¿Qué te posa? ¿Empiezas a ponerte nervioso nada más que porque un puñado de chicos andan jugando por aquí? Lo que necesitan es una buena paliza, y ya me encargaré yo de que éste por lo menos la reciba, aun cuando se hayan escapado las niñas.

«Botón» se colocó a los pies de Jorge y se hizo un ovillo. Les tenía miedo a aquellos hombres.

Cuello Cortado le hizo una señal a otro, y éste se levantó. Fue al cajón en que se guardaban los documentos, los abrió y sacó un fajo de papeles que depositó delante del barbudo. Entonces empezó una larga discusión en un idioma que Jorge no pudo comprender. Pero ¡lo entendió Bill, que hablaba ocho o nueve lenguas y escuchaba atentamente y con avidez!

Jorge permaneció alicaído en su asiento. Le hacían daño las muñecas y la oreja izquierda había doblado su tamaño. Ni siquiera podía frotársela, porque tenía sujetas las manos. «Botón» le lamió la pierna. Aquello le resultó un poco animador. ¿Adónde

habrían ido las muchachas?; se preguntó. Se alegraba de saber que, con toda seguridad, habían huido. ¿Había llegado ayuda? ¿Habría logrado encontrar Jack a alguno? ¿Le rescatarían a él también? Sintió no hallarse metido en la misma armadura en que se ocultara anteriormente. Volvió la vista hacia ella y por poco abrió la boca de sorpresa.

¿No eran ojos los que veían brillar tras aquella visera? El niño tenía muy buena vista y daba la casualidad que la luz del quinqué daba de lleno en la visera de la armadura que contemplaba. Se le antojaba que, en lugar de un espacio vacío, había tras la visera una cara. Miró a la armadura de al lado, y también creyó ver ojos allí... ¡y en la siguiente! Sintió miedo. ¿Habían cobrado de pronto vida todas aquellas armaduras? ¿Quién había dentro? Se dio cuenta de que casi todas ellas estaban ocupadas y se echó a temblar. Cuello Cortado reparó en ello y se puso a reír.

—¡Ah! ¡Conque empiezas a tener miedo de lo que pueda sucederle a un niño que se mete en los asuntos ajenos! ¡Quizá te animes un poco a hablar dentro de un poco! Jorge no respondió. Empezó a funcionarle con claridad el cerebro y no tardó en llegar a una conclusión: los ocupantes de las armaduras no podían ser enemigos: tenían que ser amigos por fuerza. ¡Qué tonto había sido con asustarse! Causaba un efecto extraño, casi sobrenatural, ver atisbar ojos por aquellos viseras.

«¡Conque eso explica la huida de las muchachas! —pensó—. Ahora comprendo. Jack consiguió ayuda, después de todo. Y a los que le acompañan se les ha ocurrido la idea de hacer lo que yo hice..., ¡escondarse en las armaduras para ver qué sucede! ¿Si será uno de ellos el Pecas?».

Sintiéndose mucho mejor ya, permitió que su vista errara de nuevo por las armaduras. No se atrevía a mirar con demasiada insistencia, por temor a que alguno de los hombres le siguiese la mirada y viera lo que estaba él viendo.

El rumor de otro trueno llegó hasta la cámara, con más fuerza ahora. Hacía un calor insoportable allá abajo, y los revestidos de armadura tenían que hacer esfuerzos para no boquear. El sudor les resbalaba por el cuerpo y ansiaban cambiar de posición un poco. Pero no se atrevían a moverse.

Bill escuchaba atentamente todo cuanto se decía, aun cuando Jorge no lograba comprender una sola palabra. Había una serie de papeles extendidos sobre la mesa; pero Bill no podía verlos bien. Parecían copias al ferropusiano, detalles de maquinaria quizá. No era posible distinguirlos.

Cuello Cortado los recogió por fin. Luego se volvió hacia Jorge.

—Bueno, hemos terminado nuestro trabajo. No tendremos el gusto de volveros a ver ni a ti ni a tus amigas. Pero antes de irnos, te vamos a dar un escarmiento para que sepas que a nosotros no se nos espía impunemente. ¿Dónde está la cuerda?

—¡No se atreva usted a tocarme! —exclamó Jorge, poniéndose en pie de un brinco.

Cuello Cortado tomó la cuerda. Y entonces, con gran horror suyo, una de las armaduras bajó de su pedestal, alzó, con sonido metálico, un brazo cuya mano empuñaba una pistola, y dijo:

—¡Se acabó la partida, Cuello Cortado! ¡Os hemos pillado a todos!

Sonaba hueca la voz. El barbudo y sus compañeros se quedaron inmóviles un instante, consternados. Luego miraron a su alrededor ¡y vieron que las demás armaduras cobraban vida también! Parecía una pesadilla, ¡una pesadilla en la que figuraban demasiadas pistolas!

—¡Manos arriba! —ordenó Bill, con voz cortante.

El de la barba empezó a obedecer; pero se volvió de pronto, asió el quinqué y lo estrelló contra el suelo. ¡La cámara quedó en tinieblas!



Capítulo XXVIII

Una tormenta terrible

Bill exhaló un grito de rabia.

—¡Jack, Jorge! —mandó de pronto—. ¡Meteos debajo de la cama! ¡Quizá haya disparos!

Los niños obedecieron sin vacilar. Se lanzaron hacia la cama. Jorge logró introducirse por debajo, jadeando, sintiendo no tener sueltas las manos. Jack, enfundado en la armadura, se quedó atascado a medio camino. No sabían lo que estaba sucediendo en el cuarto. Se oían gritos, jadeos y gemidos; pero nadie disparaba. La oscuridad era demasiado profunda para correr el riesgo de matar a un amigo. Les sonaba a los niños como si estuvieran rodando por el suelo hombres con armadura y sin ella, porque el ruido era espantoso.

De súbito se oyó un chirrido y los niños comprendieron que se estaba descorriendo la losa que daba acceso al vestíbulo. Pero ¿quién la estaba abriendo? ¿Su lado o el contrario? Jorge no tenía la menor idea de cómo se abría desde dentro, aunque había intentado varias veces dar con el secreto, porque no cabía duda de que existiría una manera. No tardó en comprender, no obstante, que era el de la barba negra o alguno de sus secuaces quien había abierto para huir, porque oyó cómo le gritaba Bill al agente que dejaba arriba:

—¡Alerta, Tom! ¡Dispara contra cualquiera que suba!

Tom se plantó de un salto junto a la orilla de la abertura; pero no pudo ver nada. Uno de los hombres subió con gran sigilo la escalera. Tom no le oyó y recibió un golpe tremendo que le hizo rodar por el suelo. Era Cuello Cortado que intentaba escapar. Había perdido la pistola en la refriega, de lo contrario hubiese disparado contra el agente. Antes de que este último pudiera levantarse de nuevo y atraparlo, desapareció. Otro hombre que le seguía, tropezó con Tom y se le cayó encima. El pobre agente recibió otro golpe que le dejó aturdido. Entonces el de las cejas enmarañadas le dio un salvaje puntapié y desapareció también. Después de eso, Tom ya no supo qué hacer, si quedarse junto a la escalera para impedir que subiese alguien más, o si salir corriendo detrás de los que huían. Pero puesto que no tenía ni la más remota idea de la dirección en que habían marchado, decidió quedarse donde estaba.



Abajo, las cosas les iban mal a los tres hombres que aún quedaban. Uno de ellos se hallaba ya completamente fuera de combate. Otro se había rendido, porque Bill se le había sentado encima con tal fuerza, que no le quedaba otro remedio. El tercero había intentado huir por el pasadizo secreto de detrás del tapiz, deteniéndole Jim, que ahora le arrastraba de nuevo a la cámara profiriendo amenazas.

Bill encontró por fin una lámpara de bolsillo y la encendió. El quinqué estaba hecho pedazos y no tenía arreglo. Era una verdadera suerte que no hubiera incendiado el cuarto. A la luz de la potente lámpara, Bill echó una mirada a su alrededor. El hombre encima del cual había estado sentado ya se hallaba en manos de otro. Parecía bastante compungido. Tenía un ojo hinchado y un bulto enorme en la cabeza. Bill presentaba un aspecto extraño. Continuaba con la armadura puesta, pero se había quitado el yelmo, de suerte que asomaba la calva cabeza con mechones de pelo a cada lado.

Los dos niños salieron de debajo de la cama. Bill hubo de tirar de Jack para desencajarle. Éste se quitó la armadura tan aprisa como pudo y le desató a Jorge las manos.

La expresión de Bill era del mayor disgusto. Vio que los dos hombres a quienes

más ganas tenía de atrapar habían desaparecido. Cuello Cortado y el de las cejas enmarañadas.

Le gritó al de arriba:

—¿Estás ahí, Tom?

—Sí, jefe —contestó el hombre, con tono extrañamente sumiso.

—¿Cazaste a los dos que subieron las escaleras?

—No, señor. Siento decirle que me derribaron y huyeron —replicó Tom, con voz más sumisa aún.

Bill masculló una serie de palabras poco halagadoras para el desgraciado Tom.

—Baja aquí —ordenó—. ¡Qué imbécil eres, Tom! Estabas maravillosamente situado allá arriba. ¡Hubieras podido cortarle la retirada a todo un ejército!

—Es que estaba tan oscuro, jefe, que no veía ni gota.

—Bueno, pues has dejado escapar a dos de los de más importancia —anunció Bill, con dureza—. No es ése el mejor modo de conseguir un ascenso. Siento no haber dejado a otro en tu lugar. Supongo que esos individuos estarán ya a media milla. Sin duda tendrán un coche potente escondido en alguna parte dispuesto para facilitarles la fuga en caso de apuro y mañana a estas horas estarán ya al otro extremo del país.

El pobre Tom estaba alicaído. Era un individuo enorme y a los niños les pareció que debía haber podido capturar divinamente a dos hombres sin ayuda alguna. Estaban excitadísimos y sentían no haber tenido ocasión de detener a Cuello Cortado ellos mismos.

—Ata a esos tipos —ordenó Bill, señalando con un gesto a los cautivos.

Jim se puso a hacerlo con mucha traza, dejando a los tres bien sujetos en pocos minutos.

—Ahora echaremos una mirada a esos documentos —les anunció Bill.

Uno de los hombres los desplegó ante él.

—Sí —accedió Bill, examinándolos—. Aquí tienen todo lo que deseaban saber. Ese Cuello Cortado es el espía más listo que he conocido. Apuesto a que estaría rabiando cuando tuvo que dejar estos papeles atrás. Representaban una fortuna para él, y eran de un valor incalculable para la nación por cuenta de la cual trabaja.

Volvieron a recoger los papeles. Un trueno terrible repercutió en la estancia. Todos se miraron, con sobresalto.

—¡Qué tormenta! —exclamó el llamado Jim—. ¿Era eso un relámpago?

Hasta allí se había visto.

—La tormenta debe estar descargando ahora por encima mismo del castillo —observó Bill—. Me parece que no nos aventuraremos por la colina hasta que haya terminado del todo.

—¿No va usted a ver dónde conduce el pasadizo secreto? —preguntó Jack, con

desilusión.

—Claro que sí. Iremos Tom y yo mientras los otros bajan la colina con los prisioneros. Pero creo que esperaremos a que amanezca ya.

La tormenta arreció. Jorge intentó contarle a Bill lo que le había sucedido aquel día, pero tuvo que hablar a voz en grito, porque el fragor de los truenos no permitía que se oyese.

—Estaba tan aburrido, que se me ocurrió bajar por el pasadizo para descubrir adonde iba a parar —gritó—. Conque cuando los hombres subieron la escalera después de echarse un buen sueño aquí abajo, salí de debajo de la cama y me metí por ese agujero de la pared. Lo habían dejado abierto, tal como lo ve usted ahora, con el tapiz recogido y descorrida la losa. Bueno, pues hay una puerta en un lado de esa abertura...

Un trueno le interrumpió otra vez y se detuvo. Todo el mundo le escuchaba con interés, salvo los prisioneros, que estaban hoscos todos.

—La puerta esa estaba cerrada, pero alguien se había dejado la llave en la cerradura —prosiguió el niño, cuando se hubo apagado un poco el fragor—. Conque la abrí. Empujé la puerta y me encontré en un pasadizo estrecho.

—¿No estaba oscuro? —preguntó Jack.

—Sí; pero tenía mi lámpara de bolsillo. La encendí y pude ver divinamente. El pasadizo se extendía cuesta abajo, entre paredes de piedra al principio..., supongo que serían los cimientos del castillo... y luego me di cuenta que debía de haber salido ya de debajo del edificio. Estaba atravesando un túnel abierto en la roca viva.

—Y supongo que conduciría al otro lado de la colina, ¿verdad? —dijo Bill—. Y viste algo muy interesante, ¿no es cierto?

—No pude llegar tan lejos. Oí pasos detrás de mí y pensé que sería mejor que me escondiese. Conque me encaramé a una repisa estrecha, cercana al techo del pasadizo, y permanecí allí sin moverme.

—¡Troncho! —exclamó Jack—. ¿Te pasó de largo?

—Sí; pero me andaba buscando. Me había olvidado de cerrar la puerta que daba al pasadizo y, cuando los hombres volvieron, se dieron cuenta de ello y les extrañó. Conque mandaron a uno para que averiguase quién había abierto la puerta.

—Y, ¿te descubrieron? —inquirió Bill.

Pero un nuevo trueno le ahogó la voz.

—Cuando el hombre vio que no me encontraba en ninguna parte del pasadizo, regresó —prosiguió Jorge—. Pero evidentemente el jefe no pensaba permitir que anduviese yo errante por ahí, e hizo que todos se lanzaran por el pasadizo en busca mía. Y claro, no tardaron en encontrarme tendido sobre la repisa.

—¿Qué sucedió entonces? —inquirió Bill—. No te trajeron aquí, porque las niñas estaban preguntándose dónde te habrías metido cuando bajaron esta noche.

—No. Me ataron las muñecas y los tobillos y me dejaron en el pasadizo. Dijeron que, puesto que parecía gustarme el túnel, podía quedarme en él hasta que estuvieran ellos en disposición de traerme aquí e interrogarme. Conque ahí me quedé hasta que me trajeron. Me desataron los tobillos para que pudiera andar. Y me trajeron a esta cámara como ya vio usted.

—¡Pobre Jorge! Mal rato pasaste —observó Bill.

—¡Troncho! ¡El «susto» que me llevé cuando vi brillar sus ojos por la visera de la armadura, Bill! —exclamó el niño—. ¡El mayor susto de mi vida! Pero no tardé en comprender que tenía que tratarse de personas amigas.

El fragor del trueno era tan grande y continuo ahora, que resultaba inútil intentar hablar.

Aguardaron sentados en silencio, pensando en lo terrible que debía ser la tormenta allá fuera.

—Voy a subir a echar una mirada por la puerta principal —anunció Bill—. Debe ser magnífico el espectáculo desde allí.

—Subiremos nosotros también —dijeron los niños.

Y le acompañaron escalera arriba, dirigiéndose a la abierta puerta principal del castillo.

Se detuvieron, admirados, antes de llegar allí. Toda la región yacía como sobrecogida bajo la peor tormenta que conociera jamás. Los relámpagos rasgaban el firmamento sin cesar. Exhalaciones bifurcadas hendían el cielo de arriba abajo. El trueno no se parecía a nada de cuanto conociesen, tan fragoso y avasallador era. ¡No enmudecía un instante! Redoblaba, repercutía y sonaba como dando vueltas a la montaña y semejante al estampido de cañones de terrible potencia que bombardearan al enemigo.

Y, ¡la lluvia! Caía como si se hubiesen salido de madre caudalosos ríos en las nubes. Nadie hubiera podido salir, porque el agua misma le hubiese machacado con su peso contra el suelo.

—Es una tromba —dijo Bill—. ¡Se ha abierto el cielo y descargado un diluvio! Jamás he visto cosa semejante más que una vez, en la India. Se me antoja que Cuello Cortado y su compañero lo estarán pasando bastante mal en la ladera.

—Sea como fuere, las niñas tuvieron tiempo de sobra para llegar a Spring Cottage —dijo Jack— espero que se encontrarán sanas y salvas en casa. ¡Santo Dios! ¿Qué es eso ahora?

Capítulo XXIX

El pasadizo secreto

Mientras Jack hablaba, sonó el trueno más horrísono que estaba destinado a escuchar en su vida. Le hizo dar un salto violento y agarrarse a Bill. Nunca había oído un ruido tan grande. Le acompañó un relámpago que iluminó las colinas en muchos kilómetros a la redonda. Durante medio segundo, se vio todo increíblemente claro y, sin embargo, con cierto aspecto de irrealidad. Luego reinaron las más profundas tinieblas. Pero los tres experimentaron una extraña sensación cuando el relámpago se produjo.

Bill les hizo retroceder un poco de pronto.

—¡Creo que ha sido alcanzado el castillo! —dijo—. Sí; así es..., ¡mirad!

A la luz del relámpago siguiente, se vio que uno de los torreones se estaba desmoronando. Al caer la oscuridad de nuevo, se oyó, a través del insistente repiqueteo de la lluvia, el ruido de piedras que se estrellaban contra las piedras al derrumbarse el torreón.

—¡La tormenta se encuentra exactamente encima de nuestras cabezas! —gritó Jack—. Volvamos a la cámara subterránea, Bill. Tengo miedo. Sentí ese relámpago..., estoy seguro de que lo sentí. Bill, ¡los truenos están sonando en el propio patio!

Y Bill se inclinaba a creerle al oír en torno suyo el fragor. Se vio otro relámpago y, de nuevo, pareció como si les atravesara a los tres una extraña sacudida.

—¡Me parece que si no hubiésemos llevado suelas de goma estaríamos muertos en este instante! —pensó Bill, de pronto—. ¡Caramba! ¡Ha vuelto a caer un rayo sobre el castillo, esta vez sobre el edificio principal! ¡Quedará en ruinas como esto continúe!

Empujó a los niños hacia la escalera de la cámara. Bajaron y se detuvieron con temor. ¡Porque ahora parecía como si el propio castillo se estuviera derrumbando!

Bill tiró apresuradamente del pincho que cerraba la abertura. Ahora sentía ganas de aislarse de la tormenta bajo sólida piedra. Vio, con alivio, cómo se alzaba la losa obturando el hueco. Casi a continuación, se oyó el impacto terrible de piedra encima de ellos, y toda la cámara retembló.

—¡El castillo se nos viene encima! —exclamó Jorge, palideciendo.

Y tal era la sensación que daba, en efecto. Bill supuso que parte del edificio había vuelto a ser alcanzado por un rayo, desmoronándose hacia dentro. Se preguntó si lo que habían oído sería el desmoronamiento del techo del vestíbulo encima de ellos. Había sonado como si lo fuera, por lo menos.

Se oyeron nuevos y estrepitosos ruidos que no eran truenos, y luego un relativo silencio. Nadie habló durante unos segundos.

—Comprendo cómo sucedió el corrimiento de tierras —dijo Bill, por fin—. Una tempestad como ésta minaría sin dificultad el camino, produciendo como consecuencia un desmoronamiento de esa clase. Nada me sorprendería que sucediera lo mismo esta noche. Me parece que se destruirá otro trozo del camino.



—La lluvia es espantosa —dijo Jack—. En mi vida he visto una igual. Apuesto a que las niñas están espantadas, allá en la casa solas.

—Sí, siento que no estemos con ellas —asintió Bill.

Echó una mirada a los cautivos. Parecían muy asustados. Lo que oían de la tormenta y del derrumbamiento del castillo les estaba llenando evidentemente de aprensión por lo que pudiera suceder después. En mala situación estaban.

—Acabo de darme cuenta de que tengo la mar de hambre —dijo Jorge de pronto—. No he comido nada desde que me marché a explorar el pasadizo.

—Debes de estar realmente hambriento —le dijo Bill—. Y yo también siento bastante apetito. Parece haber un bonito montón de latas allá. Si nos pusiéramos a

comer, creo que ello nos ayudaría a pasar un poco el tiempo y a olvidar la tormenta.

Jack y Jorge examinaron las latas. Escogieron una de carne con especias, otra de lengua y dos de melocotones. La abrieron y colocaron su contenido en algunos de los platos apilados en una mesita. Bill encontró de beber. Hacía tanto calor, que los hombres se alegraron de que hubiese allí botellas de cerveza. Los niños tomaron gaseosa y limonada que encontraron también. Todos se sintieron mejor después de haber comido. Parecía estarse apaciguando la tormenta.

Bill consultó su reloj.

—¡Las cinco y media! —exclamó, con un bostezo—. No creía que fuera tan tarde. Bueno, puesto que la tormenta está pasando, quizá conviniera salir un poco al patio para respirar aire fresco. Será de día ya Tal vez pueda despachar a mis hombres con los prisioneros colina abajo.

—Sí, yo tengo unas ganas locas de respirar aire fresco —dijo Jorge, que tenía rojo de calor el semblante—. ¿Cómo se abre la losa desde aquí abajo, Bill?

—Desde arriba, junto al techo —respondió el hombre, enseñándole cómo.

Había una palanca oculta allá. Tiró de ella, pero no se movió. Volvió a tirar.

—Está encallada —dijo con sorpresa—. A ver, Tom, prueba tú. Eres fuerte como un caballo.

Probó Tom. Pero tampoco pudo conseguir que se moviese.

Lo intentaron después Bill y Tom juntos. La losa se movió unos centímetros, y se detuvo. Fueron inútiles cuantos esfuerzos se hicieron a continuación. Bill subió la escalera hasta donde pudo e intentó atisbar por la rendija; pero no pudo ver nada, así que regresó.

—Me temo que parte del castillo se ha derrumbado encima de la losa. La palanca es lo bastante fuerte para mover la losa; pero nosotros no lo somos lo bastante para desalojar lo que hay encima. No podemos salir.

—Entonces, tendremos que usar el otro camino, el pasadizo por el que bajé yo ayer —dijo Jorge, indicando con un gesto el hueco detrás del tapiz.

—Sí —dijo Bill—; ¡Dios quiera que no haya habido corrimientos por ese lado también! Pero dices que está tallado en la roca viva, ¿verdad? Debiera hallarse intacto entonces.

Iba haciendo cada vez más calor en la cámara subterránea. «Botón», que se había refugiado debajo de la cama durante la lucha, salió fuera y se tumbó de costado junto a Jorge, colgando la lengua fuera como la de un perro.

—Tiene sed —dijo Jack—. Debe de beber.

—No queda nada más que gaseosa —contestó Jorge, vertiendo un poco en un plato.

«Botón» tenía tanta sed, que se lo bebió todo, y luego se sentó sobre los cuartos traseros, relamiéndose pensativo el hocico, como diciendo: «Bueno..., desde luego

eso estaba húmedo y era agradable... Pero ¡qué sabor más extraño!».

—Vamos a quedar todos asados si no nos movemos pronto de aquí —dijo Bill—. Andando..., probaremos suerte por este lado. Yo iré el primero.

Se metió por el hueco de la pared y empujó la puerta que encontró. Cedió ésta. Bill pasó por ella, encendiendo la lámpara de bolsillo.

Los dos niños le siguieron, y, detrás de ellos, los tres hombres con sus prisioneros, que parecían completamente aplanados ya. No habían hablado en muchísimo rato...



El túnel era estrecho, pero bastante recto al principio. A la luz de la lámpara de Bill se vio que estaba construido en los propios cimientos del castillo.

—Es muy probable que haya mazmorras aquí también —dijo Bill—. Es un sitio extraño. Y habrá más cámaras secretas. Las leyendas del lugar mencionan más de una.

Al cabo de un rato, las pareces de piedra del túnel se convirtieron en roca viva de superficie desigual. El aire era sorprendentemente fresco. Resultaba delicioso tras la temperatura de la cámara de la que acababan de salir.

Ahora empezó a serpentear un poco el pasadizo. Bill opinó que era en parte artificial y en parte obra de la Naturaleza. Era evidente que atravesaba la colina

bajando siempre. En algunos sitios la cuesta era bastante pronunciada y todos resbalaron un poco. Luego, de pronto oyeron el rumor de agua. Se detuvieron. Bill miró a Jorge.

—¡Agua! —exclamó—. ¿Viste tú agua cuando bajaste?

El niño movió negativamente la cabeza.

—No —dijo—. Estaba todo seco. Aún no hemos llegado a la repisa sobre la que me eché.

Siguieron adelante, extrañados y, de súbito, vieron lo que hacía el ruido. El diluvio, filtrándose por la colina, intentaba escapar por alguna parte y bajaba en torrente por el túnel. Había encontrado un punto débil en el pasadizo, introduciéndose por él. Corría cuesta abajo, rugiendo y gorgoteando.

—¡Cielos! —exclamó Jack, mirando por encima del hombro de Bill y viendo a la luz de la lámpara, la impetuosidad del agua—. ¡No podremos bajar por aquí ahora!

—No es muy profunda —dijo Bill, contemplándola—. Me parece que podremos vadearla sin dificultad. Es una suerte para nosotros que el pasadizo vaya cuesta abajo y no cuesta arriba.

¡El agua se hubiese precipitado sobre nosotros de lo contrario!

Se metió dentro, y comprobó que le llegaba a la rodilla. La corriente era bastante fuerte, pero no tanto como para hacer perder a nadie el equilibrio, aun cuando las niñas quizá hubiesen experimentado dificultad en mantenerse en pie de haberse hallado aquí. Bill se alegró infinito que no estuvieran.

Se metieron todos en el torrente. Estaba frío y su frescura les resultó a todos agradable. Continuaron la marcha. «Botón» se le había enroscado al cuello a Jorge; le tenía un odio mortal al agua.

Caminaron un rato. Luego Jorge señaló una repisa rocosa cerca del techo del pasadizo.

—Ahí es donde me escondí —dijo—. ¿Lo ve? Era un buen sitio, ¿verdad? Nadie me hubiera encontrado de no haber estado buscándome.

Pasaron de largo la repisa. El agua era un poco más profunda ahora, porque el túnel tenía más pronunciada la pendiente por allí. La marcha se hizo lenta. Jack se estaba cansando ya. Le parecía que nunca se iba a acabar aquello. Le gustaban las aventuras, pero se dijo que le gustaría tener un descanso en ésta.

De pronto, la pendiente se hizo más grande aún, hasta el punto que el torrente se convirtió en verdadera cascada. Bill se detuvo.

—No veo cómo vamos a poder bajar por aquí a menos que resbalemos por el agua —dijo—. Aunque..., aguardad un instante: creo que hay unos escalones de piedra bajo el agua. Sí que los hay. Iremos bien si no nos dejamos derribar por la corriente.

Fue él delante, avanzando con precaución, buscando con los pies los escalones.

Los niños le siguieron con igual cautela. La fuerza del agua por poco hizo perder el equilibrio a Jack en un par de ocasiones.

Al cabo de un rato, Bill apagó la lámpara de bolsillo y ¡brilló delante de ellos la luz del día! Los escalones de piedra desembocaban en el lado opuesto de la colina del castillo. ¡Habían llegado al exterior por fin!

Bill saltó del agua y salió por una estrecha abertura de la ladera, cubierta de maleza.

—Bueno..., ¡henos aquí! —exclamó—. Sanos y salvos después de todo.

Capítulo XXX

El otro lado de la colina

Los niños salieron del agujero también, y todos contemplaron lo que se hallaba a sus pies. Se encontraban en una ladera muy pendiente, que caía casi a plomo desde donde se encontraban. Inmediatamente debajo de ellos había algo que se asemejaba a una granja, con dependencias en la cuesta. Todo alrededor se alzaban alambradas, hilera tras hilera de vallas de alambre de púas. Abundaban éstas al pie de donde se encontraban también. Había un bosquecillo detrás de la casa y, en medio, un claro. En el centro del claro se alzaba una máquina de curioso aspecto. Era grande y brillante. Para los que se hallaran en la granja o en su vecindad, quedaría simplemente oculta por los árboles, pero, desde arriba, se la veía con claridad.



—¿Qué es? —preguntó Jack, contemplándola a la clara luz del sol matutino.

—Ni siquiera yo lo sé, Jack —respondió Bill—. Es uno de los secretos de nuestro propio país..., algo en que están trabajando nuestros más grandes científicos militares.

—Y, ¿tras eso andaba el espía Cuello Cortado? —inquirió Jorge.

—Tras eso andaba. Se enteró de su existencia. Averiguó dónde estaban haciendo

en secreto las pruebas. Y descubrió con gran alegría que estaba en venta un castillo antiguo al otro lado de la misma montaña.

—¡Troncho! Así, ¿compró el castillo?

Bill movió afirmativamente la cabeza.

—Sí. Me encargué de averiguar quién era el propietario. Cuello Cortado no lo había comprado usando su verdadero nombre, claro; era demasiado listo para eso. Lo adquirió en nombre de un inglés llamado Brown. Un hombre que pasaba por interesarse en los edificios antiguos. Pero no tardé en saber quién se encontraba tras de Brown.

—¡Qué listo eres, Bill! —exclamó Jack, con admiración.

—No hace falta ser listo para eso. Es una cosa muy fácil en mi trabajo. Sabía que Cuello Cortado probablemente andaba buscando adueñarse de este secreto; pero, por más que me devané los sesos, no vi cómo iba a poder lograrlo. Como podéis ver, está muy bien escondido aquí, detrás de esa vieja granja... y bien protegido por alambradas en las que probablemente habrá mezclado otro alambre con carga eléctrica.

—Bueno, pues, ¿cómo consiguió descubrir el secreto entonces? —preguntó Jorge.

—Mediante un alarde fotográfico y abriéndose paso, seguramente, por debajo de las alambradas hasta el propio aparato. Mirad..., ¿no veis ahí señales de que se ha estado cavando? Bueno, pues me imagino que Cuello Cortado y sus amigos hicieron un poco de trabajo de zapador, haciendo una mina por debajo de la alambrada para salir sin peligro dentro del recinto.

—¿No les vería nadie?

—No, trabajando desde este lado. A nadie se le ocurriría pensar que pudiera intentarse nada desde aquí arriba. ¡Parecía imposible llegar aquí, tan pendiente es la montaña! .

—¡Y nadie conocía la existencia del pasadizo que atravesaba la colina! —exclamó Jack—. ¿Cómo se enteró él?

—Consiguió planos antiguos del castillo, supongo. El último propietario del castillo estaba completamente loco, como habréis colegido por las cosas extrañas que hizo. Construyó toda clase de habitaciones secretas con mecanismos curiosos, viviendo en un mundo romántico de su propia creación. Cuello Cortado halló la habitación que conocemos la mar de útil y el pasadizo secreto fue un verdadero don del cielo para él. ¡Desemboca precisamente por encima del mismísimo secreto que le habían encargado que averiguase!

—Es un hombre valiente —dijo Jorge.

—Sí, casi todos los espías son valientes —le contestó Bill—. Pero éste es un hombre particularmente antipático. Ni en su propio país le quieren. Está siempre

dispuesto a traicionar a cualquiera, aunque sea su mejor amigo. Bueno..., me temo que se nos ha escapado otra vez. Pero ¡menos mal que se dejó los planos de nuestro secreto en la cámara subterránea!

—Conque ahora no podrá hacer ningún daño, ¿verdad? —dijo Jorge.

—No; a menos que se lo sepa todo de memoria —contestó Bill—. La tiene, y maravillosa por cierto. De forma que puede hacernos, más que probablemente, algún daño aun ahora.

—Dios quiera que no —dijo Jorge—. ¡Me hubiese gustado más que le cogiéramos, Bill! Y al de las cejas enmarañadas también. No me gustó ninguno de los dos ni pizca.

—Los tres a los que hemos pillado no son más que vulgares maleantes, dispuestos a hacer cualquier cosa, por sucia que sea, mientras se les pague —anunció Bill—. He dejado que se me escaparan los verdaderos culpables..., ¡y me darán en los nudillos por eso! Me está bien empleado. Tuve una oportunidad magnífica de atraparles. Debí haber adivinado que a Cuello Cortado se le ocurriría romper el quinqué para dejarnos a oscuras.

Todos se habían alegrado del descanso y de poder respirar aire fresco. Ahora Bill se puso en pie y miró colina abajo. ¿Cómo podrían bajar sin hacerse trizas con el alambre de púas? Nadie tenía ganas de arrastrarse por el túnel que había abierto el espía para introducirse.

Bill vio a alguien andar por abajo. Dio una llamada, y el hombre alzó la vista, evidentemente asombrado de ver a tanta gente allá, en la ladera.

—¿Quiénes son ustedes? —gritó.

—¡Amigos! —respondió Bill—. ¿Está ahí el coronel Yarmouth? Le conozco y quisiera hablar con él. Pero no puedo atravesar esta alambrada.

—¡Mire! —exclamó Jack de pronto señalando una máquina magnífica instalada debajo de un matorral—. ¡Así es como hicieron las fotografías! ¡Con eso! Es una de las máquinas más hermosas que he visto en mi vida. Y no le ha hecho daño alguno el diluvio..., está protegida contra el agua.

Supongo que la máquina que usted me regaló está echada a perder ya, Bill. La tenía en el matorral del risco y sin protección de ninguna clase. La dejé allí, por desgracia.

—¡Qué lástima! —repuso Bill—. Bueno..., quizá pueda arreglar las cosas para que te den ésta en compensación... y como justa correspondencia a que me dejaras tomar parte en tu aventura, Jack.

Al niño le brillaban los ojos. ¡Qué fotografías podría sacar si tuviese una máquina como aquella! Debía de ser una de las mejores del mundo.

Apareció otro hombre ahora detrás de la granja. Jack había esperado que el coronel fuera de uniforme, pero iba de paisano.

—¡Eh, Yarmouth! —gritó Bill—. ¿No me conoces?

—¡Dios mío! —se le oyó exclamar al coronel, con asombro—. Mandaré a un par de hombres para que le abran camino.

Conque, en relativamente poco tiempo, les fue abierto paso a través de las alambradas, que se repararon nuevamente a toda prisa tras ellos. Bajaron a la granja, resbalando y casi cayendo por la cuesta.

El coronel y Bill se metieron en el edificio a hablar. Los otros aguardaron, con paciencia, fuera. Jack y Jorge se tumbaron sobre los brezos y bostezaron. ¡Ambos se quedaron dormidos al instante!

Al cabo de un rato, el coronel y Bill salieron, dando unas órdenes. Tres de los hombres del primero se llevaron a los prisioneros, encerrándolos en un cuarto encalado de una dependencia. La puerta se cerró con candado.

—Bueno, ya me deshice de éstos —dijo Bill, muy satisfecho—. Ahora regresamos a Spring Cottage. Me temo que tendremos que bajar hasta el final de la colina, seguir la carretera allí, y subir por el otro lado hasta vuestra casa. No hay ningún otro camino, al parecer.

Los niños, ya despiertos, soltaron una queja. No se sentían con ánimos de andar más. Pero no había más remedio que hacerlo.

—¿Y los mapas o lo que fuera que nos dejamos en la cámara secreta? —preguntó Jack.

—Oh, no costará ningún trabajo recogerlos. Uno de los hombres del coronel entrará por el túnel y los recogerá en cuanto pare el agua. Y a los tres prisioneros los mandarán a donde corresponde más tarde bajo guardia.

—Supongo que la aventura ha terminado —dijo Jorge—. ¿Por completo?

—Quedan unos cuantos cabos sueltos que atar —respondió Bill—. Hemos de ver si encontramos rastro de Cuello Cortado o de su compañero en alguno de los distritos vecinos. Es probable que Cuello Cortado se corte la barba; pero si lo hace, se le verá la cicatriz, a menos que encuentre una manera de disimularla. Quizá nos pongamos sobre su pista y le atrapemos. Eso sería un final satisfactorio, ¿verdad?

—Tendremos que ir a buscar el coche de usted también, ¿verdad? —dijo Jack, acordándose—. Lo dejamos al pie del corrimiento de tierras.

—En efecto —asintió el otro—. ¡Dios quiera que no se lo haya llevado el diluvio o haya quedado sepultado bajo otro alud de tierra!

—Quiero saber qué les ocurrió a las niñas también —dijo Jorge—. ¡Dios quiera que logran llegar a casa sanas y salvas antes de que descargara la tormenta! ¡Parece que hace siglos que no las veo!

Bajaron la colina, guiados por el hombre de la granja. Le interesaron la mar sus aventuras, pero no le dijeron gran cosa fuera de que les había sorprendido la tormenta en el castillo y que habían tenido que salir de allí por un antiguo pasadizo. «Botón»

corría ahora detrás de Jorge, encantado de encontrarse al aire libre. Hasta él había desempeñado su papel en la aventura, puesto que le había enseñado a Tassie cómo entrar y salir del castillo sin usar puertas ni ventanas.

Llegaron al pie de la colina y caminaron por la carretera desde allí. Luego alcanzaron el sendero que conducía a Spring Cottage.

—¡Ahí está por fin! —exclamó Jack, echando a correr hacia la casa—. ¡Eh, niñas, aquí estamos! ¿Dónde os habéis metido?

Capítulo XXXI

El final del castillo de la aventura

Se oyó un chillido en la casa. Era Lucy, claro. Salió como una centella por la puerta, brillantes los ojos, y se fue derecha a Jack. Por poco le derribó en su alegría al verle de nuevo.

—¡Jack! ¡Estás de vuelta! ¡Y Jorge! ¿Dónde os metisteis? ¡Estábamos la mar de alarmadas por vosotros!

Dolly y Tassie salieron también, expresando su alegría.

—¿Estuvisteis bien durante la tormenta? ¡Estábamos tan inquietas por vosotros! ¡Tassie ha subido la colina y dice que la mitad del castillo se ha caído por la montaña!

—¿Y vosotras? ¿Estuvisteis bien durante la tormenta? —inquirió Jack, al entrar todos en casa—. ¡Estábamos muy asustados al pensar que pudierais estar bajando la colina con ese diluvio! ¿Llegasteis aquí antes de que descargara la tormenta?

—Había empezado la lluvia y los truenos sonaban a nuestro alrededor casi todo el tiempo, pero no hubo relámpagos —contestó Dolly—. Estábamos caladas para cuando llegamos aquí. Tassie no nos hacía más que decir que volverían a correrse las tierras... ¡y tuvo razón!

—¡Qué buena chica es Tassie! —exclamó Jack—. Consiguió traerlos aquí justamente a tiempo. ¡No puedo ni empezar a decirte cómo se pasó en el castillo!

Pero sí que lo contó y las niñas le escucharon con los ojos muy abiertos de horror. ¡Qué noche!

—¿Dónde está «Kiki»? —preguntó Jack, mirando a su alrededor—. Creí que me saldría a saludar.

—No ha hecho más que salir en busca tuya —contestó Tassie—. Pero vuelve cada vez. Ya no tardará, estoy segura.

Y no tardó. Cosa de diez minutos más tarde entró volando, habiéndole a voz en grito a Jack.

—¡Cuántas veces, cuántas veces, cuántas veces, rancio, mohoso, polvoriento, Jack, Jack, Jack!

Se le posó en el hombro y le picoteó la oreja, con cariño. Jorge se llevó la mano a la oreja izquierda, que aún estaba hinchada.

—¡No vengas al hombro mío a picotearme la oreja! —le dijo a «Kiki». ¡Aún no está en condiciones de que la picoteen ni la roan!

Las niñas prepararon el desayuno para todos, charlando hasta por los codos, felices de tener a su lado a las niñas y a Bill. Éste mandó a sus tres hombres en busca del automóvil.

—Y ahora —dijo Bill, cuando terminaron de comer—, ¿y si echáramos un sueño, muchachos? ¡Yo estoy agotado!

Jack estaba casi dormido ya y Jorge no hacía más que bostezar. Conque los niños subieron a dormir a su cuarto y Bill se echó en el canapé de la cocina. Las niñas salieron al jardín a hablar. La hierba estaba tan mojada, que tuvieron que poner impermeables en el suelo para sentarse.

El día era hermoso ya, y no se veía ni una nube. Hacía un fresco agradable. El bochorno había desaparecido. Charlaron echadas, interviniendo «Kiki» de vez en cuando. «Botón» se había dormido encima de Jorge. «Kiki» no tenía sueño, con que no se quedó en la alcoba, conformándose con asomarse de vez en cuando a la ventana para asegurarse de que Jack continuaba allí.

—Viene alguien —dijo Dolly, de pronto.

Se incorporó a ver.

—Son los tres hombres de Bill —dijo Lucy, con tono de indolencia.

Los tres agentes entraron en el jardín. Tenían una expresión muy seria.

—¿Dónde está el jefe? —preguntó uno de ellos—. Le necesitamos.

—¡Está dormido! Conque no le molesten aún —atajó Dolly.

—Lo siento, pero me temo que no tendremos más remedio que molestarle. Tenemos noticias.

—¿Qué noticias? —preguntó Lucy—. ¿Han encontrado el automóvil?

—Sí; pero le daremos las noticias a nuestro jefe en persona.

—Pues en la cocina le encontrarán.

Los hombres se dirigieron a la cocina. Despertaron a Bill y las tres niñas oyeron que le decían algo con urgencia. Bill salió y las muchachas le miraron, interrogadoras.

—¿Qué ocurre, Bill? —preguntó Dolly—. ¿Han encontrado su coche... y está destrozado o algo?

—Han encontrado mi coche, en efecto —respondió Bill muy despacio—. Y han encontrado algo más también.

—¿Qué? —preguntaron las niñas a coro.

—Al parecer. Cuello Cortado y su compañero bajaron por las tierras corridas sin novedad y encontraron mi automóvil donde yo lo dejé. Se conoce que se subieron a él e intentaron dar la vuelta. En aquel momento les alcanzó el diluvio y se inició otro corrimiento.

—¿Están muertos? —preguntó Dolly.

—Me lo imagino. No lo sabemos en realidad. El alud de tierra alcanzó al coche y lo arrastró. Le hizo dar la vuelta de campana y lo depositó en un barranco con las ruedas para arriba, y allí lo han encontrado mis hombres... con Cuello Cortado y su compañero dentro.



—Así, ¿no pueden sacarles? —exclamó Dolly, muy pálida.

—Se han encallado las portezuelas. ¿Tenéis algún cable de acero de remolcar, o cualquier cuerda resistente que no se rompa con facilidad? En caso afirmativo nos la llevaremos para ver si conseguimos dar la vuelta al coche, abrir el techo y sacar a los hombres.

Dolly fue al cobertizo y volvió con un cable de acero. Se lo dio a Bill en silencio. Ninguna de las niñas pidió que se la dejase ir. Aquél les parecía un final horrible, hasta para dos hombres malos.

Aguardaron con impaciencia a que se despertaran los muchachos y cuando por fin bajaron bostezando y quejándose otra vez de tener hambre, las niñas corrieron a darles las noticias.

—¡Troncho! —exclamó Jack, con sobresalto—. ¡Mira que encontrar el coche así! Debieron creer que les protegía la suerte... hasta que les alcanzó el corrimiento de tierras. ¡El susto que se llevarían entonces!

Bill regresó unas horas más tarde. Los niños corrieron a su encuentro.

—Ninguno de los dos hombres ha muerto —anunció—. Cuello Cortado padece conmoción cerebral, está sin conocimiento y en mal estado. El otro se rompió una

pierna y le encontramos sin conocimiento también. Pero ya ha vuelto en sí.

—¡Conque los capturó usted a los dos después de todo! —exclamó Jorge—. ¡Magnífico!

—¿Y el coche? —preguntó Dolly.

—Me parece que está hecho migas —contestó Bill—. Pero eso no me importa. Seguramente me regalarán uno nuevo cuando mi jefe sepa que tengo a Cuello Cortado y su amigo a disposición suya. Esto constituye un verdadero triunfo... aunque jamás hubiese dado con su secreto de no haber sido por vosotros.

—Sí, pero ¡en menudo apuro nos hubiésemos encontrado de no haber aparecido usted! —repuso Jack—. ¿Qué dirá tía Allie cuando regrese y se entere de todo lo que ha pasado durante su ausencia?

—¡Dirá que no puede volver la espalda sin que nos metamos en algún lío! —rió Jorge—. ¿Dónde están sus hombres Bill?

—Mandé a Tom al pueblo en busca de ayuda en lugar de llevármele adonde está el coche. Y mandaron de allá un par de camillas y un médico que estaba en el pueblo por casualidad. Conque supongo que a estas horas irán camino del hospital. Y cuando la pareja se despierte, cada uno de ellos encontrará un policía a su lado.

—¡Oh, Bill! ¡Qué aventura! —dijo Dolly—. Jamás soñé que pudiéramos verle metido en todo esto cuando vinimos aquí. Y... ¡ha sucedido todo tan deprisa! Espero que pasaremos el resto de las vacaciones con más tranquilidad. ¡Ya he corrido aventuras suficientes para durante un año!

—Tengo ganas de estirar las piernas —dijo Jack—. ¿Y si diéramos un paseo colina arriba para ver lo que ha sido del castillo, Bill?

—De acuerdo —contestó el interpelado.

Conque echaron a andar, todos a un tiempo, en dirección al castillo. Pero no pudieron subir tanto como antes, porque las tierras se habían corrido hasta mucho más abajo, y la colina estaba sembrada de montones de húmedas rocas, pilas de tierra, árboles arrancados de raíz, y numerosos riachuelos, todo lo cual daba a la escena un aspecto de acabada desolación.

—Es horrible —dijo Lucy. Luego se volvió a mirar al ceñudo castillo—. Parece diferente. Algo le ha ocurrido. Subamos a ver.

Conque subieron más, usando el camino abierto por los conejos. Y, ¡qué diferencia encontraron al acercarse al castillo!

—Dos de los torreones han desaparecido y la mayor parte de la muralla —dijo Lucy—. Podemos entrar derecho en el patio ahora por encima de los cascotes. ¡Qué ruido haría todo eso al caer!

—Y, ¡fijaos en el castillo! —exclamó Jack—. ¡La parte central se ha hundido! ¡Casi no es más que una simple cáscara ya!

Parecía una ruina. Jorge lo contempló con intensidad.

—La parte del centro debe haberse desmoronado sobre el vestíbulo principal —dijo—. No es de extrañar que no pudiera usted mover la losa aquella, Bill. ¡Debe haber unas cuantas toneladas de piedra encima!

Bill tenía una expresión algo solemne. Se daba cuenta de por cuan poco se habían librado todos de la muerte. De haber estado en cualquier otra parte del castillo o del patio, habrían quedado reducidos a pulpa y enterrados bajo los escombros. El hallarse en la cámara subterránea les había salvado la vida.

—¡Adiós, mi máquina fotográfica y todas nuestras mantas y cosas! —exclamó Jack.

—Repondré yo todo lo que habéis perdido —prometió Bill, que, habiendo capturado a Cuello Cortado, estaba dispuesto a prometer el mundo entero a cualquiera—. ¡Y os daré a cada uno un magnífico regalo por haberme dejado tomar parte en vuestra aventura!

—¿A mí también? —preguntó Tassie en seguida.

Le era simpático Bill.

—A ti también. ¿Qué te gustaría, Tassie?

—Tres pares de zapatos para mí solita —contestó, con solemnidad, la niña.

Se echaron a reír los otros. Sabían que la gitana no se los pondría jamás. Se limitaría a contemplarlos y admirarlos; no los llegaría a usar. ¡Qué Tassie más rara!

—Volvamos a casa —sugirió Lucy—. No quiero mirar más esa ruina.

—Ni yo —dijo Dolly—; pero aunque no sé por qué, me parece que es mucho mejor como ruina que pueda explorar quienquiera, que como castillo propiedad de gente mala o de espías como Cuello Cortado. ¡Ahora me gusta más! ¡Me alegro al pensar que todos esos cuartos mohosos están enterrados! ¡Eran horribles!

—Rancio, mohoso, polvoriento —cantó «Kiki», encantado—. ¡Piiip suena el mohoso, rancio, polvoriento!

—¡Idiota! Siempre has de decir tú la última palabra, ¿eh? —dijo Jack.

Bajaron la colina de cara al sol, dejando tras sí el melancólico y derruido castillo, abierta su techumbre al viento y a la lluvia, caídos sus orgullosos torreones.

—¡El castillo de la Aventura! —exclamó Jack—. Tuviste razón, Jorge... ¡si que fue el Castillo de la Aventura!



FIN



ENID BLYTON (1897-1968). Nació en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles mas leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan Alicia en el país de las maravillas y Alicia a través del espejo de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían es sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

La casa donde vivió con su familia se llamaba Green Hedges, que significa Setos Verdes y tenía un precioso jardín, no muy grande, pero que rodeaba la casa. Habían allí muchas flores, abetos, un viejo avellano y otros árboles. También tenía un estanque con peces dorados. A Enid Blyton, como a la mayoría de los ingleses le encantaba cuidar de su jardín.

Le gustaban mucho los animales. Cuando era pequeña sus padres no la dejaban tener animales en casa, pero cuando fue mayor y tuvo su casa y su jardín, tuvo toda clase de animales: perros, muchos gatos, peces que la conocían y venían a comer de su mano, y erizos. A lo largo de su vida tuvo varios perros: Dos fox terrier llamados Bobs y Topsy, y dos perritas cocker spaniel, la primera se llamaba Lassie y la segunda Laddie. No los tuvo todos a la vez, claro sino de uno en uno, pues desgraciadamente la vida de los perros es mas corta que la de las personas.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.